

Tinta violeta

Tinta violeta

Elvira Hernández Carballido



México, 2022

Primera edición, marzo de 2022

Tinta violeta

por

Elvira Hernández Carballido

Portada: Anilú Zavala

Cuidado editorial: Mariana Vega

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2022, por

Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.

José de Teresa 253, Col. Campestre,

Alcaldía Álvaro Obregón,

01040, Ciudad de México,

Tel. 55 5663 3745

Correo electrónico: demac@demac.org.mx

librosdemac@demac.org.mx

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

Índice

TINTA VIOLETA	5
I	5
II	17
III	21
DÍAS DE POESÍA	28
I	28
II	32
III	42
EN BUSCA DE RESPUESTAS	51
I	51
II	63
III	68
NO HAY SEXO DÉBIL	77
I	77
II	86
III	90
AQUÍ ESTAMOS	93
I	93
II	97
III	101
IV	105
PESQUISAS Y PERIODISMO	111
I	111
II	118
AMOR A SÍ MISMA	123
I	123
II	127
III	130
IV	136

Tinta violeta

I

Cautiva en su habitación, la niña de once años no deseaba soltar la plumilla hasta encontrar la frase iluminada para su verso. Dentro de ella conspiraban mil palabras que giraban por su cabeza como mariposas alborotadas. Se imaginaba con una red en la mano, lista para perseguirlas, sin darse cuenta de que las tenía colgadas de sus dedos, posadas en su hombro y revueltas entre los caireles; mariposas cuyas alas doradas intentaban confundirse con las hojas de ese otoño de 1857.

Laureana fantaseaba con que los graciosos insectos murmuraban algo a su oído, y cuando estaba a punto de comprender ese cuchicheo, oyó repetir su nombre como un eco en los labios de su madre. Acababan de dar las cuatro de la tarde con seis minutos; ya se había retrasado para ayudarla a rociar con almidón la ropa.

—¡Laureana! ¡Laureana! —doña Eulalia gritaba una y otra vez.

Sin dejar de correr por el pasillo, la chiquilla por fin respondió. Bajó las escaleras de dos en dos y, con la respiración agitada se detuvo en el umbral de la puerta del patio trasero.

—Hija mía, ¿qué clase de esposa vas a ser si olvidas tus tareas del hogar?

—Perdón, madre, perdón. Me puse a escribir y...

—Ponerse a escribir, ponerse a escribir...

—No volverá a ocurrir. Me gusta ayudarla y... ¡Mire, mire! ¡Las gotas que brincan en la ropa parecen una lluvia de hormigas!

Doña Eulalia observó con cariño a su hija. Pese a su retraso, no podía enojarse con ella. Le seguía enterneciendo que la niña siempre dibujara esa sonrisa infantil, que sus pequeñas manos siguieran mostrándose juguetonas cuando rociaban la ropa blanca, y que no dejara de hacer ese gesto atareado cuando se acomodaba los caireles para que no le estorbaran en esa labor rutinaria.

—¿Ves, Laureanita? La ropa de algodón se mantiene divina cuando está almidonada. Mi abuela decía que nada para dormir a gusto como unas sábanas crujientes.

—Y es lindo escucharlas en las noches mientras trato de conciliar el sueño. Suenan como si mil orugas se acurrucaran conmigo. Pero, me gusta mucho más espolvorear el agua sobre la tela y enrollar la ropa como si fuera un caracol.

—Mira este vestido. Nada más no me digas que te recuerda a otro bicho, por favor. Puede sostenerse por sí mismo si sabes almidonarlo bien y dejarlo al sol el tiempo suficiente. Cuando te cases, podemos elegir una tela que permita mantener un hermoso volumen en el gran faldón que te haga lucir divina y enamorada.

La mirada cascabelera de Laureana se tornó meditabunda, mientras se perdía en las nubes y se preguntaba qué significaba ese sentimiento amoroso. Sospechaba que era algo parecido a lo que su padre y su madre se demostraban cuando estaban juntos... Ese beso en la frente... esa caricia en la mejilla.

—Aunque, el amor más sublime —aseguró su madre con voz más apacible— es el maternal. Por eso, es importante que desde ahora aprendas a cuidar la ropa y también a bordar o zurcir, para que algún día tus manos confeccionen con absoluto cariño la ropa de tus hijos.

La chiquilla creía en la fuerza del amor maternal, porque todos los días, en cada acción, su madre se lo manifestaba. Nada como sentir ese aliento suave que la besaba y arrojaba deseándole lindos sueños. Un detalle cariñoso que luego empezó a compartirlo con su hermana Matilde, cuatro años menor que ella.

Después de concluir el ritual del remojo de la ropa, madre e hija se dirigieron rumbo a la cocina para preparar la merienda.

Laureana observaba la perfecta organización que existía en aquel lugar, pues quienes ayudaban en esas tareas en la casa, doña Carmelina y sus dos hijas, sin recibir ninguna orden, ya preparaban todo lo necesario. Por las noches, batían el chocolate para transformarlo en una montaña de suave espuma. A veces, Laureana revisaba minuciosa el molinillo para encontrar dónde se escondía la magia de crear remolinos chocolatosos. Lo olía con discreción para memorizar el dulce aroma que tanto le encantaba.

Miraba también cuando acomodaban con sumo cuidado cada pieza de pan en la charola; se parecían a la bailarina de su caja musical. Veía cómo formaban las tazas por

tamaños, aunque a ella le gustaba más hacerlo por colores. Parecía que iban a brincar la cuerda cuando desplegaban el gran mantel. Le pedían que doblara las finas servilletas en triángulos perfectos, y Laureana las convertía en barcos sobre la altamar. En cada tarea siempre había charlas, chismes y risas.

—¿Supo lo de las señoritas Quintero? Hicieron una comida para diez invitados y llegaron más de treinta. Improvisaron mesas, vinieron a pedirnos platos y cubiertos.

—¡Pobrecillas! De todos modos, quedaron mal, que el mole era más carne de puerco que otra cosa, y un arroz que parecía lo habían pasado por donde venden manteca.

—Los invitados se quejaron hasta del agua de horchata; le dijeron a que te endulzo, pero estaba más amarga que un limón.

Al sentarse alrededor de la larguísima mesa del comedor estilo barroco, a Laureana le gustaba escuchar a su padre, quien siempre tenía relatos que compartir; sobre todo, le resultaba fascinante la historia del amor surgido entre él y su madre.

Santiago Wright nació en Estados Unidos. Había sido soldado y, cuando logró darse de baja, decidió hacer negocios que le dieron la oportunidad para entrar en territorio mexicano. Empezó a comprar propiedades, una de ellas ubicada en Taxco. En esos viajes a tierras mexicanas hizo buenas amistades. Lo invitaban a cenar a casa de varias familias de buena posición social que lo estimaban y admiraban por su dedicación al trabajo. Así conoció a Eulalia González. Ella tan solo tenía quince años; él ya era un hombre de cuarenta.

—Me enamoré de ese rostro inocente como el de la Virgen de Guadalupe que tanto adoran.

—¡Santiago! ¡No diga usted esas cosas! —Eulalia se sonrojaba como una niña.

—De inmediato, pedí su mano. Nos casamos y, un año después, en 1846, llegaste tú, Laureanita. Todo empezó a ir mejor económicamente; la mina de Santa Eulalia de Orozco no pudo ser más magnánima conmigo. Los viajes eran cansados, y ya contigo era complicado movernos los tres a diferentes regiones del país. Empecé a viajar solo, pero las extrañaba tanto, que decidí quedarme para siempre en la capital mexicana —evocó Santiago con esa voz grave que acentuaba su fuerte personalidad.

Gracias a su trabajo y a la gran habilidad que el jefe de la familia tenía para los negocios, los Wright González gozaban de ciertos privilegios. Cualquier deseo que ellas le pidieran, de inmediato Santiago lo hacía realidad. Era un hombre generoso. Para él fue muy significativo tener a su lado a la mujer que amaba, por eso, cuando ella se embarazó, no dejó de llevarla a donde él iba. Así, Laureana nació en Taxco.

A la pequeña le gustaba escuchar cuando su madre evocaba los días de su embarazo; hablaba con la misma ilusión de una niña con muñeca nueva.

La buena mujer recordaba que, mientras su esposo platicaba con algunos socios, ella se iba a caminar rumbo al templo de Santa Prisca para escuchar misa. Al oír el relato, Laureana imaginaba a esas dos majestuosas torres que parecían colorear el cielo de un azul parecido al de las escamas de peces saltarines. Creía palpar los azulejos de talavera que decoraban la capilla y que parecían envolver a su madre en una santa paz. Deseó haber visto también esos tableros cubiertos con hoja de oro. Se imaginó que Santa Prisca bendecía todos los días a su madre, y que juntas podían rozar con las manos la bóveda de la nave mayor. La cantera rosada arrullaba su mirada... entonces, cerró los ojos para sentirse dentro de esa madre que la había acurrucado amorosa esperándola ilusionada.

Eulalia contaba que pasaron unos meses en Taxco, mientras ella se recuperaba del parto y la recién nacida crecía un poco más. Luego, regresaron a la capital del país.

Santiago había continuado haciendo negocios para que lo dejaran asentado de manera definitiva en un solo lugar. Siguió haciéndose cargo de la línea que transportaba gente de la capital hasta el puerto de Acapulco, una de sus primeras actividades comerciales. Años después, había conseguido la concesión de instrumentos de labranza. De esa manera, pudo conocer a muchos hacendados. Fueron esos hombres, dueños de inmensas casonas, quienes le recomendaron a las mejores educadoras del país para que Laureana se convirtiera en una señorita bien instruida, en lo que llegaba el momento para que se casara.

Fue así como contrató a una de las mejores institutrices, la señorita Cuenca, que había preparado a muchas niñas para que escribieran con letra hermosa, leyeran textos religiosos, recitaran bellos poemas y tocaran el piano con gracia. Sin embargo, Eulalia no estaba muy segura de que fuera lo mejor para su hija, sin querer contradecir a su esposo, le sugirió con mucho tacto de que ella, como lo hizo su madre y su abuela, podía educar a su pequeña y enseñarle tanto a leer como a escribir, pero también a bordar, remendar y

limpiar la casa. Pese a todo, el señor Wrigth decidió que una institutriz con experiencia preparara mejor a la niña.

A las pocas semanas, en la mesa del hermoso comedor, Laureana tomó clases por primera vez en su vida. Una pequeña pizarra servía a la profesora para exponer gramática del castellano, aritmética, geografía, música, dibujo e idiomas, así como escritura y lectura.

Al inicio, las clases fueron aburridas para la chiquilla. Le desesperaba estar sentada varias horas en un mismo sitio. Se cambiaba a cada rato de lugar; tenía doce sillas para elegir. La profesora fue paciente y, como si acechara con su pizarra, seguía a Laureana por los lugares donde la niña deseaba sentarse.

—Oh, está silla está muy chueca... “Chueca” se escribe con “ch”, la cuarta letra del abecedario. ¿Sabía que solamente hay dos parejas de letras que de tanto cariño decidieron nunca separarse?

—¿Dos letras que se quieren?

—Sí, una pareja es la “doble ele”, pero ellas lo hicieron por ser gemelas, mientras que la letra “ce” y la “hache” lo hicieron por amistad. A la primera le gustaba cantar, mientras que la otra era muda; no podía musitar ninguna palabra.

—¿No podía hablar? ¡Pobrecilla!

—La “ce” cantaba todos los días, su voz era de calandria y, al escucharla, todas las letras se unían para hacerle coro, menos la pobre “hache”, que lloraba en el rincón de cualquier libreta. Una libreta muy parecida a la que usted colocó encima de la mesa. ¿La abrimos para ver si ahí está?

Entonces, la profesora trazó una gran letra “ce” en el medio de la hoja y una pequeña “hache” en la esquina de la página. Rodeó a la primera consonante de notas musicales, y a la segunda de pequeñas gotitas que representaban varias lágrimas.

—La “ce” tenía un buen corazón, —dibujó uno justo al centro de la letra— extendió sus brazos para invitar a bailar a la “hache” que resultó ser una gran bailarina. Y mientras una cantaba y otra bailaba sin parar, llegaron al salón de los espejos mágicos. Al ver su reflejo, notaron que se veían muy bien juntas. ¡Qué bonito ver cómo una cantaba

y cómo la otra bailaba! Se complementaban. Desde ese momento, decidieron estar juntas y se acomodaron en el alfabeto, quedando en el cuarto lugar.

—¿Y cada letra tiene historias así de bonitas?

—Sí, querida niña. Si usted se queda en un solo lugar, yo le contaré la vida de cada una de ellas —afirmó con dulzura la señorita Cuenca.

Laureana fue lentamente cautivada por la profesora, quien después la hizo descubrir que esas palabras que utilizaba para expresar enojo o alegría, alguna necesidad o deseo, una forma o un sonido, podían quedarse plasmadas en las hojas de su cuaderno. La niña se entretenía con las letras, jugaba con ellas para ponerlas a bailar o que hicieran alguna pirueta desde su mirada infantil. La profesora la motivaba para que cada letra y cada palabra las volviera sus compañeras y con las que siempre podía manifestar lo que se pensaba, veía o sentía. Meses después, aprendió a copiar oraciones completas que la maestra extraía de la Biblia.

—Atención, Laureana. Vamos a repetir poco a poco cada frase, cada palabra: *Y ahora permanecen...*

—*Y a-ho-ra per-ma-ne-cen...*

—Trate de remarcar más el “rabito” de la vocal y de que cada consonante quede muy “amarradita” para que se vean unidas y formen una sola palabra. Pero, sobre todo, frases y oraciones comprensibles.

—¿Así?

—Muy bien, Laureanita. Terminemos la frase: *Y ahora permanecen la fe...*

—¿Qué significa fe? —interrumpió la niña.

—“Fe” es cuando creemos en algo superior, aunque no lo conozcamos o no lo veamos, pero que nos impulsa a hacer cosas buenas... No se distraiga y copie, copie todo el texto: “*Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor...*”

—¡Qué bonitas palabras! Fe, esperanza, amor.

—Todo en la Biblia es bonito. Pero vea el pensamiento maravilloso de esta frase ya completa: “*Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.*”

—Mi mamá habla mucho del amor.

—Sí, Laureana. Es el sentimiento que nos da fuerza e ilusión. Cierre los ojos y sienta el beso de su madre; eso es amor. Evoque la mirada cariñosa de su padre; eso es amor. Incluso hasta las riñas con su hermana Matilde y esas ganas de volverla a abrazar para contentarse con ella. Eso es amor —suspiró la profesora.

A lo largo de tres años, Laureana copiaba, anotaba, repetía y no dejaba de preguntar ante cualquier palabra o frase que le resultara sugerente.

—Pero, Laureanita hermosa, ¿de dónde sacó usted estas frases?

—Es que, al leer este fragmento del pasaje escrito por Rut, me imaginé la forma en que Booz la admiraba dormida, y se me ocurrió escribir estas palabras. Pero no cambié nada del párrafo, escribí hasta el final esto que se me ocurrió.

—“Ella dormida, niña angelical. Ella soñando, uvas que suspiran.” ¿Usted escribió cada una de estas palabras? —preguntó la señorita Cuenca.

—Sí, profesora. ¿Está mal?

—No, Laureanita, no está mal. También es bonito hacer caso a nuestra inspiración. Yo creo que así empezaron los poetas; su corazón les dictó las palabras para emocionarnos con el cielo o enternecernos con una lágrima. Siempre que leo una novela, me pregunto cómo se imaginaron los escritores esa historia, ese lugar, esos personajes. Y yo creo que les salió porque tuvieron la necesidad de no quedarse con esas historias dentro de su alma. Así que, si usted siente ese impulso, escriba, escriba usted.

Motivada por los comentarios de la profesora, Laureana le pidió a su padre que, para su cumpleaños número once, le regalara tinta y papel para escribir. El hombre, como siempre, cumplió el deseo de su hija.

Ese mismo día, ella decidió poner junto al balcón una silla acojinada y una mesa, la cual cuatro veranos después sería sustituida por un escritorio que uno de sus otros maestros le obsequiara. Acomodó los pergaminos para escribir, el tintero, su ilusión por aprender y los tres mangos con puntilla adornados por una pluma de cisne que su padre le había llevado. Los colocó a un lado del jarrón lleno de las flores preferidas de su madre: las violetas. Sumergió la puntilla en el tintero... Al redactar las primeras letras, se dio cuenta de que la tinta no era negra, tenía un tono violeta como el de esas flores que cada

mañana despertaban con ella. Nunca quiso averiguar por qué su padre la había comprado de ese tono, pero quedó encantada con el color. Disfrutó trazar su nombre en esa letra grande y redonda que había aprendido a hacer; verla brillar en contraste con el color del pergamino.

Durante las clases de idiomas le fascinó comprobar que las palabras cambiaban, aunque seguían significando lo mismo: cielo azul, blue sky, ciel bleu. Traducir algunos poemas del español al inglés o al francés la dejaba exhausta, pero, con el paso del tiempo se convirtió en un gusto.

—Pasar un texto escrito en otro idioma nos hace sentir como si fuéramos las autoras originales de ese pensamiento, ¿verdad? —inquirió la señorita Cuenca.

—Parece como magia.

—Sí, qué grato encontrar una joya escrita en otro idioma y pasarla al nuestro, sin que pierda su belleza y su fuerza original. Mi maestra de inglés aseguraba que el traducir nos permite asomarnos a la manera en que se escribió ese texto, como si usáramos una lupa y se realizara una disección a cada palabra.

Por las tardes, Laureana se proponía trabajar más para sus clases, pero suspendía todo cuando su hermana Matilde le insistía para que salieran al patio a jugar con el aro, o a brincar la cuerda, acompañadas por las hijas de doña Carmelina: Joaquinita e Ignacia. Siempre le resultaba difícil negarse.

—“*¡Osito, osito, salta la cuerda! ¡Osito, osito, tira una piedra! ¡Osito, osito, date la vuelta! ¡Osito, osito, brinca con un pie!*”

—¡Perdiste, Laureana, perdiste!

—¡Otra vez! ¡Otra vez! Me dio el sol en la cara cuando giré.

—No, no. Te toca ahora agarrar la cuerda.

—Bueno, bueno, pero ahora yo doy las órdenes.

—Nada más no pidas girar, porque nos da el sol en la cara y perdemos —dijo sin dejar de reírse la traviesa de Matilde.

Las dos hermanas tenían una bella colección de muñecas de porcelana, pero Laureana tenía un cariño especial por la muñeca de trapo que intercambió con una de las

hijas de doña Carmelina, y cargaba con el juguete para todos lados. La llamó “Lolita”. Sus ojos eran pequeños botones negros, dos largas trenzas de estambre marrón a los lados, una boquita roja mal bordada, un faldón amarillo pálido y una blusa de encajes azules. Fue a ella a quien le escribió por primera vez algo de su inspiración, una tarde que con la plumilla en la mano y su mirada recorriendo su habitación pensaba y pensaba qué podía escribir por sí misma:

“Ojitos de noche, corazón de tela, que tu sonrisa fruncida se convierta en estrella”.

Confirmó que esa muñeca era su preferida, y más que nunca la llevaba con ella para que juntas disfrutaran de cada juego. Le parecía verla sonreír desde cualquier lugar donde la sentara. Era tal la alegría que le provocaba su compañía, que le parecía ver a “Lolita” también desesperada cuando doña Eulalia, cada mañana, la peinaba.

—¡Laureana! ¡Deja de moverte! Vaya niña tan inquieta.

—¡Es que esa tenaza está muy caliente! Siento que todo el sol me entra al cabello.

—¡Qué ocurrencias! ¡Si está bien tibia! Además, así no te dejo los rulos toda la noche. Los tirabuzones deben quedar perfectos para que tu carita se vea más angelical.

En el enorme espejo del bello tocador de madera que estaba en la habitación de su madre, Laureana siempre se observaba, como si se descubriera cada mañana: rizos que, como ella, nunca se quedaban en su lugar; cejas que parecían representar dos medias lunas invertidas y adormiladas; ojos muy parecidos a los oscuros botones de su muñeca de trapo; una nariz que llevaba el orgullo Wright, como decía su padre; labios que un día tenían el sabor de la sandía y otro el de las cerezas... aunque le gustaban más cuando estaban adornados de un bigote chocolatoso, su bebida favorita.

La cocina seguía siendo el lugar donde se sentía a gusto, donde podía moverse, llenarse de diferentes aromas y saborear deliciosos platillos, y más si eran postres como las yemitas de dulce o los huevos hilados. Estaba segura de que doña Carmelina era una buena hechicera que podía transformar a una gallina desplumada en un delicioso caldo de pollo, o bendecir el agua con azúcar para que, al sumergir coco rallado y cinco huevos batidos, formara cuadritos de coloridas cocadas. Los jitomates en sus manos eran convertidos en sopa, y las hojitas de menta coronaban como reinas a las nieves de limón. Atenta observaba la regordeta figura de aquella mujer, dueña de la cocina, moverse por

el lugar, limpiarse constantemente las manos en el delantal y sonreír generosa cuando Laureana le preguntaba qué iban a comer ese día.

—Estoy haciendo sopa de papa, niña bonita —respondió la buena cocinera con ese tono bondadoso que de inmediato se ganaba la confianza de las niñas de la casa.

—Esos que flotan son entonces pedazos de papa, pero... ¿y esa basurita?

—No, hija, no es basurita, es nuez moscada molida. En cuanto estén cocidas, las dejo enfriar para luego machucarnos con mantequilla y hacer bolitas. ¿Me ayudas?

—¿Están bien de este tamaño, o mejor las hago como si fueran canicas?

—Así están bien. Y no me distraigas tanto. ¡No me vaya a equivocar con el caldo que debe llevar jitomates, cebolla, chile verde gordo y yemas de huevo!

—¿Cómo memorizas todo eso?

—Mi abuela me lo enseñó, y además he preparado toda mi vida esta sopa. ¡Cómo se me va a olvidar!

Al aprender a leer y escribir con más soltura, Laureana decidió hacer un cuaderno con las recetas de cada platillo. Para ella resultaba encantador compartir esos momentos con todas las mujeres de la casa. Leía en voz alta los ingredientes que Eulalia revisaba como verdadera experta; Matilde participaba gozosa en esos juegos, porque las lecciones parecían no ser lo suyo y huía de las clases; doña Carmelina y sus dos hijas a veces se reían de aquellos dictados, y otras corregían las porciones o agregaban más sal y pimienta, pues confiaban en su buena memoria y en la sabiduría de sus abuelas. A Laureana no le gustaba ver cuando cocinaban una cabeza de puerco, pero le fascinaba aspirar el aroma de la canela y el clavo, aunque nada era igual a la esencia de un espumoso chocolate o de una gran tablilla perfumada de cacao.

A la niña también le resultaba divertido, ahora que sabía leer y escribir mejor, llevar a la práctica algún consejo de belleza publicado en cualquier revista femenina. Tomaba la hoja donde copiaba con su puño y letra las instrucciones, y leía en voz alta muy concentrada. Las demás ejecutaban cada uno de los pasos que ella dictaba con verdadero interés y una que otra risa divertida:

—“*Se toman partes iguales de zumo de limón y de claras de huevo.*”

—¡Listo!

—“*Se mezcla todo junto en un puchero vidriado, que se pondrá a un fuego manso meneándolo continuamente con una cuchara o espátula de palo...*”

—¡Listo!

—“*...hasta que todo haya tomado una consistencia semejante a la de la manteca.*”

—¡Listo!

—“*En este lustre se añadirá la esencia olorosa que más prefiera...*”

—¡Lavanda!

—“*Y también será muy oportuno lavarse antes el cutis con agua de arroz. Este consejo de belleza es uno de los mejores medios para dar lustre y hermosura al rostro...*”

Laureana hacía caras graciosas al ponerse la mascarilla y, a los pocos minutos, todas se asomaban al espejo; sus rostros se veían tan brillantes como una luna de octubre.

Las tardes de cada miércoles se sentaban en el gran salón principal para bordar y platicar.

—Muy bien, niñas, muy bien. Van a ser unas excelentes amas de casas, aunque... ¡Laureana! ¡No aprietes tanto la puntada! Mira cómo se frunce la tela.

—Madre, ¿cuándo nos enseñará a hacer bordados para el vestido que luciremos el día que nos casemos? —preguntó ilusionada Matilde.

—Hasta que cumplan los quince. Aunque primero deben conocer al hombre con el que se van a casar. Así me pasó a mí y a la abuela y a la madre de la abuela.

Las hijas de doña Carmelina entonces colocaron un retazo de tela en la cabeza de Laureana y a su hermana un delgado paño negro que aparentaba ser una corbata. Jugaban a imitar a los novios que entraban a la iglesia.

—¡Sí, sí, novia mía! Acepto ser el hombre que te amaré por siempre —imitó Matilde con voz masculina, aguantando la risa.

—“*He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce; nuestro lecho es de flores...*”

—¡Laureana!

—Eso dice en la Biblia, madre. Y me gustó tanto que lo aprendí de memoria.
¿Verdad que suena muy bonito?

—Sí, hija. Pero en las bodas solamente se dice “sí, acepto” y ya.

—Ah... ¿Usted no quiso decirle algo más a mi padre?

—Le dije solamente “sí, acepto”, pero con mucho amor, ese amor que ustedes algún día serán quienes me describan cómo las ha hecho felices.

Intrigada con ese sentimiento, Laureana buscaba respuestas en el libro que más leía en esos días, y empezó a escribir:

“Booz mira a Rut dormida. Isaac amó mucho a Rebeca. La dulzura de la Sulamita. Sara dejó todo por amor a Abraham...”

Soltó la plumilla y miró por la ventana. Justo en ese momento sus padres paseaban de la mano por el jardín. Sí, el amor estaba ahí, en su hogar.

II

Una noche, en casa de los Wright, se ofreció una cena a varios socios.

El padre de Laureana le pidió que tocara el piano. Nunca lo desobedecía, pero esa vez, acatar la orden le causó un nerviosismo que nunca había sentido. Era cierto, ya sabía leer las partituras, pero lo hacía en clase y su único público era la señorita Cuenca. Eligió un vals que su profesora siempre calificaba de sencillo. Las teclas parecían sonreírle dándole confianza. Con la mirada suplicó a las notas musicales impresas en la partitura que no se movieran, que le permitieran comprenderlas con claridad. Su mano derecha tembló como una hoja mecida por el viento, pero la izquierda se mostró solidaria y la tranquilizó.

“Separo y relajo mano; separo y relajo mano”, se repetía para darse confianza. Dejó que la gravedad fuera su aliada para que cada dedo acariciara en el tiempo justo la tecla blanca. Su profesora se le revelaba y murmuraba a su oído: “El tempo, Laureanita, el tempo debe estar de nuestro lado”. El primer acorde le dio confianza. Recordó que un arpeggio de esa pieza era muy exigente, pero no se dejó tensar, aunque unas gotitas de sudor resbalaron por su frente.

“Cruza el pulgar, pero con cuidado”, se recomendó a sí misma. El trino salió lento, su muñeca rotaba con suavidad, y así pudo alargarlo. Concentrada repetía: “Do mayor, la menor...”

Una cascada de aplausos recompensó el esfuerzo. Tuvo que hacer tres reverencias para agradecer el reconocimiento que le brindaban los invitados.

—Y si gustan, puedo recitarles también un poema —dijo de manera espontánea agradecida por los aplausos.

—¡Laureana! —reconoció otra vez su nombre vuelto regaño en los labios de su madre—. Nuestros invitados ya deben tener hambre y vamos a pasar a cenar.

—No se preocupe, deje que la bella Laureanita corone la noche con su dulce voz —dijo con caballerosa amabilidad Gonzalo de Pavía.

Nerviosa, doña Eulalia trató de dibujar su sonrisa más natural, mientras que Santiago Wright guiñaba con gran complicidad un ojo a su hija.

Laureana tomó aire, seguía igual de nerviosa, pero quería escuchar otro aplauso. Entonces de corrido y con la mejor voz que pudo hacer, recitó:

—*“Hoy, entre una y otra rosa, de mil luces circundada, de la Sión más elevada baja María presurosa. ¡Oh, qué linda y qué graciosa se retrata en este ayate, y su majestad abate para mostrársenos pía!... Virgen morena, tu mirada me ilumina, te veo en la luna, te siento en el alma.”*

Nuevamente se escucharon los aplausos, y la niña hizo otra vez tres reverencias. Estaba a punto de decir algo más, pero se impuso la voz de doña Carmelina anunciando que la cena estaba servida.

Mientras se dirigían al comedor, el señor Pavía extendió con gran amabilidad su mano para felicitar a Laureana.

—Si no me equivoco, ese verso es de Joaquín Fernández de Lizardi. Pero estoy seguro de que no termina con esas últimas frases.

Laureana tapó su boca, sus mejillas se transformaron en avergonzadas cerezas. El hombre tenía razón al creer que le faltaba la frase final. Prefirió inventar esas palabras para cerrar con más seguridad el fragmento memorizado.

—No te preocupes pequeña, no es una llamada de atención. Más bien quisiera saber cómo se te ocurrió cerrar con esas frases tu recitación.

—Pues... No sé, salió de aquí adentro y lo dije. Dice mi maestra que si me gusta escribir cosas que tengo en mí, lo haga. Hoy no escribí, pero las palabras salieron de aquí dentro.

El hombre sonrió con ternura y acarició la mejilla de la niña. Aprovechó que, rumbo al comedor había varios floreros con violetas, y tomó un ramito para regalárselo a Laureana.

—Santiago, ahora que fui a España me presentaron a Carolina Coronado. ¡Qué sorprendente escucharle unos poemas hermosos! Y cuando le pregunté quién los había escrito... ¡Eran de ella! Hasta los tenía publicados en un libro. Laureanita acaba de decirme que le gusta escribir cosas que le salen de dentro. ¿No ira a ser poetisa esta niña? Debería tener algún maestro que desarrolle esa inspiración. Te lo digo en serio.

—Gracias, querido amigo. Yo encantado de que más profesores vengan a casa a cultivar a mis hijas. ¿A quién puedes recomendarme?

Semanas después, el señor Wright recibió en su casa a un caballero. Doña Eulalia, una y otra vez lo recorría con la mirada un poco desconfiada, e interrogó al hombre que se llamaba Manuel Toledo y Dávalos; oaxaqueño, mirada inteligente y sonrisa de piano sonoro. Se comprometió a presentarse dos días a la semana para abordar durante cuatro horas temas sobre literatura.

Al principio, el hombre se portó distante en sus exposiciones, pero el interés de la pequeña le demostró que deseaba aprender y se fue ganando su confianza. Aunque la señora Wright se dedicaba totalmente al cuidado del recién nacido Estanislao, en las primeras sesiones se las arreglaba para acompañarlos. No estaba muy convencida de que su hija se quedara a solas con un hombre mayor.

Al mes siguiente, se dio cuenta del gran afán de la chiquilla y de la formalidad del profesor, así que empezó a dejarlos solos para no incomodarles con su presencia. Laureana disfrutaba comprender lo que era una oda, un saludo o un villancico.

—Cuando digo: *“Aquí Fray Diego reposa; en su vida hizo otra cosa”*, estoy haciendo una...

—¿Rima...?

—No dude, Laureana, no dude. Siempre con seguridad.

—*“Yo no estimo tesoros ni riquezas, y así, siempre me causa más contento poner riquezas en mi entendimiento que no mi entendimiento en las riquezas...”* Es el fragmento de un texto de Sor Juana, que es...

—¿Un soneto...?

—Laureana, ¿en qué quedamos? ¡Seguridad!

El profesor Toledo tenía paciencia, pero sobre todo vocación de enseñanza. Para entusiasmar más a la niña, le regaló varios libros, entre ellos: *“Poemas de la única poetisa americana, musa décima Sor Juana Inés de la Cruz”*, impreso en España en 1714. También le dejó leer textos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, una poetisa que le cantaba a la luna y a la noche, al mar y a Dios. Juntos leían, le pedía subrayar las palabras que no

entendía para después explicárselas, así como las frases que le provocaban algún sentimiento para volverlas las elegidas para un posible poema.

Por las noches, Laureana repasaba cada apunte y trataba de comprender mejor las palabras de su profesor. Releía sus libros, acariciaba las páginas para atrapar así la inspiración del poeta leído. Su hermana Matilde pidió cambiarse de alcoba, porque la luz del quinqué encendido no la dejaba dormir, y para Laureana fue un gran aliciente tener su propia habitación. Sin embargo, doña Eulalia pasaba a las ocho en punto para pedirle que se acostara a dormir. Minutos después, su padre tenía que asomarse a repetir la orden. Entonces, abría las cortinas, la luna iluminaba por un rato su espacio, y leía un rato más.

Tuvo entre sus manos: *“La Quijotita y su prima”* de José Joaquín Fernández de Lizardi; *“Luisa o los votos”* de Ignacio Rincón; *“Amor y desgracia”* y *“Corona de Azucenas”* de Fernando Calderón. También la colección completa de la revista *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas*, editada por Ignacio Cumplido, y que contenía relatos de Manuel Payno y Francisco Zarco, así como poemas firmados por diferentes nombres, pero poco a poco empezó a gustarle más José María Lafragua y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Entusiasmado, el maestro Toledo trató de preparar sus clases con más ejercicios y tareas que motivaran a su alumna. Buscó diferentes materiales que él mismo había leído de joven y que recordaba que, en cierta forma, reconocían la escritura femenina. Laureana también leyó *“El arte de escribir cartas, o sea el arte epistolar para el bello sexo”*, publicado por Mariano Galván, editor del *Calendario de las señoritas mexicanas*. Los poemas insertados en sus páginas servían para que el profesor Toledo la hiciera comprender mejor los elementos de la poesía, como la métrica y el ritmo.

—¿Sabe, Laureanita? Estoy pensando que mejor alguien que escriba poesía venga también a darle clases. Yo la he estudiado, pero no soy un poeta. ¡Sí! Que un poeta sea su maestro.

Entonces, el profesor recomendó a un amigo suyo, un hombre muy joven llamado Juan Díaz Covarrubias.

III

Empezaba el otoño de 1858, cuando Santiago recibió en su casa, recomendado por el maestro Toledo, al nuevo profesor para su hija.

Se trataba de un joven de 19 años, nacido en Jalapa, quien había llegado a la ciudad a estudiar medicina y daba clases a domicilio para solventar sus gastos, ya que era huérfano. Alto, muy delgado, bigote que parecía delinear un bosque oscuro sobre sus labios y ojos claros que coronaban una mirada llena de melancolía.

Escuchar por primera vez a quien reforzaría sus clases de literatura, representó para Laureana un cambio que disfrutó. A juicio de la niña, el recién llegado profesor hablaba con verdadero gozo y, además, la entusiasmó cuando le dijo que le compartiría los poemas que él ya escribía. Juan Díaz Covarrubias solamente le llevaba siete años a Laureana.

—¿Sabe por qué la literatura representa en mi vida la pasión total, pequeña mía?

—¿Por qué, profesor?

—Usted nació en 1846, ¿verdad? Pues justo ese año murió mi padre. No sabe, Laureanita, es el dolor más profundo que puede sentirse en el alma. No comprendo cómo he podido resistirlo. No. Sí lo sé. La poesía; la poesía me ha salvado. Además, mi padre era poeta. Como en sueños recuerdo aquellas noches que salíamos a mirar las estrellas y les inventaba historias, todas llenas de amor. ¡No sabe cuántas metáforas le hizo a la luna! Me enseñó a acariciar el cielo, a imaginar que se podía retozar en las nubes. Invitaba a nuestra casa a otros poetas, todos los días había fiestas de palabras en un hogar humilde que se enriquecía con cada poema que se compartía.

Para Laureana, su maestro a veces parecía un niño de su edad; otras veces, un viejo atormentado. Le conmovía mucho cuando él le aseguraba poseer un corazón que era una tumba llena de melancolías eternas. Varias tardes, no solamente le compartió poemas, sino también algunos fragmentos de los relatos literarios que el joven estaba escribiendo. Le contaba muchas anécdotas personales, como esa vez que participó en una convocatoria para que el país tuviera su propio himno y, aunque no ganó, su composición fue interpretada en el Teatro Nacional.

Durante las semanas que Díaz Covarrubias fue a la casa de la niña, Laureana se dio cuenta de que esperaba ansiosa la hora de la clase. Su corazón brincaba de emoción cuando, en punto de las cuatro de la tarde, escuchaba esa voz que muy formal saludaba a su padre. Empezó a desear que alguna vez él le besara la mano, como lo hacía con doña Eulalia. En cada sesión que compartían juntos, Laureana trataba de lucir el vestido más hermoso. Antes de bajar a verlo, se miraba al espejo para acomodarse los caireles, pellizcaba sus mejillas, deseaba que sus labios tuvieran el color de las cerezas y, algunas veces, se ponía en la boca gotitas de betabel que doña Carmelina le regalaba. Deseaba tanto que alguna vez los ojos de su profesor brillaran al saludarla como sentía que pasaba con los de ella. Soñaba con él.

—¿Quién nos va a leer? Nunca lo sabremos, pequeña niña. Quizá pocos, tal vez nadie. Pero que esa incertidumbre no afecte nuestra inspiración; que, en cada verso, más que una ideología razonada, un fin marcado o una escuela dominante, quede el claro reflejo de nuestras impresiones más sentidas, quizás alguna extraña fatalidad y...

—¿Y el amor?

—Sí, el amor siempre debe estar latente. Al escribir pienso en mi padre y en mi madre. A veces escribo como simple reflejo del espejo de mi corazón, quizás a veces exagerando, otras desvariando, pero el amor no deja de estar ahí y, eso, usted un día me lo contará.

—¿Yo? — Laureana se sonrojó.

—Por supuesto. Usted desea ser una poetisa, ¿verdad? Entonces, nunca oculte nada, y menos el amor. Por favor, lea este fragmento de mi poema “¡Canta, niña, canta!”, pero que no se quede en su mirada, que llegue hasta el fondo de su corazón.

—“*Eres la flor más pura de las flores, sirena entre sirenas adormida, inspiración de amantes trovadores, paloma de los cielos desprendidas...*” —Laureana se llevó la mano derecha hacia el pecho para apaciguar los latidos que estaban a punto de delatarla.

—En todo poema, la flor es el mejor pretexto para hacer referencia a la delicadeza; las sirenas, ¡ah, las sirenas!, son mis figuras femeninas más queridas. ¿Comprende? Las palabras elegidas deben provocar todo sentimiento: “*Tan solo niña, a tu talento ofrezco mis desmayados cantos de poeta.*”

Algunas tardes, Díaz Covarrubias dejaba el gis y el borrador a un lado, la invitaba a caminar por el jardín para que la poesía los rodeara en cada soplo del viento, en cada nube que los seguía, en cada violeta que se inclinaba a su paso.

—Si le escribiera un poema a una niña, ¿qué palabras le gustaría usar para mostrar su admiración, su embeleso, su amor fraternal?

—¿El cielo? ¿La luna? ¿Una flor?

—Sí, pero ahora debemos buscar la manera de magnificarlas, que no suenen comunes, lograr mezclar sensaciones de sentidos distintos y sentimientos muy cercanos, a veces exagerar, otras solamente sorprender, compartir almas desgarradas o gozosas. ¿Cómo mezclaríamos niña, cielo, flor y luna?

Laureana tartamudeó, no quería decir lo que se le ocurriera y cometer un error. Deseaba que su profesor la admirara, así como ella lo idolatraba.

—No, mi niña, no se atormente. No debe decirlo ahorita, muy bien que lo piense. La literatura es un intento constante por no fatigar los oídos de nuestros posibles lectores y por hacer latir sus corazones a otro ritmo. Pero, dígame, ¿cuáles son hasta ahora sus palabras preferidas?

—Me gusta mucho la palabra chocolate, yo creo, suena como rabito de nube.

—¡Qué belleza de sentimiento! —exclamó entre risas enternecidas el profesor—. Mi palabra preferida es luna, la única que nunca me ha abandonado, pero presagio que seré yo quien alguna vez la deje sola.

De manera sorpresiva, un sábado, Doña Eulalia se asomó a la habitación de Laureana que todavía estaba recostada.

—¡Hija! ¡Hija! ¡Pronto! ¡Vístete y baja, aunque no te peines! Acaba de llegar el profesor Covarrubias, y tu padre dio permiso para que vayas con él a visitar la Catedral.

Como si hubiera recibido una inyección de ilusiones, la niña se levantó de inmediato. ¿Qué ponerse...? ¿Qué ponerse? Eligió el vestido rosa con encajes color violeta que recién había estrenado el fin de semana anterior; el sombrero *Poke* que perteneció a la abuela, lo

consideró ideal para disimular que no iba peinada; y las botitas barretas que le había regalado la tía Chela, las únicas que no necesitaban bolearse.

Pasó a la cocina para tomar una fruta. Deseosa de oler bonito, se le ocurrió ponerse tres gotitas de chocolate tibio detrás de cada oreja. Doña Carmelina sonrió conmovida al verla, y le colocó dentro del pecho un ramito de lavanda fresca.

Sonriente, se presentó en el salón donde su padre y el profesor la esperaban.

Al salir, Díaz Covarrubias tomó su mano para ayudarla a subir al carruaje de la familia que le habían prestado. “Si escribiera un poema en este momento”, pensó, “elegiría las palabras cielo, nubes, vuelo.”

—¡Mire, Laureanita! Adoro esa residencia. Fue mandada a edificar por los condes del Valle de Orizaba. Sus mosaicos de talavera parecen pedazos de cielo cortados por la misma Urania. Y del otro lado puede usted admirar un edificio que encierra historias memorables, además de ser una verdadera obra maestra diseñada por el maestro Manuel Tolsá. ¿Sabía que él concluyó las obras de la Catedral?

Al bajar frente al hermoso templo, Laureana creyó elevarse hasta la torre más alta cuando, otra vez, su maestro la tomó de la mano.

—Siempre vengo desde temprano y, ¿sabe qué hago? No, no rezo, hace mucho que dejé de hacerlo. Me gusta observar a la gente, más bien la espío, cada gesto, su forma de caminar y de vestirse. Hasta los he clasificado —confió sin dejar de reír—, es que estoy escribiendo una novelita y estas personas me inspiran. He podido confirmar que, según la hora, va llegando un grupo específico de gente; a veces por la edad, si son hombres o mujeres, ricos o pobres...

—¿Y qué ha visto en ellas, profesor?

—Ahorita ya son las diez; es la hora de los enamorados, pero no se toman de la mano, todo lo dicen con miradas. ¿Ve a ese joven y a esa muchacha?

—Sí, sí. Ella es muy bonita.

—Pero vea sus ojos. La mirada baja de ella para mostrar su candor, y a la vez la ilusión que le hace soñar con el día de su boda. Mientras él, la mira con el deseo de que estén juntos para siempre.

—¡Qué bonito!

—Pero, mire, mire del otro lado. A esta hora también vienen las viejitas regañonas. ¿Vio? Ya está pellizcando al muchacho que está junto a ella. Yo creo que es el nieto; todo por estar mirando a los novios sentados al otro lado.

—¡Oh, es cierto! —dijo entre risas Laureana.

—A las doce vienen los flojos. Traen el cabello mojado con agua para que no se note que ni siquiera les dio tiempo de peinarse. Las señoras se envuelven en sus mantillas o rebozos, mientras que algunas señoritas prefieren los sombreros para disimular.

Laureana enrojeció. Le dieron ganas de desaparecer su sombrero, y con sus dos pequeñas manos jaló el reborde saliente de la parte delantera. Al mismo tiempo, los dos se miraron y rieron de buena gana. La viejita regañona los calló y prefirieron salirse.

A cada paso que daban, Juan le señalaba algún detalle de una puerta, de una esquina, de la manera de caminar de algunas damas, de algún perrito que por ahí vagara, de cada balcón, de todo el esplendor del centro de la ciudad. Le contó la historia del Colegio de San Ildefonso, justo cuando pasaron frente a ese esplendoroso edificio; le dijo que tenía poco tiempo de darle asilo a la Escuela Nacional Preparatoria.

—Para escribir, Laureanita, hay que saber mirar y sentir, sentir y mirar. Cada persona tiene una historia, cada cosa tiene un pasado, cada paisaje mil historias. Que, al cerrar los ojos, por ejemplo, pueda sentir los sauces que adornan San Ángel y tenga la seguridad de que se quejan con amargura; que los chorros de esa fuente, cuando cierre los ojos, los convierta usted en cascadas de sirenas; que, al cerrar los ojos, el olor a lavanda provoque pensar en una niña color de luna como usted. ¡Mire! ¿No quiere un agua de sabor? Ahí está un puesto, mi preferida es la de Jamaica. Y allá anda el vendedor de cocadas. ¡Vamos, que le comprare una!

Pasaron las semanas, que Laureana disfrutaba tanto, hasta que un día, el joven se presentó solamente para despedirse. Fue un momento muy triste para la niña. Ilusionada, bajaba las escaleras cuando lo vio platicando en voz muy baja con su padre. Un ambiente de misterio y preocupación los rodeaba. El ademán paterno provocó que se detuviera en el último escalón. Ese gesto pronosticó que algo andaba mal. El abrazo sincero que se dieron fue conmovedor. Entonces, el maestro se aproximó con paso lento a ella. Trataba de sonreír, pero su mirada triste lo traicionaba. Llevaba bajo el brazo un paquete de libros, entre ellos, uno de su inspiración que apenas había salido a la luz en 1857 y que recopilaba los poemas que él había publicado en diversos periódicos.

—Laureanita, ya no podré venir, y presiento que será muy difícil regresar a visitarla. No me olvide, que en cada página que escribí escuche mi voz como esas tardes en que más que clases tuve bellas conversaciones con usted. Nuestra patria está herida y mi vocación exige que ayude a curarla.

Una lágrima corrió por la mejilla de Laureana y él de inmediato la limpió.

—Guarde ese llanto, niña de luna.

Entonces le besó la mano. ¡Qué bonito sentir esos labios, fríos y tibios a la vez, suaves como una nube! Se fue sin sospechar que esa niña de tan solo doce años se había enamorado de él. Y ese beso, ese único beso, Laureana lo guardó como el más dulce recuerdo del primer amor.

Llegaron más profesores, todos admirables, pero ninguno como Díaz Covarrubias. La niña intentaba tomar ritmo en cada clase y así continuó interesada para aprender más sobre historia, geografía y hasta biología, aunque su tema favorito seguía siendo la literatura. Sin embargo, no dejaba de pensar en él, de soñarlo o de evocarlo, sobre todo cuando miraba la luna desde la ventana de su alcoba.

Un día de abril, el maestro Toledo llegó con un semblante desencajado. La noticia que salió de sus labios fue como un rayo ensordecedor, un remolino de venenos, un eco que al repetirse agujeraba el alma.

—¡Han fusilado a Juan Díaz Covarrubias!

—¿Cómo es posible! — exclamó don Santiago.

—Los conservadores tomaron presos a dieciséis liberales, no sé por qué entre ellos estaba Juan. Frente a la capilla de San Pedro de los Pinos decidieron fusilarlos. ¡Solamente tenía veinte años!

La voz del maestro se quebró. En la sala, los sollozos brotaban como si desearan inundarla. Las voces masculinas parecían murmurar mientras reconocían la importancia de la guerra que se vivía en ese momento.

—¿Una guerra? —se preguntó Laureana sin limpiarse las lágrimas que humedecían su rostro. No comprendía eso de la tolerancia y la libertad de cultos, el enojo de los conservadores ni ese plan de Tacubaya, o la separación de la Iglesia y el Estado. Sin dejar de llorar, Laureana lamentó vivir encerrada en su mundo, sin saber que afuera la gente se mataba por aferrarse a una idea; moría creyendo en un ideal.

Esa noche no pudo dormir. Cerraba los ojos e imaginaba la escena de muerte de aquel poeta melancólico. Escuchaba los disparos, lo veía caer. Entonces abría los ojos con horror y volvía a llorar por él. ¿Qué habría pensado él en ese momento? ¿Por fin su maestro se reuniría con su padre? ¿Se resignó ante la muerte, porque esperanzado deseaba caer en los amorosos brazos maternos que lo aguardaban? ¿Supo él alguna vez lo que era amar?

En la madrugada, Laureana se levantó y recorrió las cortinas. La luna iluminó su habitación. Ahí seguía esa desmesurada esfera blanca, ya sin él. Fue cierto, la dejó solita en el cielo, hoy sin nubes, hoy sin esperanza. Eligió al azar una de las hojas del libro *Páginas del corazón* que Díaz Covarrubias le había obsequiado y, como una oración, musitó bajito, mientras sus lágrimas parecían ahogar a cada letra impresa:

*“Y si alumbra tu luz, pálida y triste,
a la hermosa que amé sin esperanza,
dile que el llanto que en mis ojos viste,
nadie en el mundo a disipar alcanza.”*

Días de poesía

I

Cuando Laureana cumplió quince años, su madre pidió que no continuara más con sus clases; ya era una señorita que pronto se iba a casar. El señor Wright esta vez escuchó a su mujer, y agradeció a cada profesor lo compartido con su hija. A manera de despedida, el maestro Toledo le regaló “*Gil Gómez el insurgente*”, de Díaz Covarrubias, que ella recibió entre lágrimas. Prometió que nunca los olvidaría y el maestro besó la frente de la joven.

Doña Eulalia seguía con la ilusión de que, al cumplir los dieciséis, a Laureana le pasara lo mismo que a ella: casarse. Como nunca, alentaba planes para llevarla al teatro, a una que otra *soirée* con los socios del señor Wright y a sus primeros bailes de salón. Laureana permitió que una mano masculina rodeara su cintura al compás de un vals. Pero, ningún hombre tenía ese aire de poeta que la hacía recordar al inolvidable Juan Díaz Covarrubias o el porte de su padre, ni tampoco la inteligencia del profesor Toledo.

La familia Wright aumentaba. Además de Laureana, Matilde y Estanislao, ahora había llegado Enriqueta. Por eso, mientras doña Eulalia alentaba los primeros pasos de la más pequeña, se decidió que Laureana se convirtiera en la representante oficial para asistir en el lugar de su madre a cualquier *soirée* a la que don Santiago no quisiera ir solo.

La mayoría de esas reuniones eran los viernes por la noche, y se realizaban en las casonas ubicadas en el centro de la ciudad. Aunque su casa era también una bella residencia, Laureana reconocía que las otras eran más ostentosas y mucho más grandiosas. Algunas tenían jardines el doble de grandes, y sus pasillos tenían una fila de jarrones de porcelana que parecían guardianes del lugar. Al centro, siempre podía admirarse una graciosa fuente de mármol que ostentaba un cupido; otras tenían un angelito o la figura de una hermosa mujer desnuda que miraba al cielo o parecía enjuagarse con los chorritos de agua cristalina.

Al entrar, siempre lucía al fondo una enorme escalera en forma de caracol; los pasamanos de bronce siempre brillantes. En medio de la escalinata, una alfombra roja destacaba la blancura de los escalones que parecían asomarse con timidez a los lados. A

Laureana le gustaba contar cada peldaño y, casi siempre, al llegar al número treinta, se abría ante ella un escenario festivo. La música de un vals acariciaba sus oídos, y en la pista de baile las parejas que danzaban parecían nubes que el viento movía. Alrededor, una decena de mesas circulares eran ocupadas cada una por ocho o diez parejas que charlaban y reían. Las mujeres movían con alegría sus abanicos, y el sonar de sus pulseras parecía acompañar las notas musicales que se escuchaban. Los hombres vestían elegantes trajes, casi siempre oscuros, tenían poses gallardas y la mayoría lucía bigotes de todos los grosores posibles. Las conversaciones eran animadas, aunque Laureana siempre participaba con mucha discreción. Su mirada recorría el lugar, ¿por ahí estaría su futuro esposo? Es cierto, algunos caballeros eran muy guapos, otros un poco feos, los que iban acompañados se mostraban atentos con la mujer que tenían a su lado; quienes iban solos charlaban con otro amigo o sacaban a bailar con gran galantería a alguna señorita.

Durante estas reuniones, varios invitados aguardaban un momento que cada vez tenía más popularidad, ese instante en que, por arrebatada osadía, soberbia latente o por instancia de los acompañantes de su mesa, alguien se levantaba de su lugar para dirigirse a un rincón bendecido por las musas y ejecutar una pieza al piano o recitar un poema. Siempre se oían los aplausos, aunque en las mesas los comentarios se diversificaban; quienes alababan la calidad de la interpretación, el tono de voz o la sensibilidad del poema leído, aunque también se escuchaba alguna burla o la crítica cruel que señalaba la falta de pasión, o se reconocía el ritmo desafinado de quien se atrevía a demostrar su talento.

Laureana aplaudía con fuerza cuando algún poema le gustaba y se acercaba a felicitar a quien lo había leído. Si se trataba de alguna mujer, de inmediato simpatizaba con ella y, ya con más confianza, le revelaba que también le gustaba escribir. Al paso del tiempo, se integró a un pequeño grupo femenino que, entre baile y baile, o después de la presentación de un aspirante a artista, se juntaban a charlar.

—Querida niña, ¿cuándo pasa usted a leer un poema? ¿No que le gusta escribir? Total, lo único que puede pasar es que le den tres aplausos, pero también puede surgir un reconocimiento inolvidable y que decenas de felicitaciones le confirmen que tiene alma de poetisa.

—No sé, Toñita querida, no sé si mi padre me dé permiso.

—Pues no le diga nada, puede darle la sorpresa. Así lo hice yo con mi esposo y ahora le gusta presumir que su mujer es una poetisa. ¡Anímese, niña bella!

Laureana lo pensó tres, cinco días, un mes completo, dos semanas más. A veces imaginaba que la abucheaban; otras más, que una lluvia de flores representaba el gran reconocimiento recibido a su poesía. En dulces sueños, se veía sentada a un lado de Díaz Covarrubias mientras ella escribía aconsejada por él. En algunas pesadillas, la tinta violeta se transformaba en sangre que la asustaba, que detenía de inmediato su escritura. ¿Valdría la pena leer en esas reuniones alguno de sus poemas? Todos sus textos se quedaban guardados en los cajones del escritorio. ¿Qué pasaría si alguien más los conociera?

Cada viernes que convivía con sus nuevas amigas, le preguntaban otra vez cuándo se iba a animar a pasar; trataban de no presionarla, pero no dejaban de motivarla.

—¿Sabe, Laureanita? Yo solamente había escrito un poema, un solo poema en mi vida —le confió animosa Socorrito Aguilar—, pero el día que ante la demás gente lo leí, fue decisivo para escribir más.

—¡Yo hasta conseguí esposo! —comentó con chispeante simpatía Ignacia Padilla de Piña—, claro nunca lo hice con esa intención, pero después de escucharme, él se acercó y besó mi mano; su mirada lo dijo todo. Y desde entonces estamos juntos.

—Entre más lo piense, Laureanita, menos lo hará. Haga de tripas corazón y pase, lea, y que sea lo que Dios quiera.

Una noche, mientras don Aniceto Ortega tocaba una pieza de salón y sus manos mágicas recorrían con gran destreza las teclas de ese hermoso piano color ébano, Laureana tomó aire, se levantó de su lugar y, con el pretexto de ir al baño, se fue acercando poco a poco al pequeño escenario. El corazón le latía al ritmo de cada nota que surgía.

Al concluir su interpretación musical, el maestro Ortega de inmediato recibió la aclamación del público. Orgulloso, se puso de pie y aseguró que habían escuchado “Romanza sin palabras”. De reojo, alcanzó a ver que la joven se había parado a un lado del piano y que apretujaba contra el pecho la hoja donde tenía escrito su poema.

—Pero ahora, por lo que veo, una señorita les va a leer una composición.

Caballeroso hizo un ademán para que voltearan a verla. Sus amigas fueron las únicas que aplaudieron, dos de ellas hasta de pie se pusieron. Se escucharon algunos murmullos. La joven dio dos pasos al frente, parecía decidida, pero temblaba por dentro. La hoja de papel vibraba junto con ella.

—Soy Laureana Wright González. Voy a leerles este poema que escribí yo, y deseo de todo corazón que les guste:

*“Fue el 11 de abril
Disparos rasgaron el cielo
El viento lanzó alaridos
Mis ojos lloraron por ti.
Oh, patria, dime por qué
Para defenderte a ti
Un hombre, tantos hombres, deben morir
Fusilados en la oscuridad
Por corazones de roca
Por almas negras
Órdenes sin alma
El miedo en cada mirada.
En sus ojos cerrados
El dolor contenido
Nuestra patria está herida
“Como este corazón
Que desconsolado
No deja de preguntar
¿Por qué matar tantas ilusiones?
¿Por qué asesinar a hombres justos?
Mártires de Tacubaya, nosotros los recordaremos
Mártires de Tacubaya
Su adiós ha dejado
Un hueco eterno en mi corazón.”*

Leyó con un tono fuerte y claro. Lo único que se escuchaba era su voz. Creyó confundirla con el viento que alguna noche se colaba por su ventana y llegaba a sobresaltarla. Enfatizaba alguna frase para confirmar que era ella la que hablaba. Sintió que acababa de descubrir su propia voz. Los aplausos de la gente llenaron de alegría su alma.

II

—¡Tenías que haberla visto, Eulalia! La voz de nuestra hija era lo único que se oía en el salón. Voz de poetisa. Todos parecían haber detenido la respiración mientras ella recitaba.

La mujer atendía boquiabierta la narración de su esposo y volteaba a ver a Laureana para que le confirmara ese testimonio. La joven asintió la cabeza una y otra vez.

A partir de ese día, ella, cuando iba a las reuniones y había una oportunidad, compartía alguno de sus poemas con total emoción. La gente la recibía con beneplácito. Algunos invitados que eran editores de revistas literarias se acercaban para invitarla a publicarlo y aceptaba encantada.

Fue así como, luego de cumplir con los deberes de la casa, la joven se encerraba en su habitación para escribir con la venia de su padre. Doña Eulalia no era ajena a la nueva rutina de su hija mayor, no le gustaba mucho, pero lo más preocupante para ella era que Laureana todavía no tenía novio, que ya había cumplido veinte años y no le correspondía a ninguno de los jóvenes que conocía en los bailes.

—Me dijeron que el hijo mayor de los Sinúes te sacó a bailar varias veces la otra noche. Qué guapo es, ¿verdad?

—Pues...

—¡Laureana! No te vaya a pasar lo de la vecina, Chayito Reyes. Todo mundo la compadece. Ya tiene veinticinco años y no ha logrado casarse. Las mujeres solas sufren el peor de los martirios al no ser amadas por alguien.

—Yo solamente deseo que un hombre haga brillar mis ojos con la misma luz que llega a los suyos cuando ve a mi padre.

—Solamente cuando eres esposa, esa la luz bendita nos ilumina, no puedes forzarla, no llega de inmediato; hasta que él te confiesa su amor, todo empieza a brillar.

La mueca desencantada de Laureana preocupaba a su madre, pero su maternidad le exigía atender ahora a Matilde, a Estanislao, a Enriqueta y también a la recién nacida Virginia, quien

había resultado ser un verdadero remolino de risa y llanto. ¿Cómo convencer a su hija que primero tenía que ser elegida y después enamorarse?

Una noche de octubre, Laureana fue la última en leer un poema en casa de los Rivas Cacho y, al terminar, luego de recibir las felicitaciones correspondientes, alguien tocó con suavidad su hombro. Era un hombre joven que extendió su mano para invitarla a bailar el vals que empezaba a escucharse. Delgado y hasta pálido, lucía un negro bigote que parecía una nube borrascosa que flotaba en su labio superior. Sonrió agradecido cuando ella aceptó, y al compás de la música sus cuerpos se movían con gracia. Pese a traer guantes, ella sintió la calidez y el nerviosismo del muchacho, advirtió que el joven pasaba y pasaba saliva, hasta que, por fin, se atrevió a hablar.

—Señorita, estas últimas semanas ha sido un honor escucharla. Admiro la manera en que lee sus poemas. La pasión que le pone a cada frase.

Su mirada tenía el color de la melancolía. Laureana recordó de inmediato a Juan Díaz Covarrubias.

—Usted también es poeta, acabo de reconocerlo. Hace unas semanas leyó un texto precioso.

—Gracias por tan indignas palabras; soy un joven que desea ser médico, pero que reconoce su alma de poeta.

Sus frases provocaron que una lágrima delatara el recuerdo que llegaba a la mente de la muchacha.

—Perdón, perdón ¿En algo la ofendí? Perdone mi torpeza, las mujeres hermosas me ponen nervioso, pero si además son sensibles e inteligentes me siento tan desarmado que no cuido lo que digo.

—Oh, no, no, para nada me ha ofendido. Me hizo recordar a mi maestro Juan Díaz Covarrubias...

—¿Fue su maestro? De qué manera tan trágica terminó su vida. Imagine lo que me impresionó saber que yo rento el cuarto donde él vivió. Fue un poeta memorable, un narrador

admirable y un hombre inolvidable. Ahora comprendo más esa sensibilidad que usted tiene. Por eso, perdone el atrevimiento... ¿Puedo hacerle una invitación?

—Si vive en el mismo lugar que habitó Díaz Covarrubias, y usted escribe como si todavía la voz de mi maestro susurrara en ese lugar, considere desde este momento una amistad genuina conmigo.

—Es usted muy amable... Justo sobre eso versa mi invitación; de compartir lecturas y autores, de leer a quienes nos han abierto el camino, y de conocer a quienes deseamos avanzar hacia ellos. ¿No quiere participar en algunas tertulias literarias que hacemos otros amigos y yo? No sé si recuerde mi nombre, Manuel Acuña, para servirle a usted. Si gusta, hablaré con su padre para que le dé permiso de asistir a nuestras reuniones. Solamente leemos poemas y nos motivamos para soñar que cada una de nuestras palabras penetrará en todos los corazones que laten en esta patria amada.

De inmediato se aproximaron a Santiago Wright, y el joven Acuña en poco tiempo se ganó la confianza del hombre, sobre todo porque le dijo que entre sus maestros estaban don Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano, quienes brillaban con total reconocimiento en el mundo literario y político del país. Su porte también provocó que Santiago evocara al inolvidable Díaz Covarrubias. Además, Manuel y Laureana casi eran de la misma edad, ella tenía veintiuno y Acuña dieciocho.

Laureana pudo conocer a los maestros de su nuevo amigo, tanto a Ignacio Ramírez, el “Nigromante”, como a Ignacio Manuel Altamirano, así como a otros jóvenes enamorados de la poesía, como Agustín F. Cuenca, Francisco Ortiz, Pablo Sandoval y Vicente Castellanos; con este último hizo una gran amistad. Bigote afelpado, barba abundante y un cabello alborotado que parecía imitar las crines oscuras de uno de los nobles corceles que jalaban la carroza de la familia Wright y que se llamaba “Revoltoso”. Sin duda, ese sobrenombre le quedaba idóneo a su nuevo amigo que tenía la misma edad que ella. Unos pequeños anteojos redondos le daban un toque intelectual que fue lo primero que le gustó de él. Doña Eulalia recibió en su casa al joven con la esperanza de que fuera el elegido por su hija, y con cierta impaciencia esperaba que Laureana se lo confesara, pero los días pasaban sin que esa relación se convirtiera en noviazgo; la complicidad entre ellos se convirtió solamente en una amistad entrañable.

Con absoluto entusiasmo, la joven salía de su hogar para acudir a las tertulias. Fue necesario comprometer a don Ignacio Ramírez para que pasara a recogerla, pues gozaba de gran prestigio en todo México, y Eulalia no quería que su hija caminara sola por las tardes para asistir a esas reuniones. Así, en punto de las cuatro, el hombre tocaba en el portón de la casa y, parado en el borde de la banqueta, esperaba a la muchacha. Moreno, pálido y cabello corto, su inconfundible capa de paño verde le daba un toque intelectual a su figura. Les gustaba caminar y charlar. Le encantaba cuando ese hombre, a quien ella calificaba de sabio, le platicara sobre los periódicos que fundó y el proceso para editarlos, desde tener una buena imprenta hasta la forma de integrar colaboradores entusiastas.

—A lo mejor no se les puede pagar, Laureana, pero si tiene el mismo compromiso ahí estarán. Claro, también deben compartir la misma vanidosa humildad: gozar de ver nuestro nombre en letras impresas. Nada como esa sensación de saberse ahí dentro de esa página con nuestra voz y nuestro sentir. Se debe ser muy tenaz, sí, pero más bien hay que ser muy necio para volverse adicto al periodismo. Si una publicación agoniza por falta de apoyo económico o si no fue del gusto del público, hay que pensar en otra que no padezca esos problemas, porque siempre, siempre, se debe volver a publicar.

Disfrutaba las anécdotas de la manera en que él ayudó a transformar conventos en bibliotecas después de la Guerra de Reforma. Lo imaginaba entrar a esos lugares con el grito: ¡Quiten esas estampitas falsas! El “Nigromante” le aseguraba que, en la iglesia de la Compañía, uno de los lugares que le tocó transformar, fue lo primero que exclamó. “Libros, solamente libros”, repetía emocionado, “que esos sitios antes considerados la casa de Dios hoy sean los templos del saber, no de fanatismo; se debe iluminar a la gente no con aureolas sino con ideas, palabras, poesía”, expresaba con entusiasmo.

Le confiaba lo mucho que adoraba a su esposa, agradecía que fuera una mujer abnegada y santa, aunque justificaba que ella era así porque fue lo único que le enseñaron a ser, le aseguraba a la joven. Entonces, detenía su andar, la tomaba de los hombros para decirle muy serio: “Las mujeres tienen dos enemigos, reconózcalos, Laureana, para que no se deje vencer por ellos: la miseria y la superstición”.

La personalidad de Ignacio Manuel Altamirano se le imponía, pero él siempre se acercaba solidario para comentarle algo sobre lo que la joven compartía en las tertulias.

—Recuerde, Laureana —le advertía con toda seriedad —, si escarba su alma con verdadera conciencia de usted misma, solamente así encontrará su voz, su voz de mujer y como mujer usted escribirá.

El Convento de San Jerónimo, expropiado después de la Guerra de Reforma, se convirtió en el lugar ideal para las reuniones. Ellos, a veces se quedaban hasta la madrugada, ella ni pensarlo; hija de familia, tenía un horario específico para llegar a casa. Sin embargo, las horas que podía convivir con esos poetas locos y cuerdos eran de total aprendizaje y gozo. Escucharlos era un verdadero paraíso de poesía.

Ya tenían una rutina a la que, con el paso del tiempo, la joven supo integrarse muy bien. Así, un año después de asistir y participar, Laureana se sentía a gusto en ese ambiente, a veces lleno de discusiones y coincidencias, de confabulaciones y competencia, amistad y solidaridad. Sonreía con prudencia cuando su madre le preguntaba si alguna de esos poetas podía convertirse en su esposo; enternecida, cada semana le hablaba con entusiasmo de alguno de ellos, pero sin nunca confesarle que todavía nadie le inspiraba ese amor que doña Eulalia tanto idealizaba. En las tertulias no busca enamorarse; la joven tenía la ilusión de ganarse el reconocimiento de esa pequeña y privilegiada comunidad literaria. Al llegar, todos centraban la atención en quien decidía presentar un poema. Después de leer su creación, el expositor esperaba que los demás calificaran o descalificaran el texto.

“A Dios”

*“Supremo y oscuro mito
Hijo del miedo del hombre
Que piensa encontrar tu nombre
En todas partes escrito:
Si tú eres el infinito
Si es infinita tu existencia
Todas las formas revistes
¿Por qué si es verdad que existes?
¿No existes en mi conciencia?”*

Después de leer su poema, Acuña arrojó al piso las hojas que traía consigo y levantó de manera retadora el rostro hacia el cielo. Los aplausos no tardaron en escucharse. De inmediato, diferentes voces externaron sus puntos de vista.

—¡Ese poeta va a terminar en el infierno! —gritó provocador Castellanos.

—Acuña, ¿por qué niegas la fe con tan exagerada amargura? —preguntó una voz molesta.

—Ese texto demuestra que el pensamiento ha destrozado la fe cuando se anda en busca de la ciencia; ya no se quiere creer, se quiere saber —dijo otro de los poetas.

—Nada mejor que utilizar las preguntas dentro de los versos para provocar nuestros propios cuestionamientos y nuestras posibles respuestas.

—¡Que viva la poesía, nuestra verdadera religión!

—Amigo querido, yo también escribí algo sobre Dios, pero sin tanta vehemencia ni...

—Pase, Laureana, pase a leerlo. Se lo rogamos —suplicó como todo un caballero, Acuña.

La joven Wright se acercó a su amigo, peinó la alborotada cabellera del atormentado poeta y levantó los papeles del piso, para acomodarlos con sumo cuidado sobre una de las mesas. Se quitó los guantes uno por uno con lenta expectación, aunque su mirada discreta espiaba a todos los presentes. A veces, les tenía miedo; otras veces confiaba en la sinceridad de sus comentarios, la habían ayudado a revisar con estricta actitud cada una de sus creaciones, a dejarse llevar por lo que sentía, a contagiarse un poco de su rebeldía y hasta de esos desplantes de poetas gozosos e incomprensidos.

*“Dios
¿Quién sabe lo que tú eres? ¿Quién ha visto
tu faz ni tu presencia?
¿Quién ha podido conocer tu forma
ni definir tu primitiva esencia?
¿Quién sabe si eres forma o un destello?
¿Si eres el Dios espíritu, el Dios genio,
o el dios naturaleza?
Inútilmente el pensamiento humano
a investigar se lanza decidido
tu misterioso ser, ¡todo es en vano!
Tú serás siempre lo que siempre has sido
la eterna duda
el insondable arcano.”*

—Laureana ya tiene ganado el cielo. Que nos ayude a conocerlo un día, porque ninguno lo merece como ella —aseguró Acuña.

—Yo vuelvo a destacar la fuerza de las preguntas en un poema; no comprometen, siempre provocan a quién las lee.

—Y yo los felicito a los dos —se escuchó la voz de Ignacio Ramírez—, porque sus poemas me hacen confirmar que no hay Dios; los seres de la Naturaleza se sostienen por sí mismos, justo como hoy su poesía los sostiene sin fanatismo. Esperemos que sus palabras también sacudan a esta sociedad retardataria.

La sabia voz del maestro “Nigromante” marcaba la pauta para romper con las exposiciones y dividirse en grupos donde se comentaba lo que recién se había escuchado, aunque también se discutían algunas ideas de las temáticas expuestas, los acontecimientos políticos del momento e incluso chismes de lo ocurrido en alguna presentación. No pasaban por alto de comentar entre los pequeños grupos sobre la forma de ser de algunos de ellos, de las jóvenes mujeres que aceptaban sus invitaciones, de las relaciones de amistad o noviazgos que surgían, los intereses amorosos o aventuras discretas que también podían nacer. El ambiente de camaradería se imponía con verdadera fuerza, así como una sola convicción: forjar una literatura propia.

Entre las mujeres que llegaban a las tertulias, varias eran de la edad de Laureana y habían sido invitadas tanto por Acuña como por otros integrantes de la comunidad poética. Algunas eran esposas de los poetas que gustaban de llevarlas; y, otras, motivadas por sus preceptores, habían decidido dejar la provincia para encontrar en la ciudad espacios de expresión. Si bien había una convivencia gozosa, a veces surgían discusiones y desacuerdos.

—Querida Susanita, qué bonita es usted. Siempre es encantadora la manera en que sus mejillas se encienden al leernos sus bellas inspiraciones. Se nota que usted es soltera, porque sus metáforas sobre el amor están envueltas en la inocencia más absoluta...

—Perdone, señor Miranda —interrumpió Rafaela Medina con tono fuerte e indignado —lo que la señorita leyó no tiene usted por qué compararlo con su estado civil o con el color de sus mejillas. En ese caso, lamento no haberle dicho que el poema que usted leyó ayer brillaba esplendoroso como su avanzada calva.

El hombre cambió de color, un rojo furia empezó a colorear su rostro ante cada palabra que la joven mujer expresaba. Acuña interrumpió la sesión y no le permitió al indignado aspirante a poeta hacerle ningún comentario a su amiga. Prefirió dar por terminada la sesión de lectura.

—Pero, Manuel, ya van tres jóvenes damas que ni su nombre supimos porque, así como llegaron ya nunca regresaron, pues se incomodaron con ese tipo de comentarios. No me gusta que sean indiferentes con nosotras, tampoco complacientes, pero mucho menos descorteses.

—Yo hablaré con él. Le prometo que no volverá a pasar.

Laureana admiraba a sus nuevas amigas. Gracias a ellas aprendió a tener confianza, a discutir o defenderse cuando fuera necesario, a compartir con más seguridad sus inspiraciones y tomar los comentarios con dignidad y sin perder la confianza en ella misma.

—Señorita Wright, qué gusto encontrarla. ¿La invitó Manuel para convertirla en su musa, o porque reconoció su talento? —comentó con cierta malicia una mujer que Laureana había visto en alguna de las reuniones de salón, aunque no recordó su nombre.

—Estimada señora, a Manuel ya lo considero un hermano, así que estoy segura de que me invitó porque le gusta cómo escribo —respondió con cierta incomodidad.

—No lo tome a mal, pollita hermosa —, intervino irónica Ignacia Padilla de Piña, cuyo esposo era buen amigo de Altamirano—. Lo que pasa es que Josefita ha visto pasar por aquí a muchas pollas que ni fu ni fa, ni escriben ni se inspiran, pero cuya belleza es suficiente para atraer a cualquiera de los caballeros aquí presentes. Eso sí, no todas somos musas nada más, muchas de nosotras estamos aquí también porque Erato es nuestra amiga.

—En ese caso, ayúdenme a decirle a Melpómene que no se convierta en mi ángel de la guardia, ya no quiero escribir sobre desamor y desilusión —comentó con cierto sarcasmo Cuquita Salazar.

—Pues, ya que somos amigas de las musas, yo espero que Calíope sea generosa y cada tarde me visite para no dejar de escribir —respondió con un ligero suspiro Laureana.

—Sí, que alguna musa nos vea con cariño y tome nuestra mano para que brillemos algún día en el cielo de la literatura mexicana —intervino con ingenuidad Angelita Salazar.

—Esa disposición ya existe en nosotras mismas, por eso estamos aquí, sin dejar de reconocer a los hombres que nos invitaron a venir, sea cual fuera su intención —advirtió con total seriedad Laurita Medina.

—Cierto, ahí tienes a Dolores Guerrero. Yo todavía lloro su muerte, pero sus poemas fueron conocidos por su talento; es cierto, tuvo a sus preceptores, pero lo que le dio brillo fue su sensibilidad.

—¿Quién era ella? —preguntó con cierta timidez Laureana.

—Hace ocho años que murió, ¡solamente tenía veinticinco años!

—¡Santo Dios! Pero ¿qué le pasó?

—Yo creo que de tanto amor, pasión e ímpetu poético su corazón no resistió más. Publicó muchos poemas en diversos periódicos...

—*“A ti, joven de negra cabellera, de tez morena y espaciosa frente, de grandes ojos y mirada ardiente, de labios encendidos de rubí; de nobles formas y cabeza altiva, de graciosa sonrisa y dulce acento, de blancos dientes, perfumado aliento, a ti te amo no más, no más a ti* —recitó una de ellas con total frenesí.

—No fue una mujer hermosa, pero su talento la hizo brillar en cualquier lugar, sin duda eso fue lo que vieron en ella Francisco Zarco y Francisco González Bocanegra cuando la motivaron a publicar.

—¿Ven? No siempre es la seducción lo que inspira a estos caballeros para abrirle puertas a una poetisa, también el auténtico reconocimiento a la calidad de su poesía.

—Yo no he dicho lo contrario, estimada señora. Yo misma he visto a José María Vigil rendirse ante el genio de Isabel Prieto; escuché a Lorenzo Elizaga exaltar nuestra aparición o a Luis Calderón consagrarnos cuando dijo en este mismo lugar: “Violeta tú de un nuevo paraíso”, luego de escuchar un poema de doña Josefina Pérez.

—¿No leyeron hace unos días a Justo Sierra? En sus “*Conversaciones de domingo*” aseguró que nosotras formamos la faz del sentimiento y la poesía, lo llamó el “cariño de la mujer”.

—Hablando de seductores...

—¡Amiga! ¡Amiga! No se le va ninguno.

—No se asuste, Laureana, que su talento sea el que brille y no se preocupe de lo que diga la gente, siempre van a hablar. Hemos visto a varias mujeres venir y desaparecer de estas tertulias, a otras publicar y desaparecer también, pero algunas más, dejaremos huella en la literatura nacional, ya verá.

III

Hacía semanas que no se hablaba de otra cosa: la Sociedad Filarmónica Mexicana presentaría su segundo concierto en el Teatro Nacional, donde el maestro Aniceto Ortega estrenaría dos marchas que celebraban el triunfo de la República. Una de ellas sería tocada por cuarenta manos. Sí, en diez pianos, un hombre y una mujer soltarían las notas más patrióticas y orgullosas luego de que el país había pasado por momentos tan difíciles, desde la invasión de los Estados Unidos hasta la Intervención Francesa.

Don Santiago tenía muchas ganas de asistir y llevar a su esposa, así como a Laureana, ya una señorita de veintidós años. Doña Eulalia dudaba porque no quería dejar solos a los pequeños de la casa, pero con tal de que no se perdieran ese gran acontecimiento musical, Matilde se ofreció a cuidar a sus hermanos. El Señor Wrigth compró tres entradas, los mejores lugares, presumía con orgullo. Generoso como siempre, pidió a su esposa e hija que fueran a comprar la ropa más hermosa para lucirla esa gran noche.

Laureana estrenó un vestido cuyo diseño empezaba a ponerse de moda. La tela era satén de seda y lo eligió en color marrón; los hombros iban al descubierto, pero su madre lo complementó con un chal de tul castaño oscuro. El corsé no podía faltar, aunque le cortaba la respiración. La falda era de gran volumen, y debajo de ella se puso tres enaguas para hacerla más ampona y que el bordado de tema floral luciera como si un bosque entero estuviera estampado en su ropa. Los guantes hacían juego perfecto con el abanico. Listas para una noche de gala llena de música inolvidable, madre e hija se colocaron coquetas a un lado del hombre de casa, quien caminaba con ellas más orgulloso que nunca.

El teatro estaba lleno de luces y toda la gente portaba sus mejores trajes. Los lugares elegidos quedaban a unos metros del escenario. Mientras esperaban el inicio del concierto, Laureana escuchó detrás de ella que dos hombres charlaban en francés. Le emocionó entender lo que platicaban. Uno de ellos le bromeaba al otro diciéndole que ya parecía mexicano. Le gustó la voz varonil que replicaba en otro idioma que no “se sentía”, que “ya era mexicano”. En ese momento, empezaron a sonar los primeros acordes y la gente aplaudió emocionada.

El corazón de Laureana estaba a punto de salirse de tanta emoción al escuchar cada pieza musical. Sintió en ese instante que la patria tenía un sonido que abrasaba almas. Quiso ser una de las señoritas cuyos dedos brincaban de una tecla a otra al ritmo del triunfo de Zaragoza. Se cantaba a la victoria, al triunfo, a la gloria. Lloró de emoción, y junto con ella muchas personas más. Algunas de manera discreta sacaban sus pañuelos para enjugar sus lágrimas; Laureana permitió que una lluvia salada resbalara por sus mejillas. La ovación estremeció al teatro completo. Don Aniceto Ortega no se cansaba de hacer reverencias, de compartir los aplausos con cada músico, de salir varias veces a escena para agradecer tan hermosa muestra de admiración.

Al terminar el concierto, se dirigieron con paso lento a la salida del teatro. La gente se arremolinaba por el pasillo central. Detrás de Laureana, los dos hombres volvieron a charlar en francés:

—*Je préfère la Marche Républicaine car il y a des idées heureuses, de la grande science, de bonnes résolutions harmoniques et des modulations énergiques, nouvelles et originales qui révèlent un feu aussi profond que sacré...*

—*Oui, mais dans la Marche de Zaragoza il y a autre chose, quelque chose de si spécial que je ne trouve pas le mot le plus juste pour la décrire...*

—*Ne débattiez plus, la Républicaine est une vague de boussoles patriotiques, la victoire joyeuse pour eux, la défaite qui nous avertit comment le mépris d'un pays envers un autre peut être tragique.*

—*Oui, mais celle de Zaragoza, celle de Zaragoza...*

—*Pour l'amour de Dieu, défendez votre argument. Pour moi celle de Zaragoza atteint notre âme...*—exclamó con cierta desesperación Laureana al voltear a verlos.¹

¹ —Yo prefiero la Marcha Republicana porque hay en ella ideas felices, gran ciencia, buenas resoluciones armónicas y modulaciones ricas, nuevas y originales que revelan profundos, a la par que fuego sacro...

—Sí, pero en la Marcha de Zaragoza hay algo más, algo tan especial que no encuentro la palabra más puntual para describirla...

—Ya no discutas, la Republicana es un oleaje de compases patrióticos, el triunfo gozoso para ellos, la derrota que nos advierte lo fatal que es la soberbia de un país hacia otro...

—Sí, pero la de Zaragoza, la de Zaragoza...

—Por el amor de Dios, defienda su argumento, la de Zaragoza llega al alma.

Deseosa de practicar su francés, se expresaba con cierta vanidad en ese idioma, aunque también intentó aportar mejores argumentos para que el hombre convenciera a su amigo de cuál de las dos marchas era la mejor.

—Zaragoza est une belle marche car chaque note se transforme en flèches rouges qui symbolisent le sang de chaque Mexicain tombé sur le champ de bataille, flèches blanches comme la paix que la France a voulue nous arracher et flèches vertes comme l'espoir abrité dans l'âme la plus naïve et noble...²

Las personas que iban junto a ellos rieron divertidas por la intromisión tan ingenua de la muchacha. Fue justo en ese momento que ella se dio cuenta de que acababa de intervenir en una conversación ajena. Tapó su boca con mucha gracia. Doña Eulalia musitó el nombre de su hija con ese tono clásico de regaño, pero Santiago prefirió bromear al felicitarla en voz alta por practicar con tanto acierto su francés.

—¿No es usted francesa? —preguntó uno de ellos en perfecto español, entre sorprendido y encantado—. La felicito por su excelente pronunciación, pero más por ayudarme a tener un mejor argumento que confirme que de las dos marchas la mejor es la de Zaragoza... A sus pies. Me llamo Sebastián Kleinhans. Mi amigo es el señor Pierre Toussaint.

El señor Wright se presentó también y estrecharon sus manos. Un poco avergonzada, Laureana consintió que ese desconocido besara suavemente el dorso de su mano derecha, acción que doña Eulalia solicitó también al extender su brazo mientras, al mismo tiempo, agradecía el cumplido que le había dado a su hija; de inmediato la llamó por su nombre en diminutivo para pedirle que agradeciera el comentario del caballero.

La curiosidad paterna provocó que les preguntara de qué parte de Francia eran.

—Somos de Alsacia, un pueblito, dirían ustedes, castigado una y otra vez por su posición fronteriza. A veces somos de Francia, y mañana quién sabe de dónde. Yo ya soy

² —Zaragoza es una marcha bella porque cada nota se convierte en flechas rojas que simbolizan la sangre de cada mexicano caído en el campo de batalla, flechas blancas como la paz que Francia nos quiso arrancar y flechas verdes como la esperanza refugiada en el alma más ingenua y noble...

mexicano, tengo muchos años viviendo aquí, soy comerciante. Mi amigo vino a abrir unos negocios conmigo, aprovechando el final de la guerra.

La conversación ya se llevaba a cabo en la calle; algunos buscaban sus carruajes, otros esperaban a que alguien los recogiera.

—¿Tienen en qué transportarse? Podemos llevarlos a donde gusten —dijo el señor Kleinhans con un tono de gran amabilidad.

—Traemos nuestro carruaje; es usted muy amable. Buenas noches.

Al alejarse, sin saber por qué, Laureana creyó ser la mujer de Lot, y aunque algo le aconsejaba no hacerlo, volteó a verlos. Le dio un poco de risa que el señor Toussaint jaló a su amigo para subirlo a la carroza, y es que Kleinhans parecía haberse convertido en estatua de sal. Hasta se le cayó su sombrero de bombín. Sebastián descubrió que ella los miraba y alcanzó a hacer una reverencia antes de subirse a ese elegante transporte de color oscuro jalado por dos caballos percherones.

Semanas después, fueron a otro concierto y volvieron a encontrarse con aquel hombre que, caballeroso como siempre, los saludó. Qué fácil era distinguirlo entre la gente, tan alto, con ese tono de piel como la nieve que cubría al Popocatepetl, ojos de cielo nublado y el cabello parecido al fuego de la chimenea en los días de invierno.

Mientras la música envolvía el lugar, Laureana tuvo la sensación de que él no dejó de mirarla durante todo el concierto. Al salir, sospechó que estaba esperándolos, que el encuentro no tenía nada de casual. Amable, los invitó a cenar a un lugar que se acababa de inaugurar y que, por cierto, doña Eulalia quería conocer, por eso fue la primera en decir que sí. Se estaba poniendo de moda la palabra *restaurante* y la manera en que Sebastián la pronunció fue calificada por las dos mujeres como encantadora.

Pasaron una deliciosa velada. Sin duda, se trataba de una persona culta. Laureana creyó que los ojos del hombre eran iluminados por mil luciérnagas; sus labios, sandías festivas; su voz, el poema que le gustaría escribir. Le simpatizó mucho a doña Eulalia y la joven notó que coincidía en muchas cosas con su padre. Y, no podía negarlo, estuvo a gusto con él, pero no por eso dejó de sorprenderse cuando Sebastián pidió permiso para visitarla. De inmediato, doña Eulalia le dio su dirección.

Durante varios meses, Sebastián visitó la casa de los Wright. A veces llevaba libros para regalar, desde que Laureana le manifestara su gran amor por la literatura. Le sorprendió que ella ya hubiera publicado algunos poemas y que fuera a varias veladas literarias. A la joven le gustó cuando él detalló de manera muy sincera cómo llegó a México. Ese dolor que le provocaba haberlo dejado todo y arriesgarse a venir a América. Empezar de nada y poco a poco hacerse de un capital, de una seguridad económica. No se veía viejo ni acabado, aunque tenía diez años más que ella. Maduro y culto, sensible y caballeroso, poco a poco se ganó su cariño. Además, era bien querido por todos en la casa; tanto, que le pidieron ser padrino de Gilberto, el nuevo integrante de la familia. Fue ese día cuando Laureana empezó a preguntarse si lo que sentía por Sebastián era amor. Durante la ceremonia del bautizo le conmovió la manera en que su pequeño hermano era acurrucado entre los brazos de ese hombre. Le emocionó atisbar su capacidad de ternura.

Castellanos se sorprendió cuando Laureana le pidió que le revisara un poema que había escrito donde, por primera vez, ella hacía referencia al amor.

*“Tus labios, manzana que Adán mordió.
Mis labios, Eva en el paraíso.
¿Alguna vez tu aliento se confundirá con el mío?
Suave amor, ya no debo inventarte
Dulce amor, el mismo al que todo poeta canta
El mismo que hoy suspira sin luna por ti.”*

—¡Laureana! ¿Está enamorada? —expresó Vicente con traviesa curiosidad.

—¡Dios! Y ahora voy a escribir cursilerías —lamentó ella exagerada.

—No, Laureana, está bello. Se lo debe obsequiar a ese pretendiente y caerá rendido a sus pies.

—Me da miedo, Vicente.

—El amor siempre da miedo, por eso cuando somos inteligentes, lo mantenemos a distancia.

—¿Me está diciendo que ahora puedo convertirme en una tonta?

—No, querida amiga. Más bien reconozco que, cuando lo pensamos mucho, resulta complicado atreverse a reconocerlo. Pero, cuando solamente lo sentimos, asusta. El secreto es el equilibrio entre amar, razonar y sentir y, sobre todo, jamás traicionarse a sí mismo. Sí, enamorarse, pero queriéndose siempre un poquito más a uno mismo que a la otra persona, para no dejar de ser, otra vez, uno mismo.

Entonces, Laureana se atrevió a regalarle el poema a Sebastián, pero se lo entregó guardado entre las hojas de un libro que tenía listo para agradecer sus atenciones con ella. No le permitió que lo abriera, le hizo prometer que lo haría al llegar a su casa. Él besó la mano de la joven y se retiró. Unos minutos después, tocaron a la puerta. La curiosidad lo había vencido, traía el poema en la mano y la mirada embelesada. Sebastián se aproximó a ella con la lentitud de un reloj de arena. Laureana pudo confirmar que en ese iris varonil había un torbellino apasionado que no la asustaba, aunque amenazara llevarlo con ella, sacudirla por los aires, perderse en un paraíso que no conocía, pero sabía que iba a disfrutar como nada en la vida. Al probar esos labios viriles, sintió que saboreaba el suave algodón de una nube, húmedos y vaporosos, tan cerca del cielo, más deliciosos que el chocolate. A su alrededor, una dulce voz recitaba en su mente ese poema que le había escrito al hombre que ya amaba.

Durante varios meses, doña Eulalia se dedicó a preparar la boda. La pareja había elegido el 19 de enero para casarse. Laureana iba a cumplir veintitrés años; él tenía treinta y dos. Santiago Wright mandó traer tela de París, y la famosa modista Berta Perches confeccionaría el vestido. La habitación de la joven estaba saturada de figurines, pero ella quería algo diferente. Junto con sus hermanas recortaron diferentes ilustraciones para armar ese vestido que una vez imaginó de niña: que tuviera mangas de encaje, un faldón tono rosa empolvado y una cola de princesa para caminar hacia el altar, dando pasos como si escuchara cantos surgidos desde la profundidad del mar. Un velo largo de tul con pequeñas violetas coronándolo. Los hombros al descubierto; guantes tono marfil clásico; un ramo de flores naturales, violetas, por supuesto; zapatillas de punta redonda con aplicaciones de encaje de cordón. Estaba ilusionada, pero algo la inquietaba.

—Vicente... ¿Puedo hacerle una pregunta? No... mejor no. Olvídelo.

—¿Qué pasa, querida Laureana? ¿Nerviosa o indecisa a unos días de la boda?

—No, para nada. Estoy enamorada. Me gusta mucho que mi novio vaya todos los días a mi casa y nos sentemos en la terraza para leer o conversar; que le guste caminar conmigo por la ciudad; que ame la música y en los conciertos tome mi mano para acariciarla. Sus besos, cada palabra de amor que me dice, pero...

—Pero... —reiteró Vicente.

—Mi vergüenza es tan grande, amigo mío.

—Por favor, sabe que puede confiar en mí; la estimo y respeto.

—Es que... —ella tomó aire y dejó salir su pregunta de una manera rápida, casi sin respirar, sin atreverse a mirarlo de frente—. ¿Qué me espera durante la noche de boda?

—Ah, caray... Mejor dígame qué sabe usted al respecto—. Castellanos trataba de no parecer avergonzado.

—Mi madre enrojeció cuando le pregunté, me dijo que simplemente cierre los ojos y rece esa primera noche que pasaré con mi esposo. Lo dijo tan nerviosa, tan avergonzada, pero tan avergonzada, que más que curiosidad, me dio miedo. Su vergüenza me inquietó. Y luego, intenté platicarlo con algunas amigas. O se persignaron o dijeron que esas cosas jamás se platicaban entre señoritas decentes. Entonces, dado nuestro cariño y confianza, pues pensé que nada más me quedaba usted para hablar de ese tema.

—Así que soy su última alternativa. ¡Vaya consuelo! —rió enternecido Castellanos.

—Si también le da vergüenza...

—No, amiga. Es cierto lo que le dijeron, y las reacciones que observó son muy naturales. Eso de la vida íntima de las parejas... lo que pasa en una habitación y en una cama, siguen siendo temas prohibidos. Yo mismo me siento sonrojado ante usted —confesó Vicente, tomando la mano de su amiga para garantizarle que podía confiar en él.

—¿Ya ve? Por eso no quería preguntarle. Hay poemas que me develan algo, pero entre tantas metáforas me da temor exagerar los sentimientos y pasiones que se desbordan en la intimidad. Mi padre besa cada mañana la frente de mi madre, pero los frutos de su amor, nosotros, sus hijos, llegamos al vientre de mi madre por un acto amoroso, ¿no?

—Entre la intuición y el instinto, el amor y el deseo... el deseo, sí, el deseo... —la mirada de Vicente brilló al repetir esa palabra—. Sí, creo que es el mejor vocablo para imaginar esas noches al lado del hombre o la mujer que se ama. Cuántos poemas hemos escuchado aquí, Laureana. Cuántos poemas que mencionan pulsaciones, mares desnudos, cuerpos convertidos en gaviotas. Labios agradecidos y manos temblando. Esa noche y muchas noches, usted y el hombre que ama harán realidad ese *Cantar de los Cantares*.

—Justo fue a lo primero que recurrí. En la lectura mi cuerpo se llenó de sensaciones que no había sentido antes, y eso que desde niña lo leía. Al principio me asusté, pero después provocaron largos suspiros, el deseo de tener cerca a Sebastián.

—¿Ve? ¿Lo ve? El deseo, sí, el deseo es la palabra mágica —insistió ya con más confianza Vicente—. Estoy seguro de que él también lo siente por usted. La intuición urgente, el instinto generoso. Sí, esa noche y muchas noches los dos podrán compartir un mismo suspiro. Que ensordezcan a esa habitación por los mil respiros agitados que en ese instante brotarán, debido a todo el placer compartido. El deseo provoca llegar hasta el interior del ser que se ama, lo más profundo posible. Que se escondan de todas las miradas, que se olviden de todo y de todos. Solamente los dos, ocultándose del mundo para encontrarse en un solo ser. Yo ya lo he sentido. Mis manos anhelantes de sentir a la mujer deseada; una geografía tan diferente al palpar su piel y su cuerpo; quitar poco a poco sus prendas, quitarme yo las mías. Desnudos, cuerpos enredados, caricias que bendicen ese pecado compartido.

—Pero, Vicente, ¿podré yo permitir que él me vea sin ropa? Si ni a mi madre le gusta vernos en paños menores. Ella disfrutaba bañarme cuando yo era pequeña y la tina se llenaba de perfumada espuma, pero dejó de hacerlo cuando crecí. Luego, cuando asustada le mostré mi ropa íntima manchada de sangre, ella lloró porque ese sangrado advertía mi transformación de niña a mujer, sin más explicación.

—Así es, querida amiga, hemos estado muy solos en esto. Nos han enseñado a esconder nuestro cuerpo; entre más ropa, entre más trapos, mejor, quizá porque la desnudez nos humaniza tanto y permite mostrar la fragilidad de nuestra alma, la niñez perdida, el hoy sin certezas. La única diferencia entre un hombre y una mujer: nuestros cuerpos. Esos cuerpos femeninos de piel suave, pechos de durazno, ombligo de luna y un bosque perturbador.

Nosotros con dorsos parecidos a las llanuras más extensas, ombligo de sol y un árbol frondoso que las penetra agradecido.

—*¡Oh! ¡Si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino.*

—*Al olor de tus unguentos buenos, que es unguento derramado tu nombre; por eso las doncellas te amaron...*

—*Ay, ¡cuán hermoso, amado mío y también dulce! Nuestro lecho florido...*

—¿Ve, Laureana? Si en la Biblia vienen palabras tan hermosas, si el *Cantar de los Cantares* guarda ese erotismo, no cierre los ojos y no rece esa noche, ni cada noche que pase con el hombre amado. Que el deseo glorifique la entrega total entre ustedes —aseguró Vicente para luego besar la frente de su amiga.

Entonces, ese día, en la iglesia de San Miguel Arcángel, llena de flores blancas, Laureana caminó rumbo al altar sintiéndose deseada y amada, gozosa de amar y desear al hombre que había elegido. Ahí estaba él, envuelto en un frac negro, con el mismo sombrero de bombín que dejó caer esa noche cuando la conoció. Ni siquiera escuchó lo que el sacerdote les decía, apretaba la mano del hombre amado y él correspondía con la misma intensidad.

Y esa noche, no hubo miedo ni rezos. La forma tan tierna en que Sebastián empezó a acariciar a Laureana, sacudió cualquier temor en la joven mujer. Recostados en la misma cama se miraban cómplices del mismo deseo. Besos cerrados y abiertos, nuevos e inventados, largos y entrecortados, palpitantes como un vals, pintados con los colores del girasol, aromas de luna llena. La delicia de explorar laberintos bendecidos. Esos labios dejando huellas por toda la piel. Los muslos de ella quedaron enredados en esas manos masculinas, el torso varonil fue acariciado mil veces por los dedos femeninos. Laureana tuvo la certeza de que el cuerpo de Sebastián olía a tierra recién mojada. Empapada de él, se durmió tranquila entre sus brazos.

En busca de respuestas

I

Laureana abrió el portón del número 14 de la calle del Ciprés. Caminó orgullosa por el jardín; se había convertido en ama y señora de su hogar. Tenía toda la libertad de decidir dónde colocar cada mueble, de ordenarle a la cocinera lo que se iba a comer ese día y, para organizarse mejor, copió la sugerencia publicada en “El álbum de la mujer casada”:

“Lunes: Jabonar cada habitación de la casa y después ir al mercado a comprar verduras y frutas.

“Martes: Volver a ir al mercado a comprar pollo y ordenar cada traste de la cocina, según lo que se piense cocinar cada día.

“Miércoles: Aclarar la ropa, primero la del esposo, después la de cada uno de los hijos, y al final la del ángel del hogar: usted. Estar pendiente de si llueve para recoger cada prenda y evitar se manche con agua de cielo.

“Jueves: Resanarla y hacer las compras de telas, ropas, artículos de tocador y demás que requiera con especialidad la presencia del ama del hogar.

“Viernes: Planchar la ropa y después ir al mercado a comprar carne roja.

“Sábado: Llegar temprano al mercado para apartar la mejor carne de cerdo. Hacer la limpieza semanal de la casa.

“Domingo: Cumplir con los deberes religiosos, atender la limpieza personal, emplear algún tiempo en provechosas lecturas, hacer visitas y procurar alguna distracción.”

Cada tarde esperaba a que su esposo regresara del trabajo, comían juntos y escuchaba la crónica cotidiana de lo que él vivía entre socios y viajes. Le daba detalles de la gente nueva que conocía. Sebastián gustaba de llevar a la casa a sus amistades para presentarles a su mujer, hombres con quienes charlaba en el estudio con una taza de té, mientras Laureana atendía a sus esposas.

A los pocos meses, el presentimiento de que estaba embarazada quedó confirmado; tenía veintitrés años. Igual que lo hizo su madre, Laureana salía a caminar todas las mañanas mientras acariciaba su vientre, aunque ella no se perdía en el embeleso de una iglesia como Santa Prisca; le gustaba visitar las bibliotecas que antes habían sido conventos. Buscaba poemas para no olvidar sus sonidos. Iba a conciertos porque, dentro de su vientre, ese ser amado parecía brincar de felicidad al escuchar el piano y los violines.

Al sentir los primeros dolores que anunciaban la llegada tan esperada, Laureana confió en la misma vieja partera que había atendido todos los alumbramientos de doña Eulalia. Como niña buena, obedeció cada recomendación que la anciana mujer le hacía al oído: “Exhala como el viento, hija mía. Que torbellinos amorosos te den fuerza.” Guiada por esas dos manos llenas de arrugas, logró levantarse de la cama y aferrarse de la esquina de la gran cabecera, contener el aire como si guardara todos los poemas que le faltaban por escribir y exhalar como si vendavales de himnos tiernos la inspiraran. Y esa sensación, esa única sensación que toda mujer palpa al estar pariendo, quedar abierta para que surja la vida que se desliza como un pez agradecido, como si de una misma surgiera la sirena más atrevida. Se sintió empapada por oleajes vivaces, cataratas bañaban su cuerpo y, de pronto, escuchar ese llanto, llanto prometedor, llanto esperanzador.

La buena mujer indígena le pidió repetir con ella la oración que había aprendido de sabias ancianas; un canto azteca del ayer que daba la bienvenida a una bella niña que le mostraba envuelta ya en una frazada:

“Gocémonos con vuestra llegada, muy amada doncella/ Piedra preciosa, plumaje rico, cosa muy estimada/ Habéis llegado, descansad y reposad... No suspiréis ni lloréis, sois bienvenida y habéis llegado tan deseada.”

Y ahí estaba su hija, frágil y tierna, hermosa y esplendorosa; parecía una margarita: pétalos de sol en su sonrisa, deditos como tallos alargados, ojos que deshojaban al mismo cielo. Entonces, dijo Sebastián, se llamará Margarita. Qué inútil se creyó Laureana al no saber cómo amamantarla. “Calma, calma”, le musitaba su madre, “ya aprenderás.” ¡Qué miedo al escucharla llorar! Como si fuera otra niña se unía a ese inocente llanto. Rogaba que no se le fuera a enfermar. La veía tan indefensa, y ella se sentía tan torpe al cuidarla... Una

niña radiante, contra una madre titilante. Al arrullarla, siempre le contaba historias de estrellas. Al mirarla, ya quería escribirle mil poemas.

Una tarde que acababa de dormir a Margarita y la acurrucó con dulzura en su cuna, tocaron a la puerta. Al abrir el portón, no podía creer que Manuel Acuña y Vicente Castellanos llegaban cargados de flores y regalos. Laureana se conmovió al ver a esos dos poetas sintiéndose más frágiles que la bebé dormida; no sabían cómo besarla o cómo hacerle una caricia. Ninguno quiso cargarla, pero los dos, casi al mismo tiempo, prefirieron abrazar a su amiga, arreglarle un cairel fuera de su lugar, acomodarla en el pequeño sillón donde ella amamantaba a su hija y, como niños traviesos, compartirle lo que consideraban una gran noticia.

—Querida Laureana, también hemos venido a pedirle que se una a la lista de colaboradores de la revista que ha salido a la luz gracias al maestro Altamirano, la ha llamado *El Renacimiento*.

—Sí, sí, dejen busco uno de mis escritos.

—¿Uno? Queremos muchos, tres... cinco... No sé.

—Amiga querida, no sabe cómo la extrañamos en las tertulias. ¿Cuándo regresa?

—Amigos, no sé si pueda regresar, porque...

—No, no, Laureana, ni por un instante dude en regresar.

—Pero, no sé si pueda con todo: la niña, la casa, mi esposo...

—Puede tener una nana como muchas mujeres lo hacen, y otra señora que le ayude en los quehaceres de la casa. Y, como antes, ir unas horas a compartir sus textos con nosotros.

Por la noche, le platicó a Sebastián de la visita y que iban a publicarle unos textos. Él apretó la quijada y guardó silencio por unos instantes.

—¿Una revista? ¿Nueva?

—Sí, don Ignacio Manuel Altamirano quiere aprovechar que lo escrito no se quede ya en las tertulias, que se publiquen poemas.

—Usted sabe muy bien cuánto admiro sus escritos. Entre las cosas que más amo sin duda está su hermosa sensibilidad, pero no quiero que se le vaya a complicar la vida.

—Lo sé, Sebastián, lo sé, pero no voy a hacer nada del otro mundo, solamente seguir escribiendo.

—Y no deje de hacerlo, pero le suplico que no olvide la casa y a nuestra hija. No vaya a salirme con que quiere nanas como esas señoras frívolas y hacer a un lado a nuestra pequeña Margarita.

Laureana decidió organizarse ella sola lo mejor posible. Cuando la bebé durmiera, escribiría. Su hermana Matilde se ofreció para ayudarla con algunas cosas de la casa. Vicente quedó de pasar por un poema cada lunes.

Al poco tiempo, llegó a la casa de los Kleinhans un gran sobre con el nombre de Laureana. Era una hermosa invitación firmada por Manuel Acuña:

*“La Sociedad Netzahualcóyotl tiene a bien informarle que la ha nombrado
MIEMBRO HONORARIO.*

*La ceremonia será llevada a cabo en el ex Convento de San Jerónimo
a las 7 de la noche, el día 23 de noviembre. México, 1870.”*

Sebastián primero se resistió a ir, pero cuando vio la tristeza en el rostro de Laureana, amoroso prefirió ceder, y cuando escuchó los aplausos que su esposa recibió, dibujó la misma sonrisa del día que se conocieron. Además, Laureana leyó un poema inspirado en Margarita, y el hombre se conmovió tanto que al terminar la presentación fue el primero en pedir un brindis por su mujer. A lo lejos, Manuel Acuña le hizo un guiño cómplice a Laureana y Vicente se aproximó con los brazos abiertos para abrazar al marido de su amiga.

—Sebastián, qué honor tenerlo con nosotros y qué envidia que usted esté en el corazón de nuestra querida poetisa.

—Gracias, señor Castellanos. Lo sé, lo sé.

Laureana sonrió agradecida porque, de pronto, como si se pusieran de acuerdo sus preceptores y amigos, empezó a recibir más reconocimientos. La sociedad científica “El Porvenir” pidió que ingresara a su comité. El Liceo Hidalgo, en ese momento dirigido por don Ignacio Ramírez, solicitó por igual su afiliación. Lo mismo hicieron en el Liceo Mexicano y el de Oaxaca.

Lo más hermoso para Laureana era que, cuando asistía a esas ceremonias, había cada vez muchas más mujeres. Le encantó conocer a Rita Cetina y a Gertrudis Tenorio Zavala. Le platicaron de la escuela que habían creado y de la publicación que habían fundado en Yucatán, una revista para mujeres llamada la *Siempreviva*. Le compartieron detalles de la manera en que lograron crearla. ¡Qué orgullosa estaba de ellas! Algunas de las mujeres integradas a estos escenarios literarios eran jóvenes egresadas de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres o de la Escuela Secundaria para Niñas. “¡Qué envidia!”, musitaba honesta Laureana, y es que advertía cómo las mujeres de esa década se estaban preparando ya fuera de casa, adquirían un oficio y hasta el título de profesoras. Se acercaba a ellas humilde y fascinada, las aconsejaba y motivaba. Las muchachas reconocían la experiencia de Laureana y empezaron a verla como una voz confiable. La buscaban para compartirle sueños y proyectos.

Una tarde de octubre, la profesora Concepción García y Ontiveros llegó hasta la casa de los Kleinhans. Llevaba una publicación que ella y sus alumnas habían editado para practicar en una asignatura cuyo objetivo era dominar el oficio de la imprenta.

—No sabe usted, Laureanita, cómo durante varias semanas todas llegaron con propuestas, motivadas y entusiasmadas. Con verdadera disciplina se distribuyeron las tareas, y para quitar algún gesto de preocupación al publicar por vez primera, les propuse firmar con seudónimo. Emocionadas, decidieron ponerse nombres femeninos de la época prehispánica que tantos les gustaba, por eso decidieron llamarse *Las hijas del Anáhuac*.

Mientras la escuchaba, Laureana leía fascinada el texto publicado en la primera página:

“A NUESTRAS LECTORAS

“Algunas jóvenes que se dedican a la tipografía, con el objeto de formalizar sus ejercicios, ocurrieron a nosotras para la publicación de un periódico íntimo, y este es el origen de la presente publicación.

“Nunca se había redactado un periódico como el presente por señoritas y esto nos había hecho vacilar, desde hace algún tiempo, para establecer y llevar a cabo nuestra empresa, pero nos hemos animado, viendo que la sociedad moderna se halla a una altura notable y que adelanta de día en día en la vía de la civilización. Ya no es mal visto que la mujer escriba y exprese sus sentimientos por medio de la pluma, y nada más justo, porque cuántas jóvenes hay que careciendo de una amiga íntima o de un ser a quien manifestarle con confianza los sentimientos de su corazón, desean expresarlos de alguna manera; pues solamente un alma egoísta se conforma con gozar o sufrir sola en esos instantes supremos de felicidad o de desgracia en que nos encontramos aislados; grato es tomar una pluma y transmitir al papel las emociones que nos dominan. Además, ¿por qué si el hombre puede manifestar públicamente las galas de su inteligencia, la mujer ha de estar privada de hacerlo, habiendo como hay mujeres cuyos talentos igualan a los hombres?

“No. Escribid, bellas jóvenes de nuestra patria, pero estudiad y estudiad mucho, porque solo ayudando a la inteligencia con la ilustración se pueden producir hermosas y correctas composiciones.”

Laureana descubría en esas palabras un llamado que ella nunca escuchó cuando era una jovencita soltera, pero que tal vez latía dentro de ella cuando tomó sus primeras clases, esa vez que se animó a leer en público su poema, en las tertulias al recibir una crítica y en los primeros poemas publicados. Por eso, no dudó en suscribirse para apoyar de esa forma a la publicación, y cada semana complacida leía los textos. A su vez, ella no dejaba de escribir poemas, de asistir a una que otra tertulia, pero al mismo tiempo trataba de no descuidar su casa. Margarita era un verdadero angelito y nunca daba lata ni hacía berrinche alguno. Todo parecía fluir tranquilo.

Sin embargo, un día, Sebastián llegó a la casa más temprano de lo que acostumbraba. Buscó a su esposa por todas las habitaciones, la encontró en el patio trasero donde estaba el lavadero y le enterneció la manera en que sus caireles se sacudían al ritmo de cada tallada.

—Deje eso, amor mío. Venga, vamos al comedor. Debe usted mejor sentarse, tengo una noticia muy, muy terrible.

—Me asusta. ¿Qué pasa?

—Es un rumor, pero...

—¿Cuál rumor?

—Dicen que Manuel Acuña, que Manuel...

—¿Qué? ¡Por Dios! ¿Qué le ha pasado a Manuel?

—Parece que... que se ha quitado la vida.

Laureana tuvo el impulso de salir corriendo de la casa, buscar a Manuel y verlo, que su mirada triste le confirmara su melancolía, pero que seguía aquí, con ella, con sus amigos. De pronto, recordó que hacía meses lo había visto desconsolado y con sonrisa desdibujada le musitó: “Cosas del amor, Laureanita, nada que no se ahogue en mil lágrimas, en un poema que lleve el nombre de la ingrata.” Vicente le había contado que, al parecer, Acuña había tenido una relación tormentosa con una joven llamada Laurita Méndez, pero que también suspiraba por Rosario de la Peña y que ella no le había correspondido.

Justo en ese momento tocaron a la puerta. Vicente Castellanos entró, y su andar, su semblante, sus brazos caídos confirmaban la fatal noticia. Abrazados lloraron, lloraron tanto. Sebastián les preparó una bebida, Laureana jamás había tomado licor alguno, pero lo hizo porque trató de apagar el incendio que le quemaba el alma. Vicente se tranquilizó y contó que Manuel fue hallado desvanecido al centro de la habitación que rentaba muy cerca de la Escuela de Medicina, en la Plaza de Santo Domingo. Que el cuarto tenía el triste olor a almendras que el cianuro había dejado.

—Encontraron unas cartas de despedida, creo que una era para su madre, para Antonio Cuéllar y para don Gerardo Silva. Dicen que había otra que en el sobre tenía escrito

el nombre de una mujer, no quisieron decir quién era, tal vez porque fue por ella que se quitó la vida.

—Mi poeta, mi querido amigo poeta.

—Además de venir a compartir tan triste noticia, querida amiga, vengo a pedirle, a pedirles, si nos apoyan para el funeral de Manuel. No tenía grandes recursos económicos y estaba solo en la ciudad, como usted lo sabe, Laureana, toda la familia de Acuña radica en Coahuila.

—Por supuesto, Vicente, cuente con todo nuestro apoyo.

El cortejo fúnebre fue solemne, digno para un poeta como Acuña. Se leyeron muchos discursos maravillosos y, por supuesto, sus poemas. Fue tanta gente... Hacía mucho frío, aunque todavía no llegaba el invierno. El dolor que Laureana sentía era muy profundo, pero también reconocía sentir algo de rabia, cierta culpa; si ese día hubiera charlado más con Manuel, pero ese “hubiera” era un imposible, el ataúd la regresaba con abrupta indiferencia a la realidad, a lo que estaba pasando. A sus veintisiete años, ella sentía ser una anciana desolada y agotada.

—Pues bien. Yo necesito decirte que te quiero —murmuró Laureana como si rezara. Pero, también le dijo a su amigo muerto que estaba muy enojada con él. Sin parar de llorar, no dejaba de recriminarle:

—Manuel, Manuel... lamento tanto que no me hayas buscado, lamento más no haberme dado cuenta de lo solo que te sentías, porque frágil ya te sabía. Lo supe desde el día que bailamos aquel vals; en cada uno de tus poemas que compartías conmigo; en esa charla donde no me exigiste ni me suplicaste, y aseguraste que la literatura necesitaba de mujeres como yo, que regresara a las tertulias y a las sociedades literarias y que volviera a escribir... siempre sentí que me salvabas de algo. Yo no pude salvarte. Y, ¿sabes? Ya se me está yendo el enojo, se queda el cariño, nuestra amistad, tu poesía. Me duelen los ojos de tanto llorarte. Debo desaparecer estas lágrimas. Que mis ojos estén frescos para leerte cualquier día, a cualquier hora, estarás cerca cuando te necesite, pero te extrañaré siempre...

Días después, hecha un mar de lágrimas, Conchita García y Ontiveros llegó a casa de los Kleinhans. Otra viuda de Acuña pensó conmovida Laureana al verla. Pero no, la mujer

lloraba porque la prensa se les había ido encima. *Las Hijas del Anáhuac* había publicado un artículo donde descalificaban la decisión de Manuel. Laureana estaba tan triste que no había tenido ganas de leer nada. Entonces, buscó el semanario en ese mismo momento. En la columna “Revista de la semana”, firmada por Ilancueitl, se escribió:

“Voy a decirles algo sobre su muerte: Acuña murió, y su nombre, que empezaba a figurar entre los de nuestros poetas notables, pasará o no pasará a la prosperidad; eso dependerá del mérito que puedan tener sus obras que, aunque son pocas todavía, sin embargo, son suficientes para juzgar por ellas el lugar que puede tener Acuña como poeta. ¿Como suicida dejará un grato recuerdo? Su nombre, si se hiciera inmortal, ¿pasaría los últimos tiempos venideros, limpio y puro? Indudablemente que no; la horrible mancha del suicidio le empaparía siempre, siempre se recordaría con horror esa acción cobarde que condena la naturaleza y las leyes divinas y humanas. ¡Matarse! He aquí la gran cuestión del día y la que tiene preocupados a más de cuatro cerebros; unos sancionan contra ella furiosos anatemas, y otros, menos cuerdos, la consideran como un medio bueno y eficaz para curar eternamente los dolores del alma. ¡Curadlos para siempre! Pues qué, ¿así se extinguen? Qué, ¿no hay un más allá? Qué, ¿solo tenemos en nosotros una naturaleza? Pues en ese caso todos podremos matarnos; así es que, a suicidarnos, que nuestro planeta se quede tapizado de cadáveres que vendrán a llorar, solamente que los habitantes de la luna (si los hay), y probablemente ni ellos, porque están muy lejos para escuchar el ay que lancemos todos al dejar de existir. ¡Oh! Época de civilización y cultura en que se inventan multitud de máquinas, y mil y mil pollitos que todavía no cantan quieren emprender el largo viaje.”

Conchita trataba de controlar el llanto, mientras comentaba que al otro día periódicos como *El Radical* y *El Siglo Diez y Nueve* no se tocaron el corazón para desaprobare el contenido de ese escrito y a la autora de este. Le extendió las páginas que, se notaba, había arrancado de un jalón.

“Una joven baja de inspiraciones que no son desconocidas, y con una arrogancia propia solo de quien no tiene talento ni experiencia, se había atrevido en un mal forjado artículo a hablar de nuestro inolvidable Manuel Acuña. Gran petulancia se necesita para que una joven sin sociedad, sin conocimientos, y cuando todavía acaba de abandonar las muñecas, quisiera aparecer autora de un artículo en que se trata uno de los actos del hombre

sobre el cual no han podido fallar aún los sabios. La persona que escribió ese artículo, si estimaba en algo su modestia, debió abstenerse de hacerlo.”

Laureana valoró que Conchita acudiera a buscarla y esperara algún consejo. Sin dejar de abrazarla, la dejaba desahogarse.

—Las críticas deben fortalecernos, no derrotarnos —aseguraba la fundadora de *Las Hijas del Anáhuac* que les dijo a las alumnas que lloraban—. Les pedí no pelear contra ellos, tampoco desdecirnos o contradecirnos, menos disculparnos. Se tenía que seguir adelante. ¿Hice bien en no dejarnos apabullar por la tristeza? O mejor ya nos retiramos y dejamos de jugar a ser periodistas.

—No, Conchita, estoy segura de que no ha sido un juego para ustedes, pero yo le sugiero que no confronten, muestren que aman lo que están haciendo al publicar este semanario. Que sus voces no se callen. Usted sabe el gran cariño que me unía con Manuel. Yo no veo en su texto ninguna falta de respeto a su persona; en cambio, en los periódicos que las han criticado no me gusta que las desacrediten con ese argumento de que “acaban de jugar con las muñecas”, no son unas niñas, son mujeres que están en la escuela, que desean aprender, y que gracias a la escuela abrieron este espacio, un espacio que yo estoy segura no debe perderse.

Fue así como, en el siguiente número, las jóvenes insertaron un texto titulado “Súplica”, y pese al tono humilde que le dieron a cada palabra, no quisieron provocar lástima, sino mostrar su dignidad:

“Todavía no se puede colocar nuestro periódico en el número uno de los otros muchos que honran la prensa mexicana, pero... ¡Quizá más tarde! ¡Tal vez en la decadencia de nuestra vida, se recordará con placer, que unas pobres hijas de México, deseosas del progreso de su país, no descuidaron (aún a costa de muchos sacrificios) contribuir con sus humildes líneas para lograr en su patrio suelo esa regeneración sublime del sexo femenino, que se llama: la emancipación de la mujer! Quizás entonces, este periódico, que es hoy un insignificante botón de la corona que ciñe la literatura de nuestra patria, forme una de sus más fragantes flores. Tal vez dentro de algún tiempo, habrá otras jóvenes que, siguiendo

nuestro ejemplo, se lancen al difícil camino del periodismo, afrontando todas las espinas que en él se encuentran.”

Sin embargo, el curso escolar terminaba y las críticas habían debilitado los ánimos; *Las hijas del Anáhuac* dejó de publicarse los primeros días de 1874. Cuántas derrotas en tan poco tiempo, reconoció Laureana. Se había quedado sin uno de sus mejores amigos, las jóvenes que fundaron su periódico habían sido duramente criticadas, y su bello semanario había desaparecido sin manifestar tan siquiera un adiós. Empezó a darle miedo publicar lo que escribía. Estaba tan triste que, en un arranque de total desconsuelo, abrió el frasco de tinta violeta y lo vació con lenta desilusión por la ventana. “Adiós, escritura, hasta nunca, palabras”, musitaba entre sollozos. Tiró a la basura puntillas y plumas. Observó con melancolía cómo las ráfagas del viento formaron un pequeño remolino de fino plumaje, esas plumas de ganso parecían dirigirse desorientadas hacia las nubes más lejanas. Creyó ser como ellas, frágil y sin rumbo.

Vicente Castellanos, al visitarla, apretó los labios, la escuchó y prefirió no decirle nada, ningún regaño por querer alejarse de la literatura, ningún consejo para que su amiga no dejara de escribir. Sin embargo, no se dio por vencido. Empezó a pedirle que lo acompañara a la Imprenta Aguilar e hijos, en Santo Domingo 5, esquina Santa Catalina y Encarnación, donde se había integrado como socio y ayudaba a varios amigos a publicar sus obras. Ese lugar llegaba a sacudir el alma de Laureana. Tener el original y después una copia, muchas copias del mismo escrito, le parecía un acto de magia.

—¿No sería hermoso que se publicara un libro con su poesía, ahora que va a cumplir los treinta, amiga querida? Que muchos ojos la leyeran, que muchas manos lograran tener una publicación bien encuadernada y adornada con su nombre.

—Sí —dijo ella suspirando—, la verdad que sí, pero...

—Nada de peros. Vaya juntando sus textos y prometo publicarlos. Ya veo el título: “*Poemas de Laureana Wright de Kleinhans*”, la poetisa que México esperaba.

Entonces, poco a poco retomó el ritmo, compró tinta violeta otra vez, docenas de puntillas y hojas para escribir. Pasó varios meses concentrada en sus nuevos textos.

—Yo creí que ese sueño ya había sido olvidado, esposa mía.

—Los sueños nunca se olvidan.

—Más si son sueños de amor, como el nuestro.

—Yo nunca he sentido este amor por nadie.

—Entonces, suelte esa pluma. Dice doña Angelita que no le indicó qué cenaríamos hoy. Que usted ni caso le hizo por estar escribiendo.

—Termino estos versos en un momento.

—¿De verdad no puede dejar de escribir?

—Sebastián, déjeme terminar, aunque sea esta frase, por favor.

—No, por favor digo yo. No puedo explicarme esa necesidad.

—Pero, no es una necesidad. Me decepciona que diga eso.

—No más como usted me está decepcionando ahora.

—¿Por qué puedo decepcionarlo? Siempre supo lo mucho que amo a la literatura.

—¿La ama más que a mí?

—Pues... He amado a la literatura durante mucho más tiempo que a usted.

—¡Laureana! Yo pensé que era más importante nuestro amor, nuestra hija.

—Pero, amo a Margarita. Yo... yo los amo tanto... Usted debe permitirme que yo... Dios mío, no me pida que renuncie a escribir, por favor.

Laureana cubrió su rostro, guardó silencio y esperó la respuesta de su esposo. Lo que escuchó fue el azotar de la puerta.

II

Esa noche, Sebastián no durmió con Laureana. Aunque a ella la asustaba esa cama vacía, le dolía más que él hubiera reaccionado así. De pronto, a su mente llegaron las palabras publicadas en la revista “Renacimiento”, cuando celebraban haber publicado los poemas de Esther Tapia de Castellanos, pero se congratulaban mucho más de que el esposo de la poetisa le hubiera dado permiso de compartirlos.

Creyó escuchar a doña Isabel Prieto de Landázuri que, con humildad, prefería siempre justificarse por el atrevimiento de dar a luz a sus composiciones: “Si es delito en una mujer discurrir como los hombres, dispense Usted a su servidora”.

Esa carta que Ignacio Manuel Altamirano publicó, sin decir el nombre de la destinataria, pero donde todas las poetisas de la época se vieron reflejadas porque su preceptor les preguntaba, con absoluta exigencia, si estaban de verdad decididas a escribir y publicar: *¿Quiere usted cantar como mujer?* Le dio miedo.

¿Qué pasaba? ¿Qué había cambiado? ¿Por qué no podía ser esposa, madre y también escritora a la vez? ¿Cómo equilibrar la vida que se le estaba desequilibrando? Una y mil veces se preguntaba Laureana. Pero no podía, no quería dejar de escribir. Sin embargo, la dolorosa indiferencia de Sebastián la desconcentraba. Ser escritora o ser esposa y madre. Noches sin dormir. La cama vacía. Su niña, ajena a la incertidumbre de su madre, jugaba con inocente ternura. La casa que amaba no podía convertirse en una prisión.

Esa desesperación hizo una revuelta en su cabello aquella tarde; sacó las tijeras del cajón del tocador. Reflejada en el espejo, sin llorar, con la rabia contenida, cortó cada uno de sus hermosos caireles.

—¡Laureana! ¿Qué le has hecho a tu cabello! Pareces un muchacho. ¡Por Dios, hija mía! ¿Por qué? ¿Por qué cercenaste tus rizos de niña, tu cabello que te coronaba como mujer esplendorosa?

Laureana prefirió callar, besó la frente materna y de inmediato colocó en sus brazos a la pequeña Margarita. Don Santiago Wright sonrió comprensivo y guardó un prudente silencio, solamente acarició el corto cabello de su hija.

—Sigues siendo su consentida —musitó con cierta envidia y resignación Matilde. No sabía que en ese momento Laureana deseaba ser como ella. Su hermana no estaba casada y no tenía hijos, nada que la atara, nada que la comprometiera. Al verla con ese cabello tan corto, sus hermanos reían divertidos:

—¡Laureana es Laureano! ¡Laureana es Laureano! —gritaban.

Para evitar a su esposo durante las tardes, Laureana prefirió pasar más tiempo en el Liceo Hidalgo. Confiaba que, en la casa de sus padres, la niña estaba bien cuidada. Participaba en todas las actividades que podía, sobre todo en los homenajes celebrados a grandes personalidades como Fray Servando Teresa de Mier, a Francisco Zarco, al padre Miguel Hidalgo o a Sor Juana Inés de la Cruz. Lloró conmovida en la reunión dedicada a reconocer la valiosa obra de Juan Díaz Covarrubias.

—Sí, Vicente —confesó a su amigo —soy una eterna enamorada de ese poeta, *jamás en la tierra de sus ojos pudieron verse los míos*.

Tomaba nota de lo que en cada sesión exponían tanto Altamirano como Ignacio Ramírez. Había hecho amistad con otros hombres brillantes, entre ellos, José María Vigil.

Vicente, soltero empedernido, se había convertido en un prestigiado editor, y mucho lo buscaban por la calidad de sus ediciones. Castellanos no dejaba de insistir:

—Laureana, Laureana, ¿cuándo me ayudará a reunir toda su obra para publicarla?

El buen confidente lamentaba que la relación de su amiga con Sebastián se volviera tan fría y distante. Seguían juntos bajo el mismo techo, pero trataban de no coincidir en ningún lugar de la casa, y menos en la cama.

—Hable con él, Laureana, que entienda su pasión literaria... Quítele lo retrógrada, amiga mía.

El adjetivo utilizado por su amigo pareció de pronto convertirse en una señal de advertencia. ¿Sebastián vivía en el pasado como otros hombres que, por esa misma actitud, eran criticados en los periódicos de los últimos meses? Recordó esas frases donde se juzgaba con dureza a los políticos que eran rechazados por representar el pasado, lo anticuado y lo reaccionario. ¿Qué era lo pasado y qué era lo moderno? El pasado: ella en su casa educada

por los maestros. Lo de hoy: tantas jóvenes inscritas en escuelas. El ayer: pocos espacios literarios con poemas que llevaran una firma femenina. El ahora: las jovencitas como Rita Cetina y Concepción Ontiveros que habían decidido fundar sus publicaciones. ¿Sebastián no podía verlo? ¿Ella sí?

De pronto, todo se derrumbó de la manera más abrupta. Don Santiago Wright enfermó de gravedad, estuvo en cama todo el mes de octubre. Laureana iba a visitarlo todos los días, pero en noviembre que se puso más grave, prefirió regresarse a vivir a la casa familiar para estar más al pendiente de la salud paterna. No le dijo nada a Sebastián; ahora solamente compartía el silencio con el hombre que todavía amaba.

A mediados de noviembre, doña Eulalia se asomó a la alcoba donde Laureana acababa de acostar a Margarita, para decirle que su padre quería hablar con ella. Al entrar a la habitación, sentado a un lado de la cama de aquel hombre ya tan enfermo y que tanto amor le inspiraba, estaba Sebastián.

—Hija, perdona entrometerme en tu vida. Sabes cuánto admiro lo que has logrado. Soy culpable y cómplice de tu carácter. No sé cuál de las dos cosas ha sido buena o mala. Le platicaba hace un momento al señor Kleinhans cómo primero te obligué a estudiar, y cómo después todo se desbordó con tal fuerza, que no me quedó más que permitir que llegaran tus maestros a pulir y a hacer brillar tu talento. Ese día que pasaste a leer tu poema, yo supe, lo supe, que ya nada detendría tu vocación literaria.

—Padre querido, no se desgaste. Usted debe descansar.

—Hija mía, yo espero pronto descansar, descansar para siempre, pero no me iré tranquilo si tu esposo y tú siguen separados, necios como ustedes solos, endureciendo sus corazones, disparándose indiferencia, desarmándose con su distanciamiento.

—Laureana, su padre ha platicado conmigo y yo le he reiterado que la amo, que la amaré contra todo y por todo. No puedo pedir perdón, porque estoy seguro de que jamás nos hemos ofendido. Sí quiero ofrecer mi respeto y darle permiso... No, que este acuerdo no sea un permiso. Quiero que usted sea lo que desea ser, porque yo la amo completa.

Vio a los dos hombres de su vida tan frágiles, niños que buscaban el abrigo, hombres que reconocían su amor, y ella no pudo más que besar la frente de su padre y tomar la mano

de Sebastián. Don Santiago sonrió al mirar la forma en que Laureana y su esposo se abrazaban amorosos. Un beso suave sellaba la reconciliación. Refugiada en los brazos de Sebastián, Laureana tuvo un poco de consuelo durante el funeral de su adorado padre.

*“Aquella noble y pálida cabeza
Que el hogar venerable presidía
¡No existe ya!
No queda a mi tristeza
Sino una tumba tenebrosa y fría
¡Solo una tumba!
Negación del hombre
De eterno llanto inmensidad prolija
Donde aún suena de ‘padre’ el dulce nombre
Sin que nunca responda el nombre de ‘hija’.
Un recuerdo, no más, recuerdo triste
Quedó de ti, mi mente lo conserva
Y en el sagrario de tu amor existe
Del tiempo y del olvido lo preserva
¡Padre adorado! En su tranquilo lecho
Descansa en paz, los golpes de la suerte
No pueden ya ni conmover tu pecho
Ni agitar tu conciencia, ni ofenderte
Queden para los tristes que aún vivimos
La amargura, las penas, el quebranto
Los que la vida palpar sentimos
También sentimos resbalar el llanto.”*

Dos años después volvió a recargarse en el cálido pecho de su esposo cuando murió la señorita Cuenca, luego el maestro Toledo y después Ignacio Ramírez. Esta triple orfandad, justo al entrar a la tercera década de su vida, la hizo sentirse perdida. Juzgaba que nada valía la pena hacer. ¿Para qué? Si la muerte algún día llegaría. Los muertos se iban sin nada, se quedaban solos en ese sepulcro. Empezó a cuestionarse de forma constante sobre el sentido de la vida. Un fatal vacío la atormentaba. Se sentía sin inspiración alguna. Vicente no dejó que ella se desbaratara ni se quedara tirada como una muñeca de trapo.

—Busca, Laureana. Busca respuestas dónde sea, atrévete, arriégate. Mira, hasta he dejado de hablarte de usted. Tal es mi preocupación por ti, que rompo barreras de educación

y el trato propio. Laureana, Laureana encuéntrate otra vez; o no, mejor reconstrúyete, inventa a otra Laureana, trata de parirte a ti misma y busca un nuevo sentido a tu vida.

III

Empezó una década más del siglo XIX, llamada por algunos “la de los dos ochos juntitos”: 1880. Muchas cosas desaparecían, pero otras más surgían para pronosticar un renacimiento.

Sebastián acababa de conocer a Filomeno Mata. Estaba fascinado con el *Anuario Universal* que este señor había publicado, pues ofrecía valiosa información para la gente de negocios. La intuición de aquel hombre nacido en San Luis Potosí le había indicado que el oficio periodístico era lo suyo, así que había fundado *El Diario del Hogar*. Sebastián motivó a su esposa a escribir en el periódico, pues el contenido estaba planeado para el público femenino, y la presentó con Mata. De inmediato, simpatizaron. Casi eran de la misma edad. Él había estudiado en la Normal para Maestros. Y sí, al principio, ese diario contenía información ligera y de entretenimiento, pero, como le dijo el mismo Filomeno a Laureana, “la situación del país me exige que denuncie lo que está mal, y el actual presidente, Manuel González, está haciendo muchas cosas mal.”

El periodista no se equivocaba. Algunas decisiones del primer mandatario afectaban el panorama político nacional. Impuso candidatos y sometió a caciques locales. La comunidad periodística con perspectiva crítica se fue contra él, cuando se quiso reformar la Constitución para que los delitos de imprenta se juzgaran por jueces nombrados por el Ejecutivo y ya no por jurados populares. Eso representaba una amenaza latente, porque se podía acabar con la carrera de cualquier periodista.

Desde el primer número, Filomeno prefirió que ninguno de sus colaboradores firmara sus textos; y después de la propuesta de reforma, mucho más. Laureana comenzó a escribir poemas y después consejos para las amas de casa, pero al ver el cambio de línea editorial del periódico, y al palpar los contenidos de los artículos, decidió redactar una cuidadosa argumentación para cuestionar, como los demás colaboradores, al presidente:

“Nuestra patria adorada puede ser una obra maestra, una pintura llena de paisajes que nos enamoran, de tradiciones heredadas, de historias que no olvidamos, de luchas constantes, pero siempre nos conformamos con observarla desde nuestra rabia y coraje, desde una tribuna, una columna periodística o una silla presidencial.

“Y hoy veo a nuestra patria pintada de un gris lleno de palabras insensibles que cierran los ojos para no reconocer lo opaco de su color. Envejecida y sin fuerza, sus canas no la han vuelto más interesante, la tienen cautiva en un asilo de pésima reputación y peor trato.

“La veo salpicada de rojo, rojo sangre y rojo violencia, rojo muerte, rojo indiferencia, rojo tumbas. Mutilada y maldecida, herida por siempre, sin posibilidades de sutura ni una de sus cicatrices. Tan asustada está, que guarda un silencio decepcionante. Tan moribunda, que no tiene fuerza ni para quejarse.

“Un rayo plateado la resquebraja, agrieta su alma perdida, quiebra las reservas de su furia contenida, derrumba toda esperanza, provoca suspiros que duelen y enloquecen a la fe, enterrando rebeldías instantáneas.

“El color negro parece marcar a esta patria amada; negro como los milagros que ya no llegan, como las traiciones que saturan la espalda de cuchillos y dagas, como sus entrañas secas que ya no quieren parir héroes ni mujeres de luz.

“Tiene gotitas azules que, por momentos, hacen recordar la posibilidad de un cielo para quererse bien, de un mar con cantos de sirenas asustadas, de una sonrisa ingenua, de una nube perdida.

“Y entonces escarbo esta patria y solamente encuentro un verde desaliento, un blanco falso y un rojo dolor. Un presidente que se olvida de su pueblo, que ha cerrado sus ojos y tapado sus oídos. Patria querida, necesitas que un hombre sensible tome tus riendas, pero su nombre no es Manuel González.”

—Me encanta, Laureana; me encanta. Pero tengo temor por usted, porque este señor no respeta a nadie que lo cuestione y señale sus errores. Sin embargo, lo publicaré con gusto, y ahora más que nunca sin firma. Prefiero que me acose a mí, a que se atreva a hostigarla a usted.

Una semana después, llegó hasta la casa de los Kleinhans una carta que tenía el membrete del despacho del presidente. Laureana se sorprendió, pero trató de no asustarse. El que casi se desmayó de la impresión fue su esposo. Vicente Castellanos corrió angustiado hasta las oficinas del periódico cuando confirmó el rumor de que el presidente le había escrito

a Laureana para exigirle que abandonara el país, que la Constitución, no él, prohibían que los extranjeros como ella se inmiscuyeran en cuestiones políticas del país.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo la ubicó, querida amiga? —preguntaba Filomeno preocupado y sintiéndose a la vez culpable.

—Eso es lo de menos. Lo que resulta extraño, por no decir absurdo, es que me crea extranjera.

—No, Laureana, esto no me gusta. Puede hacerle daño a usted, a la niña, a su esposo.

—Pero si no lo ofendí, ni tampoco lo he agredido. Nada más describí cómo veo al país bajo su presidencia.

—Amiga querida, ¿con qué cara le digo que se cuide, si yo soy igual o peor? Nos gana el compromiso, el amor a nuestra adorada patria. Pero ¿qué hacemos? ¿Le respondemos a través del periódico? ¿Le escribimos una carta firmada por todos los colaboradores? ¿Quiere usted responderle?

—Estoy asustada, pero mi padre me enseñó a enfrentar cada miedo. Además, casi soy una señora de cuarenta años. Le voy a responder al presidente, sobre todo para aclararle que no soy extranjera.

Preocupada, regresó a casa. Sebastián trató de no importunarla y se llevó a Margarita a casa de los Wright para que Laureana trabajara con dedicación en su respuesta.

“Señor Manuel del Refugio González Flores

“Presidente de la República.

“Soy mexicana. Me llamo Laureana Wright González. Nací en Taxco, Guerrero. Mi padre fue un honorable hombre nacido en Estados Unidos, pero radicado en esta patria que amó y respetó hasta el último día de su vida.

“Mi madre es mexicana, mujer que ha llevado una vida honrada y que ha educado con amor a sus hijos, fiel a su esposo y a nuestra patria.

“Me dirijo a usted preocupada y sorprendida. No comprendo cómo, con todo el poder que usted posee y el acceso que puede tener para que llegue hasta sus manos la información

que guste, no se le haya dado el dato preciso de mi lugar de nacimiento, que, si bien, mi apellido es extranjero, soy mexicana. ¿Qué significa para mí ser mexicana?

“Para mí, tiene que ver con la honestidad, la valentía, el compromiso y la integridad; valores que no solamente defiendo, sino que trato de demostrar como esposa y madre que soy.

“Usted ha externado en su carta la solicitud de mi expulsión por extranjera y por ciertos textos publicados en ‘El Diario del Hogar’. ¿A qué textos se refiere? Desde hace un buen tiempo yo publico para el periódico, cuyo director protege a quienes escribimos y, por lo tanto, ningún texto está firmado. Entonces, repito nuevamente, ¿a qué textos se refiere?

“Aunque ya le confirmé que soy mexicana, de todos modos, le comparto mi acta de nacimiento para que lo corrobore. Por lo tanto, no puede correrme de mi país porque soy mexicana. Una mexicana que sabe preparar desde un delicioso guisado de mole hasta adornar su altar de muertos; que conoce nuestro pasado prehispánico; que, al saber de historia, ha reconocido a los villanos que nos han traído guerra y traición. ¿Por qué quiere usted expulsar de su país a una mexicana que ha cantado en sus poemas, pero que jamás va a escribir alabanzas inmerecidas, aunque sí descripciones puntuales de su patria?

“En espera de su disculpa, de su reconocimiento a mi nacionalidad mexicana y a su prudencia para garantizarme que puedo seguir viviendo tranquila y respetada en mi patria adorada, queda de usted

“Laureana Wright de Kleinhans.”

Al revisar el texto, Filomeno tuvo el impulso de publicar la carta en el periódico, pero después dijo que no, sobre todo, por la misma Laureana que no creía conveniente que provocaran más a ese hombre.

—Me conformo con que la lea y sus bigotes se le ericen —comentó con sarcasmo don Filomeno—. De todos modos, Laureanita querida, por unos meses no entregue ningún texto. Esperemos que esto pase y ya después regresará con nosotros con toda seguridad. Perdone que mi convicción de caballero y hombre protector sea más fuerte que mi amor al periodismo crítico. Le reitero, mire quién quiere protegerla, cuando yo soy el peor ejemplo.

Pero, no, usted no, mi querida amiga, no quiero que pase también por esta incertidumbre heroica.

Su argumento y sincera preocupación la convenció, quizá porque pensó en la angustia de Sebastián y en el rostro angelical de su hija Margarita, en el daño que podía causarle a su amada madre si se enteraba de esto, pues de por sí, desde la muerte de su esposo, doña Eulalia se veía muy desmejorada y triste.

Fue entonces cuando en su búsqueda de respuestas a lo que no entendía ni aceptaba, Laureana encontró un espacio que prometía el reencuentro con la gente amada que había partido de este mundo. Desde el primer muerto que desgarró su alma, el inolvidable Juan Díaz Covarrubias, luego del adiós de Acuña hasta la muerte de su padre y de sus maestros, Laureana se preguntaba si realmente desaparecían o si sus espíritus se quedaban, si regresaban en forma de libélulas o colibríes, si pasaban a otra dimensión, si estaban cerca, pero no sabían cómo hacerse sentir, si era posible volver a hablarle de alguna manera a la gente que amó y se había ido a otro mundo. Por eso, cuando en los círculos privilegiados del país, el espiritismo cobró fuerza e interés, ella decidió explorarlo.

En un principio, rechazó todo aquello y lo calificó de “vulgaridades baratas” en uno de sus artículos publicado en el nuevo espacio que le ofreció *El Federalista*. Sin embargo, alguien la visitó con el periódico donde ella había externado su fuerte crítica para invitarla a asistir a una sesión, y que, antes de descalificarlos sin pruebas, con sus propios ojos estimara lo que ocurría en esas reuniones.

Aceptó ir a una reunión espiritista que se iba a llevar a cabo en una de las casonas ubicada en la calle de Paseo Nuevo, donde la arquitectura trataba de imitar a la parisina, posiblemente porque sus habitantes, al ser cercanos a Porfirio Díaz, intentaban congraciarse con él al compartir su gusto por todo lo francés. La fachada de la mansión parecía estar cubierta de un manto de misterio que sobrecogió un poco a Laureana, pero durante la sesión ningún alma voló por el lugar y tampoco ningún médium se azotó en el piso ni se escucharon voces de ultratumba. Aunque sí le dijeron que una niña de nombre Rosa quería hablar con ella.

—No, no recuerdo a nadie con ese nombre —dijo titubeante.

En ese momento, la mujer que estaba en trance, volteó a verla con esos ojos que no ven, pero sí se sienten. La médium empezó a escribir sin parar. El hombre que estaba junto a ella leyó:

“Dijiste que no me olvidarías, soy tu vecina, jugamos muchas veces, me mostraste la tinta violeta con la que escribías cada mañana.”

Y Laureana recordó a una vecinita que tenía ese nombre y que había muerto siendo muy pequeña.

Al escuchar su experiencia, Vicente se carcajeó. Le aseguró que eso era pura charlatanería. La hizo dudar, además de hacerla sentir ingenua y tonta. Quizás era verdad, podían haber averiguado cosas suyas del pasado, pero a nadie le había dicho lo de la tinta violeta.

—Pero si todos tus escritos van firmados en ese color, por Dios. Y mira que soy ateo —dijo Castellanos sin parar de reír.

Sin embargo, Laureana se propuso leer más sobre el tema. Revisaba lo dicho por gente muy preparada que argumentaba que se trataba de estudios serios, aunque también examinaba a quienes mostraban una postura crítica. Así llegó a sus manos *La Ilustración Espírita*, una revista fundada desde 1870 por Refugio González. Respetuosa, la buscó, y a la directora de la publicación le agradó la actitud de interés y consideración de Laureana. Primero, fue una tarde, después muchas tardes más donde charlaron y charlaron.

—Como puede ver, Laureana, en mi revista no estamos obsesionados con espíritus y apariciones. Más bien, insistimos en reconocer la existencia de un alma individual en cada persona, un alma que no muere con el cuerpo, porque, al ser más fuerte, siempre sobrevive.

—Y eso, ¿cómo se supone que pasa?

—Los espíritus se desprenden de su estructura humana. Además, al hacerlo, ya no hay diferencias, ya no importa si se fue hombre o mujer; las diferencias entre ellos, después de la muerte, desaparecen.

—Oiga, eso me parece muy interesante.

—En el mundo de los espíritus, querida Laureana, nadie pierde nada por ser hombre o por ser mujer; las diferencias son abolidas.

Doña Refugio le abrió las páginas de su publicación para que debatiera con ellos, y Laureana aceptó. Lo hizo con tal fuerza, que luego ese tema generó interés en gente como José María Vigil, Rafael Reyes Spíndola, Manuel Gutiérrez Nájera y Sóstenes Rocha. Poco después hasta se abrió un ciclo de conferencias en el Liceo Hidalgo.

La manera con que Laureana abordó el espiritismo, fue determinante para que la nombraran presidenta, la primera mujer, del Círculo Mexicano Espiritista. Para algunos, un reconocimiento digno; para otros, una absurda locura. Los periódicos comenzaron a insertar notas sobre el tema.

“El espiritismo vuelve a preocupar los ánimos. Un colega nos hace saber que la inspirada poetisa, Laureana ‘Right’ de Kleinhans, dio una sesión espiritista, a la que concurrieron varios periodistas. Allí, la simpática Margarita, hija de la señora Kleinhans, sirvió de médium escribiente.

“Y cuenta la leyenda que, con los ojos vendados, la mano izquierda apretando la venda y sirviendo de sostén a la escultural cabeza de la quinceañera Margarita, empezó a trazar con un lápiz algunos caracteres sobre blanco papel, contestando de una manera vertiginosa las preguntas que le hacían.”

—No, Laureana, no estoy de acuerdo en que meta a nuestra hija en esto. Siempre he admirado su inteligencia, pero ahora, ¡la desconozco! ¡La desconozco totalmente! —gritaba Santiago, por primera vez, fuera de sí.

—¿Le cree más a un periódico y a una nota sin firmar que a mí, su esposa, la madre de esa hija que tanto le preocupa, y quien para nada se ha obsesionado o perdido por participar en estas sesiones?

—Toda la gente habla de eso y yo guardo silencio por prudencia. Pero ¡qué ganas de darles la razón, de asegurar que mi esposa, aunque ya es una señora de cuarenta años, parece una niña desorientada!

—¿Cree que soy una señora ignorante que se arrodilla en las sesiones para esperar la llegada de mi adorado padre? Esto va más allá de fanatismo y charlatanería. ¿Ha leído mis textos?

—Por supuesto que leo todo lo que escribe. Por eso recuerdo muy bien que usted calificó esto como, deje la cito textual: “la vulgaridad que cree tontamente en brujas, hechiceros y fantasmas”.

—Sí, eso escribí al empezar a explorar el tema, pero después me puse a investigar. He leído mucho, incluso usted llegó a hojear tanto en *El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, como *Lumen*, de Camille Flammarion.

—Pero creí que los estaba leyendo para despedazarlos con sus elocuentes argumentos, no para integrarse a sus propuestas.

—Santiago, yo no estoy memorizando esta doctrina en busca de espíritus; la estoy comprendiendo, porque en ella encuentro algo que no he visto en nuestra sociedad.

—Entonces, solamente lea y analice, pero no traiga a la casa a esa gente, y menos involucre a nuestra hija en esas sesiones fulleras.

—Mi hija no es una tonta, ya es una jovencita de casi dieciséis años que ha estudiado en las mejores escuelas. Participa con respeto, y con las lecturas que yo le he facilitado tiene una mirada clara ante el tema; ya no es una niña.

—Laureana, Laureana, ¿de verdad no le afecta la burla pública? ¿Que califiquen esas sesiones como actos de charlatanería, de señora excéntrica que ya no sabe qué hacer con su vida?

—Jamás me ha importado lo que digan de mí. Sé lo que estoy aprendiendo con el espiritismo, sé lo que estoy retomando para sustentar mi pensamiento y mi sentir. Por primera vez tengo la certeza de que no es malo contactar las emociones y la sensibilidad.

—No entiendo qué quiere demostrar o encontrar con esa postura. No, no lo entiendo.

—En un principio, sí, buscaba volver a escuchar a la gente que he amado. Pero, después, palpé que había algo más fuerte que me inquietaba. Esa vez que usted se enojó

conmigo por sumar a mi vida de esposa y madre la tarea de escritora, ha sido uno de los momentos más tristes de mi vida. Mucho tiempo me pregunté por qué nunca me molestó que usted fuera más comerciante que esposo y padre. ¿Quién provocaba esa diferencia? ¿Por qué me sentía yo totalmente dividida, y por qué usted nunca tuvo que tomar decisión alguna al respecto? Me ha ilusionado la posibilidad de que las almas no sufren ese cuestionamiento, que sí existe un escenario donde nuestras almas son iguales.

—Pero, si por esa doctrina ahora mismo las diferencias son más graves, a ustedes las descalifican con bastante crueldad, ni siquiera son brujas, son unas mujeres histéricas. Han dicho que a varias espiritistas ya las mandaron al manicomio.

—Pues correré el riesgo.

—Pero no con mi hija.

Esta vez, Santiago no dio un portazo. Salió de la habitación hecho una furia dando por terminada la discusión.

Laureana no dejó de escribir sobre el tema, aunque participaba de manera mucho más discreta en las sesiones. Al advertir que su esposa no lo obedecía y seguía metida en lo que él consideraba una secta, Sebastián decidió irse de la casa.

No hay sexo débil

I

“Es absurdo que deseéis débil a la mujer; vuestra tenaz obcecación os hace conspirar contra vuestros propios intereses. Decidnos: si tan débil es, si todas lo son, ¿por qué le entregáis vuestro nombre? ¿Por qué le fiáis el cuidado de guardar vuestra honra? Si no hay mujeres dignas, os estimáis en muy poco al unirnos con ellas en eternos lazos.

“¡Hombres aturcidos, cuando negáis la virtud de la mujer, pensad en vuestra madre y en vuestras hermanas!”

Laureana leía con absoluta atención y sin ocultar su asombro el número dos del recién editado semanario *El álbum de la mujer*, fundado por Concepción Gimeno de Flaquer en aquel año de 1883.

No lo había comprado, lo tomó para distraerse un poco mientras aguardaba en el recibidor del Hotel Iturbide a Ignacia Padilla de Piña, con quien iba a desayunar. Los ejemplares estaban exhibidos en el mostrador de la entrada, y a ella le había llamado la atención tanto el nombre como la bella portada que reproducía la pintura de una mujer que recargaba en su hombro una sombrilla de encaje negro y mango tallado. Le encantó la manera en que la blancura del vestido iluminaba la figura femenina; el rostro estaba un poco oculto por la sombra. Imaginó que la modelo podía estar triste o contenta, pero no se ocultaba del sol, solamente se protegía de sus rayos, a veces gloriosos cuando se buscaba sentir calor en el alma, otras peligrosos porque podían lastimar la vista. Se vio a ella misma en esa portada, ahora sin Sebastián, envuelta en penumbras de soledad. Algunos oscuros de la pintura los interpretó como los fantasmas que seguían persiguiéndola. Sin embargo, en las sesiones espiritistas nunca apareció ninguno de los hombres que ella había amado de diferente manera como su padre, Covarrubias y Acuña, pero esa decisión la había alejado de Sebastián. Ese intento de buscar en el espiritismo alguna respuesta ante las cosas que no entendía, que le dolían y le agujeraban su alma, solamente le había dejado la ilusión de que, en la otra vida, hombres y mujeres no confrontaban sus diferencias, aquellas que su esposo acentuaba al

haberse ido de la casa; diferencias que ella manifestaba con llanto y su marido con el silencio total.

Al hojear la revista, pensó en distraerse con los poemas o con los consejos de belleza, jamás pensó en toparse con un artículo que presentaba una argumentación desafiante. El título advertía: *“No hay sexo débil”*. Algo delataban esas frases, pero sentía que era necesario traducirlas de alguna manera, aunque estaban en español. La fuerza del tono era imposible no sentirla; le costaba trabajo comprender esa postura que no había leído antes expresada con tal determinación.

“Considerad a la mujer bajo cualquier aspecto, y la encontraréis fuerte y valerosa: la mujer es igual al hombre en fuerza moral. Abrid las páginas de la historia y hallaréis mujeres enérgicas, espíritus viriles, cuyas hazañas os harán comprender que el talento de los grandes generales no es patrimonio exclusivo del sexo denominado fuerte; observad que el heroísmo es común a los dos sexos, porque el heroísmo, el genio y el alma, no tienen edad ni sexo. Hombres, tened presente que no os disputamos la fuerza física, pero nos declaramos en fuerza moral igual a vosotros.”

El texto estaba firmado por Concepción Gimeno de Flaquer, directora y fundadora de la publicación. Tan ensimismada estaba en la lectura, que dio un brinco cuando Ignacia tocó su hombro.

—Ya la asusté. ¿Que está leyendo? Desde que entré, le grité varias veces y nunca me escuchó. ¿Es un relato de apariciones y fantasmas? Después de que anduvo de espiritista, yo creí que ya nada de eso la asustaba —dijo la señora Padilla con su clásico tono malicioso.

—Amiga querida, la gente viva me sigue asustando más que cualquier espíritu.

—Y entonces, ¿quería memorizar el contenido de la revista que doña Conchita se animó a publicar?

—¿La conoce?

—Ya sabe que gracias a mi marido conozco a medio México. El esposo de la señora Gimeno es Francisco de Paula Flaquer y Fraise, que ha tenido diferentes puestos en los

gobiernos españoles, y ahora le pidieron que representara a su país en nuestro continente. Recién acaban de llegar este año a nuestra patria, creo que en mayo.

—Entonces, no es mexicana.

—¿Quiere conocerla? Se hospedan en este hotel. Lo que me sorprende es que esa vez que la conocí, hace como cuatro meses, me platicó su plan de sacar una revista de mujeres, y yo pensé “sí, cómo no”, pero veo que es una mujer de palabra y de acción, mucha acción. Vea, ya va en el segundo número y, qué bonito ejemplar.

—Está precioso. Las ilustraciones son divinas, y aunque el tono del texto que escribió me ha sorprendido mucho, su postura logró atraparme. Nunca había leído un planteamiento tan fuerte y directo sobre un problema que, desde mi separación de Sebastián, me ha obsesionado. ¿Por qué no puedo ser esposa, madre y escritora a la vez? ¿Por qué mi marido no respeta mis decisiones, me juzga con tanta dureza y prefiere irse de la casa? ¿Soy yo lo que ha fallado? ¿Son los hombres quienes no saben cómo apoyarnos y comprendernos?

—Sí que está llena de dudas, Laureanita. Pues, si quiere preguntamos. A lo mejor ella está en su habitación y la invitamos a desayunar.

—¿Cómo cree? Me da vergüenza importunarla...

—Es muy bonachona, aunque a la vez muy... ¿cómo le diré? Como muy intensa. Habla mucho y muy rápido, pero en su voz hay un tono audaz, no pasa inadvertida, tiene un gran carisma. Me gustó que sea francota y directa. Preguntemos por ella. Si está ocupada, lo dirá sin rodeos. Igual y sí puede charlar con nosotras.

Sin esperar la respuesta de su amiga, Ignacia se acercó al mostrador y preguntó sonriente por la señora Gimeno de Flaquer. Justo en ese momento, se escucharon unas fuertes carcajadas y el empleado señaló hacia la escalera principal. Concepción bajaba con gracia cada escalón del brazo de su esposo, que también reía divertido.

—¡Doña Conchita! —gritó Ignacia, mientras agitaba las manos para llamar la atención de la pareja.

—¡Hija mía! ¡Qué gusto volver a verla! Prometió que un día desayunaría conmigo, ¡y mira que sigo esperando el día, mujer!

Doña Ignacia Padilla de Piña no había exagerado. La personalidad de Concepción Gimeno de inmediato provocó que todas las personas voltearan a verla. Tenía garbo, una voz potente, un acento que evidenciaba su origen español; parecía una castañuela con su andar flamenco.

—Pues deje y cumpla hoy mismo. Además, mire, mi querida amiga justo la estaba leyendo y le dieron muchas ganas de conocerla. Ella también escribe en diversas publicaciones.

Laureana hizo una ligera reverencia que provocó, otra vez, las carcajadas escandalosas de Gimeno que, sin dejar de reír, imitó la misma salutación.

—Gracia y belleza mexicana te adornan, mujer. Sí, sí. Me encantará desayunar con vosotras. Ya me preparaba para aburrirme, porque mi esposo iba a desayunar con un fastidioso político. Mejor me siento con ustedes y así conozco a otra amiga más. No hay problema, ¿verdad, consorte mío?

Sin esperar respuesta, Concepción tomó de un brazo a Laureana y del otro a Ignacia, para dirigirse al restaurante del hotel. Eligieron una mesa al centro del lugar, mientras su marido se acercaba a un discreto rincón, donde ya lo esperaba un señor de rostro serio.

—Así que, hija mía, usted también escribe. ¡Cuénteme! Cuénteme, que acabo de sacar mi semanario y quiero muchas plumas mexicanas en sus páginas, sobre todo de mujeres, muchas mujeres.

—Escribo poemas, aunque también algunos artículos periodísticos —murmuró con cierta timidez Laureana.

—Y escribe bello —dijo con orgullo Ignacia.

—Pues hoy mismo me manda un texto, no importa el tema. No me preocupa su postura ante la vida, que todo cabe en un álbum. Por eso le puse así a mi revista.

—Yo estoy impresionada con su forma de escribir. Ahora que leí su artículo, me pareció muy revelador. No recuerdo a ninguna mexicana que escriba con ese tono, pero menos desde esa mirada tan, tan...

—¿Atrevida? ¿Osada? ¿Loca? ¿Impugnadora? ¿Emancipadora?

Laureana tartamudeó. Esa mujer se le imponía. De seguro pertenecía a esas nuevas generaciones que ya habían estudiado en escuelas; quizás en Europa las mujeres ya hasta iban a la universidad.

—Hija mía, ya la apabullé con mi espontáneo desafío jocoso y quizá provocador. Así soy, así he sido siempre, desde que fui educada en casa, desde que descubrí mi amor por la escritura, desde que leí en público mis primeros poemas, desde que disfruté cada tertulia a la que me invitaron o pude ver mi primer texto publicado...

—¡Dios! Pero si está usted narrando lo mismo que yo he vivido. Así, justo así ha sido la historia de mi vida, pero usted está con su esposo sin dejar de ser escritora, y ahorita que la leí, no sabe cómo me ha sacudido. Usted afirma que no hay sexo débil, pero estos últimos meses me he sentido tan frágil, sin fuerza, endeble, hoja de papel al viento.

—Pero, niña mía, no, no debe sentirse así jamás. Mire lo bonito de ser mujer, cuando sentimos confianza en la otra, no dudamos en compartir, en sentirnos amigas, aunque todavía no haya una historia compartida entre nosotras. No se sienta mal, así como aprendimos a llorar por amor, podemos aprender a limpiar nuestras lágrimas, a mirarnos al espejo de otra manera. Pero, para lograr eso, no llegan vientos divinos ni rayos iluminados, debemos aprenderlo. Así lo aprendí yo cuando era una jovencita de quince años y me acerqué al salón de *El Fomento de las Artes*, allá en mi tierra natal. Fue en ese lugar donde escuché a mujeres como la condesa de Priegue y a otras hermanas que daban conferencias sobre la reivindicación de la mujer.

—¡Ay, Conchita! ¿Y eso qué es? —intervino Ignacia Padilla con ingenua inquietud, mientras sopeaba su concha en el café.

—Pues a veces lo veo como un deseo, otras veces como el espíritu que logra animarme a escribir. Casi siempre se presenta como una especie de revelación que me permite afirmar que moralmente la mujer se halla a la altura del hombre. Reivindicarse es tener acceso a los mundos de la ilustración. “Quiero a la mujer ante todo madre; y no lo dudéis, será buena esposa y madre si recibe una ilustración que le rasgue la venda total de ignorancia, el error y la superstición. Por eso, muchas veces me dirijo a los padres y maridos,

y les pido: instruid a vuestras mujeres, porque en cuanto más se ocupe la mujer de las cosas grandes y elevadas, más abominará las pequeñas e indignas. Siempre cito a la inspirada poetisa catalana Josefa Masones: ¿Quién dijo que es incompatible coser y raciocinar?”

Laureana e Ignacia jamás habían escuchado ese discurso que las incomodaba y seducía a la vez.

—He leído mucho para poder plantear estos argumentos —sonrió comprensiva Gimeno—. Estas ideas no han surgido solamente de mi alma, sino también de mi experiencia y estudio. “La mayor parte de los filósofos que he consultado, afirman que el organismo de la mujer está más predispuesto que el del hombre a la voluptuosidad y, sin embargo, nadie puede negar que la mujer es más fiel a sus deberes que este. Por cada caso de infidelidad en el sexo femenino, se cuentan noventa y nueve en el masculino. Añádase a esto que el hombre puede casarse siempre por amor, mientras que la mujer no; el hombre está en el derecho de elegir; la mujer tiene que aceptar lo que le ofrecen las circunstancias. Si siendo la mujer débil y estando combatida por el que se llama el rey de la creación, por el fuerte, por el hombre, sabe resistir y apagar con voluntad el ardor de los sentidos, ¿dónde brilla la conciencia más pura? ¿En el sexo fuerte que ataca, o en el débil que se defiende?”

—Concepción, me tiene usted tan sorprendida... Pero ¿qué lecturas ha tenido usted? ¿Se consiguen en México? ¿Trajo algunas consigo? Yo necesito entender estas diferencias que hoy más que nunca las he sentido, que hoy más que nunca me duelen, pero necesito saber que hay una alternativa, quiero sentir que no estoy equivocada...

—Lo entiendo muy bien, señora mía, se lo juro. Si quiere, subimos a mi habitación. Traje libros de autores como Stuart Mill y hasta de Augusto Comte. Sus planteamientos debemos leerlos con mirada muy crítica. Por ejemplo, “Comte concede al hombre la dirección completa de la mujer bajo el pretexto de que es más enérgico que ella. ¡Cuán falsa afirmación! A cada paso se ven mujeres que tienen que ocultar su energía para que el marido no se abochorne de la que le falta. Según Comte, la mujer tiene que apelar al matrimonio para defenderse de la miseria. ¿Y si no encuentra marido? La mujer tiene que ser mantenida por los padres. ¿Y si son pobres? La mujer tiene que ser protegida por la sociedad. ¿Y quién establecerá esas leyes de protección? El hombre, ya que tiene el mando, mas, ¿quién responde del acierto y la moralidad de tales leyes? Si todos los hombres estuvieran de acuerdo con el

citado racionalista, ¿qué podría esperar la mujer de la decantada protección? Hay protecciones que aplastan, que abruma, que son un suplicio, y el sexo femenino no puede menos que rechazar la protección que le ofreció ese ilustre pensador. En vez de inventar Augusto Comte nuevos cautiverios para la mujer, subordinándola a sus parientes, a la sociedad, ¿por qué no inventó medios de remunerar mejor el trabajo femenino para que sea su vanguardia? La mujer no quiere depender más que del trabajo, porque el trabajo es la única dependencia que no hiere la dignidad, la única dependencia que no envilece.”

Y ese día, Laureana salió cargada de libros que leyó con atención y luego discutió con la misma Gimeno. Asistió a las conferencias que la española impartía, aunque siempre terminaban en discusiones entre los asistentes. Algunas mujeres se salían al sentirse agredidas o asustadas. Varios hombres se creían aludidos en el discurso y alegaban inocencia o argumentaban en contra del pensamiento de la periodista nacida en Alcañiz, España. Cada semana llegaba a casa de Laureana el semanario *El álbum de la mujer*, y con atención lo leía para volver a charlar con su nueva amiga, siempre abierta a las dudas y hasta a los desacuerdos.

Laureana, como en su infancia, hizo un listado de palabras: emancipación, regeneración, rebeldía, cuestionamiento, igualdad... Gimeno prefería que su amiga definiera esos términos, los descubriera en la cotidianidad y hasta dentro de ella misma. Esa desafiante postura, Concepción la mantenía tanto en sus textos periodísticos como literarios; ella ya había publicado libros como *Victorina o heroísmo del corazón*, *La mujer española. Estudios acerca de su educación*, *La mujer juzgada ante el hombre*, *La mujer juzgada por la mujer*, *Madres de hombres célebres* y *Suplicio de una coqueta*. Todos se los regaló a Laureana que, ante cualquier duda o punto de desacuerdo, la consultaba. Varias tardes charlaron sobre las posibilidades e imposibilidades de esa igualdad y de las diferencias; Concepción jamás se quedaba en el discurso. Laureana observó que su amiga dirigía y administraba sus bienes, y que jamás consultaba a su esposo para tomar una decisión. Trató de integrar cada lectura a su forma de ser y pensar, comparó las situaciones injustas que observaba y las deseables que debían manifestarse a través de sus propias acciones, pero surgió en ella la certeza de que otras mujeres debían descubrir ese discurso. En sus colaboraciones, empezó a imperar una visión que trataba de aproximarse a la de Gimeno. No la copiaba, pero sí trataba de abordar

el tema con la misma fuerza. La amistad entre ellas se reforzó, aunque no por eso tenían que estar siempre de acuerdo. Laureana también aprendió a defender sus ideas y a respetar las diferencias, pero, sobre todo, a manifestar con la mayor claridad que pudiera sus pensamientos. Trataban de verse una vez a la semana, compartir más lecturas, platicar de cuestiones personales, pero también de sus posturas sobre diferentes temas. Laureana aprendió a discutir y a conciliar, a escuchar y a contrargumentar sin tomar nada personal.

—Pero, Laureana, la historia ha sido muy ingrata con Marina.

—Usted puede llamarla por ese nombre, pero en México le decimos Malinche, una mujer que nos traicionó, que se dejó impresionar por un hombre ajeno a su raza.

—Al igual que usted, desapruébo las relaciones que mantuvo con Hernán Cortés por ilícitas, pero doña Marina no puede ser culpable de los estrechos lazos que la unían al conquistador, pues se trataba simplemente de una criatura inocente que, por ser vendida como esclava, era natural que no comprendiera el significado de la palabra dignidad ni llegara a sentir un poco de estimación por sí misma. No puede ser tachada de traidora; sí de mujer enamorada. A pesar de convertirse en la inspiradora de Cortés, jamás olvidó a sus hermanos, imploraba por ellos, trataba de suavizar sus amargas y curaba al igual las heridas de los aztecas que las de los españoles.

—Pero solamente ella se salvó, dejó que una cultura aplastara a otra, que no quedaran destellos de ese glorioso mundo prehispánico.

—Laureana, no pierda de vista la abnegación de la Malinche. Lo malo es que, al tratarse de un patrimonio exclusivo del corazón de la mujer, poco se comprende su sacrificio. Seamos más duras con Hernán Cortés; él no supo valorar ese cariño ni todo lo que esa mujer tuvo que sacrificar, porque como todos los hombres tenía más cabeza que corazón. Fue un hombre egoísta e ingrato, pues la casó con Juan Jaramillo y luego le dio un puñado de tierra para botarla y olvidarla.

—No, amiga, no. Fue la loca pasión que le inspiró Cortés la que la hizo faltar a la fidelidad de sus creencias y a sus deberes. Siguió al conquistador, vio el exterminio de sus hermanos sin que su corazón se compadeciera. No le sirve de disculpa la falta de conocimientos y cultura para que haya traicionado a su patria.

—¿Qué afectos puede tener una niña vendida como esclava y regalada a seres tan ajenos a ella? ¿Qué idea podía tener de la propia dignidad y de la estimación de sí misma, una criatura vendida como esclava? ¿Tenía patria Marina? Nunca la tiene una esclava...

—Perdone Conchita, nadie me quita de la cabeza que desconoció a su raza por un hombre blanco.

—Pero fue amor, y ese amor la hizo valerosa, salvaba de las asechanzas de los indios a los soldados conquistadores, imploraba por sus hermanos, suavizaba las amarguras de todos y curaba las heridas de españoles y aztecas indistintamente.

—¿Sabe qué? Ya me cansé.

—Yo también.

—¿Qué le parece si mejor nos tomamos un chocolate, y mañana seguimos con la discusión? Tengo que leer más para convencerla de mi punto de vista.

—¿Ve, Laureanita? Qué bonito es pelear sin imponerse. Estoy segura de que nuestra amistad va para largo.

Aunque Concepción era cuatro años menor que Laureana, la mexicana reconocía que su amiga tenía mejor preparación. En 1869, Gimeno había publicado su primer texto “*A los impugnadores del bello sexo*” cuando apenas tenía diecinueve años, y ya desde ese momento cuestionaba las diferencias entre hombres y mujeres. No había envidia, menos ánimo de competencia; quería aprender más de ella, sus argumentos le estaban dando pautas para explicarse a sí misma el enojo de Sebastián, las dudas que la hostigaban, las culpas que deseaba desaparecer, las ganas de continuar con la escritura sin dejar de cuidar a su hija y atender su casa. Concepción Gimeno era amiga, pero también maestra.

—Yo también he aprendido de usted, mi querida amiga. Es una mujer convenientemente ilustrada, no es vanidosa, sabe perfectamente que al huir de la vanidad huye del ridículo. No se impone a los que la rodean por medio de su sabiduría, se hace sencilla y desciende de su elevada altura para nivelarse con las que están en otra esfera, y despierta simpatías por todas partes. No deje la poesía, pero escriba más artículos sobre nosotras, las páginas de *El álbum de la mujer* están abiertas para usted.

II

Un día que Laureana se dirigía a las nuevas oficinas de Concepción Gimeno, en Leandro Valle número 15, para entregar una de sus colaboraciones, vio que a la entrada del lugar una mujer levantaba los brazos entre la súplica y la molestia. Discutía airada con el portero del lugar.

—En efecto, buen mozo, no tengo cita. La señora Gimeno no me conoce. Soy una desconocida, además, ni de la ciudad soy. Vengo del hermoso estado de Jalisco. ¿Ni por eso me deja entrar para hablar con ella?

—Buenas tardes. Perdón, ¿algún problema, don Abelardo? —intervino cauta Laureana.

—Es que la señora primero me dijo que tenía cita, y no está anotada en la libreta. Luego me dijo que era amiga de la señora Concepción, pero ni siquiera supo sus apellidos. Luego juró que eran paisanas, pero no creo que esta mujer sea española, y como se lo dije, me regañó, y después...

—No se preocupe, buen hombre, yo conozco a la señora. Seguramente a Conchita se le olvidó que teníamos una cita con ella.

La mujer que alegaba sonrió triunfante y tomó del brazo a Laureana, mientras que, al portero, derrotado, no le quedó más que abrir la puerta y dejarlas pasar.

—¡Señora, gracias por aliarse conmigo! —murmuró como niña traviesa quien hacía un rato se mostraba indignada—. La única verdad que he dicho este día es que no soy de la ciudad, vengo de Jalisco y no conozco a nadie, pero me gusta escribir y buscaba dónde publicar mis poemas. No importa que me paguen poco, el chiste es trabajar honradamente, ¿no cree?

—Admiro su tenacidad, aunque deje le advierto que la paga es poca. Es necesario escribir en otros periódicos para tener un buen apoyo económico, más cuando dependemos de nosotras mismas.

—Lo sé, lo sé. Yo soy profesora, y también el sueldo es bajo, pero con otras clases que se puedan dar a domicilio, más las colaboraciones que se logren sumar en varios periódicos, ya sale lo del mes, ¿no cree?

Al entrar en la oficina, se les informó que la señora Gimeno no estaba. Sarita, una mujer mayor que apoyaba en el despacho, de inmediato extendió su mano para recibir el texto de Laureana, quien aprovechó y tomó también el que la otra mujer cargaba bajo el brazo.

—Mi amiga también va a empezar a colaborar en el semanario. Acepte su texto y tome sus datos. Pero, por favor, le encargo mucho que agregue una nota de que yo la recomiendo mucho para que Conchita no se olvide de incluirla en las páginas del próximo número.

Amable, Laureana dio la mano a la mujer que la abrazó muy agradecida. Al alejarse, volteó al escritorio y le dio gusto que esa profesora de belleza serena y cabello alborotado, a la que no le preguntó su nombre, anotaba sus datos con el rostro iluminado de alegría.

Semanas después tocaron a la puerta de Laureana. Margarita ensayaba con su violín sentada en la fuente del patio principal, e interrumpió su pequeño concierto para abrir la puerta. Gritó a su madre que la buscaban. Cuando Laureana bajó de su estudio, una mujer ya la esperaba en la sala.

—No sé si me recuerde. Hace unos días usted y su noble corazón me ayudaron para que pudiera entregar mis textos a la señora Gimeno.

—Por supuesto. Qué gusto verla. ¿En qué puedo servirle?

—Vengo a agradecerle que, sin conocerme, haya abogado por mí y... ¿Qué cree? ¡Publicaron mis poemas! Ese día ya ni me presenté con usted. Por eso, regresé para preguntar su nombre. Y cosas de la vida, el mozo al que le hice pasar un mal rato, fue el que, con toda amabilidad, me dio su nombre y dirección. Dijo que usted era una mujer admirable y su acción confirmó la generosidad de su alma, pues prefirió ayudarme cuando se notaba a leguas que ni nos conocíamos. Valoró que yo fuera agradecida, que la buscara para corresponderle en persona lo que hizo por mí.

—Así es don Abelardo. Pero, usted no tenía por qué molestarse. Lo hice de corazón, debemos ayudarnos entre nosotras siempre.

—Me llamó Mateana Murguía, viuda de Eguiluz, para servirle a usted, a Dios y a don Porfirio. Sé que usted es Laureana Wright. ¡Jamás lo hubiera creído! Que una de nuestras grandes poetisas haya volteado a ver a una humilde servidora como yo.

—No diga eso, querida amiga, repito que lo hice por ayudar. Y mire, justo acabo de leer el semanario y uno de los poemas que más me gustaron, “*A mi hija*”, resulta que es suyo.

—Favor que usted me hace. Como le dije aquella vez, soy profesora y siempre me ha gustado escribir. Hace poco tiempo que llegué a la Ciudad de México, pero no conozco a nadie. Por órdenes del presidente me asignaron para quedar al frente de la Escuela de Párvulos, anexa a la Normal de Maestros.

—¡Qué honor! Debe ser usted una excelente profesora.

—No sabe usted cómo disfruto estar en el salón de clases, ver esas caritas angelicales... Aunque a veces hacen verdaderas diabluras, nada como ayudarles para que estén lo mejor preparados en la vida. ¡Luego se me ocurre cada cosa! ¡Pobrecillos! Pero siempre advierten que es por su bien. En una ocasión, los puse a hacer ejercicio antes de empezar la clase, motivarlos un poco para que pusieran más atención a mis exposiciones, y resultó. Hasta un diploma me dieron por motivar el ejercicio y el conocimiento. Por eso, yo creo, me gané ese puesto.

—Entonces, ¿tiene título de profesora?

—Pues lo obtuve cuando quedé viuda por primera vez.

—¿Por primera vez?

—¡Sí, doña Laureana! Me casé muy jovencita con un buen hombre llamado Enrique Stein, pero Dios quiso llevárselo después de catorce meses de un feliz matrimonio. Tuvimos una hija hermosa. Mi niña acaba de entrar a estudiar el primer año en la escuela Josefa Ortiz de Domínguez.

—Ella debió darle mucha fuerza para seguir adelante. ¿Sabe? Yo también tengo una hija. Mi amada Margarita va a cumplir este año diecisiete, y no sabe lo orgullosa que estoy de lo que ha logrado ese pedazo de mi vida. Es muy inteligente y la música es su vocación. Desde que la tenía dentro de mi vientre se movía al compás de los conciertos que iba a escuchar con su padre. Ella y yo nos acompañamos con mucho amor.

—¿Usted también es viuda?

—No, querida amiga, espero nunca sentir ese dolor. Pero mi alma quizá está igual de triste como la suya. Estoy separada de mi esposo.

—En verdad lo siento mucho, pero al menos usted tiene la posibilidad de volver a encontrarlo, de reconciliarse con él o de olvidarlo sin tanto dolor. Yo dos veces me he quedado sin nada. La muerte del ser amado nos deja desvalidas y desarmadas. Yo fui tan feliz en brazos de mi primer esposo, que estaba segura de que jamás volvería a sentir lo mismo por nadie. Pero, sin buscarlo, otro hombre llegó después. Se llamaba Tomás Eguiluz, caballeroso y atento. Admiraba mi trabajo de maestra, nunca fue grosero con mi hija. Entonces, comprendí que el corazón siempre vuelve a florecer, vuelve a inventar otros compases, a comprender que nunca se deja de aprender a amar otra vez. Pero la vida ha sido dura conmigo, o tal vez la muerte es quien me ha querido poner a prueba. Me lo arrebató a los veintisiete días de casada. Lloré tanto... Pero otra vez limpié mis lágrimas, ahora no solamente por mí, también por mi hija. Adelante, adelante, me repetía cada mañana cuando al levantarme veía vacío el otro lado de la cama.

—Qué dulce lección me da con estos detalles de su vida, querida Mateana. Mire, es la segunda vez que nos vemos y ya la siento una amiga cercana.

—Pues desde hoy, aquí tiene mi mano, amiga suya, amiga mía.

III

Concepción Gimeno y Mateana Murguía fueron significativas para que la ausencia de Sebastián no le doliera tanto a Laureana. Escribir en *El álbum de la mujer* y en otras publicaciones, la mantenían ocupada todo el día; además, no dejaba de aprovechar lecturas sobre la situación de las mujeres que una le prestaba y compartía con la otra. Por eso, cuando supo que Mateana también editaba un periódico de mujeres, agradeció estar cerca de señoras con tan gran iniciativa.

—Así es Laureanita, cada que puedo trato de publicar una revistita. Le digo así de cariño, no crea que la minimizo, le puse de nombre *Violetas*. Fíjese que esta flor se ha convertido en algo muy especial para mí. Con un ramo de éstas fui recibida en la primera escuela donde di clases. La corona de mi velo estaba adornada también con esas flores. Mi segundo marido llenaba la casa con ellas. Y ahora donde vivo hay un pequeño jardín y... ¡Sí! Crecen violetas en uno de sus rincones.

—Vaya coincidencia. También para mí son muy significativas. Hasta la fecha, mi madre sigue llenando su casa con esas flores. Y la primera tinta con la que escribí fue de color violeta; me gustó tanto, que sigo firmando mis artículos con ese tono. Pero ¿desde cuándo ya no edita esa revistita?

—Desde que llegué a la ciudad, pero el ejemplo de doña Concepción Gimeno me motivó otra vez, y hoy fui a pedirle apoyo al director del Instituto de Artes donde imparto una cátedra. Pobre, le llevé los números que ya había publicado, hablé tanto y tan entusiasmada que no le quedó más que reconocer que se trataba de un buen esfuerzo. Así que ya tengo su apoyo para sacar este mes una docena de ejemplares con su financiamiento. ¿No quiere colaborar?

—Cuenta conmigo. Hoy mismo en la noche le mando dos textos.

Mateana ya había olvidado lo que representaba meterse en la aventura editorial que ella, con esa chispa que la caracterizaba, prefería calificar de calvario. No fue sencillo contar con más colaboradoras, aunque finalmente, Laureana logró presentarle a otras poetisas y periodistas. Después le resultó complicado encontrar una imprenta que se ajustara al

presupuesto que le habían brindado. Fue a varios lugares donde todo le parecía caro y no siempre de buena calidad, hasta que, en el Taller del Hospicio de los Pobres, alguien intervino cuando regateaba el precio de impresión de treinta ejemplares. Se trataba de un periodista llamado Agustín Aveleyra que, de manera muy caballerosa, medió para abogar por ella y consiguió que le respetaran el precio que la mujer ofrecía. Agradecida, permitió que la acompañara hasta su casa, y en el camino descubrieron que el gusto por escribir era compartido y que admiraban a los mismos poetas. A partir de ese día, él la visitaba cada tarde. Un mes después le declaró estar enamorado de ella.

—¿Ya ve, querida amiga? El amor siempre aparece sin desearlo o rezar por él ni tampoco por añorarlo. Agustín es un buen hombre y le he correspondido. Aunque, tengo miedo. ¿Qué tal si me pide ser su esposa y... se me vuelve a morir? Aunque bien dicen, la tercera es la vencida.

—Adoro su optimismo, Mateana. Pero, dígame, ¿cómo se vuelve una a enamorarse?

—Yo digo que no debemos esperar nada, ni obsesionarnos ni tampoco ilusionarnos. Que el amor llegue cuando deba llegar, que se meta a nuestro corazón por descuido o por travesura, pero no por obcecación ni ceguera romántica. Yo estoy segura de que el amor anda por ahí, y cuando menos lo espere, usted me platicará cómo volvió a toparse con él. Ya verá.

Animada por las palabras de su amiga, Laureana trató de llevar un ritmo donde solamente pensara en sus textos, escuchara orgullosa que su casa se llenaba de música gracias a Margarita, y que su hija la amara a ella tanto como a su padre a quien la jovencita veía todos los días, aunque, discreta, trataba de no platicar sobre él, tampoco compararlos y menos confrontarlos.

A Laureana le gustaba la mujer de cuarenta y un años que descubría cuando se miraba al espejo; dueña de su casa, escritora reconocida y madre amorosa. Por eso, con gran alegría aceptó ser madrina en la boda de Mateana. Le regaló un vestido color violeta. Mateana se conmovió mucho con tan original regalo.

—Gracias amiga. Ya no deseaba vestirme de blanco ni de negro. ¿Quién nos asignó esos colores para demostrar que somos puras o para delatar nuestro dolor?

¡Qué grata resultó esa sencilla boda! Desde su lugar, Laureana admiraba la belleza serena y el porte de mujer segura que Mateana lució ese día; el mismo que marcó su paso rumbo al altar, coronada de violetas. Y el hombre que su amiga amaba ahí estaba, tan radiante, tan enamorado. No se diga su hija, feliz y segura de que ese hombre ya era su padre.

Entre el brindis, invitados, regalos, pastel y bocadillos, las dos amigas reconocieron que necesitaban otro espacio donde compartir sus sentimientos y hasta dudas. Fue así como planearon el surgimiento de otra revista, de otra publicación con más páginas, sin distracciones administrativas para dedicarse por completo a su contenido; mejor, asignarle a un hombre las tareas editoriales que no les interesaba dominar, contratar a una imprenta solidaria que sacara a tiempo por lo menos cien ejemplares que se pudieran vender bien, ofrecer suscripciones y no repartir de mano en mano como hasta ahora se había hecho con *Violetas*.

—Sí, amiga. Estoy lista y espero que tú también. ¡Ay, ya dejé de hablarte de usted! Rompamos con las costumbres, arrojemos por la ventana los manuales de comportamiento social. Hay que dejar de hablarnos de usted. Así que te espero en mi casa el día que gustes. Vamos a parir un nuevo periódico de mujeres en nuestra adorada patria.

Aquí estamos

I

Para financiar la revista que planeaban fundar y tener el capital necesario para editarla, no bastaban sus ahorros ni su gran compromiso e ilusión. Desde el momento en que hicieron el proyecto, Laureana y Mateana decidieron buscar ayuda. No querían depender de los anunciantes, mucho menos del apoyo oficial, sobre todo de esto último. Algunos periódicos por dicho financiamiento se tenían que convertir en verdaderos aliados dóciles y serviciales de Porfirio Díaz. No, no querían eso, pero si deseaban que su semanario llegara a sobrevivir con dignidad durante un buen tiempo, tenían que buscar otro tipo de apoyos.

Fue entonces, mientras planeaban la primera edición del semanario, cuando a Mateana se le ocurrió visitar a doña Carmelita. El apoyo no sería del presidente, y aunque la ayuda se la pedirían a su esposa, no existiría así ese extraño contrato forzoso de mostrarse complacientes con el poder.

—Sí, Laureana, vamos. Lo único que nos puede pasar es que diga “no”.

—¿Y crees que nos va a recibir, así como así?

—¡Qué mujer tan insegura eres a veces, mi querida amiga! Pues a quien nos reciba le decimos que sí tenemos cita, y si no lo creen, pues que nos expliquen cómo se pide una. El chiste es hablar con ella.

—¡Dios! Con razón somos amigas. Nada que ver la una con la otra, pero nos complementamos perfecto. La conciencia buena yo, y la conciencia mala, tú.

—Entonces —dijo Mateana sin dejar de reírse —hazle caso a tu lado malo. ¡Vámonos al Castillo de Chapultepec! Dicen que ahorita está pasando sus días de descanso ahí; la vamos a encontrar muy relajada —bromeó con ese tono tan chispeante que la caracterizaba.

Desde pequeña, Laureana se embelesaba con esa magnífica edificación, donde los niños héroes defendieron a México, donde quizá Carlota empezó a enloquecer y donde Benito Juárez se negó a vivir y prefirió una humilde casa anexa a Palacio Nacional. El

Castillo de Chapultepec, donde el expresidente Manuel González sí leyó su carta y mandó a un desconocido hasta la puerta de su casa para expresarle: “*Señora, que dice el presidente que usted disculpe.*” Ahora, ellas se iban a atrever a importunar a doña Carmelita. “¡Ay! Que este atrevimiento no les vaya a voltear la suerte y en vez de ganar algo, pierdan mucho”, pensaba preocupada.

Al bajar del carruaje, dos hombres con el uniforme de la servidumbre las recibieron atentos y caballerosos.

—Bienvenidas. Las otras damas ya están en el salón principal.

Mateana codeó a su amiga, mientras exclamaba:

—¿Ves? Llegamos a tiempo, ¿verdad, buen mozo?

El joven asintió sonriente, mientras les señalaba el camino que las conduciría al lugar donde se llevaba a cabo una reunión.

—La suerte está de nuestro lado —dijo emocionada Mateana, aunque al mismo tiempo se persignó. Laureana trataba de desarrugar su vestido. —No te preocupes, sí parecemos pollas de sociedad —afirmaba la señora Murguía de Aveleyra mientras también acomodaba su chal.

En el salón había una docena de mesas redondas donde varias señoras de enormes sombreros y risas discretas mostraban su alegría de ser las elegidas para convivir con la esposa del presidente. Mateana jaló a su amiga para que se pudieran sentar lo más cerca posible de doña Carmelita.

“¡Qué hermosa es!” pensó Laureana al quedar justo a unos metros de la primera dama, cuya dulce voz se escuchaba claramente y delataba un carácter tierno. Afable, respondía a los saludos. “¡Qué exquisita modestia y natural sencillez!” pensaba.

Pacientes aguardaron. Saborearon un delicioso almuerzo, escucharon tocar varias piezas musicales ejecutadas por un formal y concentrado pianista. De pronto, algunas señoras se levantaron de su lugar para disfrutar el paisaje desde el mirador. Sin dudarle un segundo, Mateana jaló a su amiga del brazo. Lograron sentarse así a un lado de doña Carmelita.

—¡Qué bonita reunión, señora! Se nota su buen gusto, pero, sobre todo, la generosidad de su corazón al permitir que varias mexicanas puedan convivir en un lugar lleno de historia y de secretos.

—Es usted muy amable. Es cierto, ¡cuántos momentos significativos no vieron y escucharon estos muros!

—Muros, testigos de piedra, quizá discretos en cada decisión donde se jugaba la vida; posiblemente solidarios con alguna lágrima femenina, amorosos cuando niños inocentes murieron por esta adorada patria —dijo de todo corazón Laureana.

—Qué bello pensamiento! Me conmueve profundamente su sensibilidad, señora —expresó con toda honestidad la primera dama.

—¡Ah! Es que mi amiga es poetisa. ¿No ha leído los textos de Laureana Wright de Kleinhans? Escribe bello, pero muy bello.

—Sí, sí, me parece que en... ¿*El correo de las señoras*?

—¡Querida señora! De verdad, me sonrojo, pero a la vez me lleno de alegría si usted ha leído algo de su humilde servidora.

—Fíjese que tenemos un proyecto bien bonito para sacar una publicación de mujeres más interesante que *El correo de las señoras*; más audaz que *El álbum de la mujer*. Una publicación literaria solamente de señoras, con poemas y textos que nos inspiren para ser buenas esposas y mujeres trabajadoras; las mujeres que necesita nuestra patria —aproveché para decir de inmediato Mateana, segura de que quizás era la única oportunidad para platicar con doña Carmelita.

—¡No me diga! ¡Qué orgullo! Deben avisarme cuando salga el primer número para suscribirme.

—Cuenta con ello, estimada señora. Pero, la verdad, nos gustaría mucho que ese primer número tuviera sus palabras. La admiramos de verdad.

—¿Yo?

—¡Sí! Su ejemplo motivaría a muchas mujeres mexicanas que logran atisbar en usted, no solamente la belleza, ni tampoco esa alma generosa, sino que saben que es una persona inteligente, que sin duda ha sido determinante en la gran figura que hoy tiene el señor presidente.

Carmelita se sonrojaba con absoluta naturalidad, pese a estar acostumbrada a los elogios. Esas dos mujeres no solamente parecían sinceras, se habían ganado su atención y le agradaban, además una era poetisa y quería escribir sobre ella. Había tal franqueza en esas mujeres, que cuando se dio cuenta ya charlaban como si se conocieran desde hace mucho tiempo.

Al caer la tarde, las dos amigas abandonaron el Castillo de Chapultepec. Reían felices e incrédulas, sorprendidas de su atrevimiento. Satisfechas con el logro, contaban ya con la promesa de recibir el apoyo suficiente para garantizar durante un año la edición del periódico que iban a fundar.

II

Laureana y Mateana recorrían el lugar con gran entusiasmo. Vicente Castellanos había sido otro de los hechiceros que bendecía la iniciativa de estas dos amigas. Les consiguió un lindo local ubicado en la calle 5 de Mayo, número 16, para que fueran las oficinas del nuevo periódico que ambas habían decidido parir antes de que terminara 1887. También las había recomendado con la Imprenta de Aguilar e hijos para que se encargara de la edición del semanario. Las dos mujeres tenían la ilusión de que cada sábado en la noche estuviera listo el original, y que, al otro día, más de cien ejemplares estuviera circulando o llegando a manos de sus potenciales suscriptoras. Además, Castellanos comprometió al señor Ignacio Pujol para que fuera administrador de la publicación periodística, y ellas pudieran concentrarse solamente en el contenido editorial.

El lugar en verdad era encantador. El esposo de Mateana lo mandó pintar color violeta, y las tres habitaciones se veían radiantes. Un cuarto sería la sala de redacción. Si alguna joven deseaba ir y escribir en las instalaciones o ayudar a corregir los textos, las puertas estaban abiertas. El segundo espacio sería la sala de juntas para cada lunes planear el número que se publicaría todos los domingos; los viernes se iban a considerar los días de cierre y de visto bueno para entregarlo a la imprenta. Al fondo, un bañito coqueto que llenaron de flores y jabones perfumados. La tercera habitación, la más grande, iba a ser la oficina de las dos mujeres. La ahora señora de Aveleyra insistió con que su amiga fuera la directora.

—Claro, como tengo cuarenta y uno, y tú treinta y un años, debe imponerse mi edad —bromeaba Laureana.

En un mes lograron amueblar el espacio. Compraron tres escritorios de madera sencilla, pero firme. Llevaron sillas, silloncitos y hasta unas mecedoras. Eligieron una gran mesa redonda, como la del Rey Arturo, donde no se sintieran jerarquías, sino un verdadero compañerismo. Mateana trajo un cuadro de la virgen de Guadalupe y otro de Sor Juana Inés de la Cruz. Diversas litografías dibujadas por sus alumnos llenas de paisajes; las mandaron enmarcar para adornar los muros. Hojas, plumas, tinteros, frascos de tinta negra, aunque también, por supuesto, de tono violeta. Flores, muchas flores. En la oficina principal se

reservó una pared para colocar la portada enmarcada de cada número publicado que, coincidieron en decidir, iba a contener el retrato de una mujer mexicana admirable.

Laureana invitó a Fanny Nataly, retirada del mundo de la ópera, para que escribiera crónicas de los más bellos espectáculos que se realizaban en la ciudad. Mateana propuso a la maestra Rosa Navarro, quien radicaba en Jalisco, pero que se comprometió a mandar sus colaboraciones puntualmente por correo. También se integró al equipo otra profesora, Dolores Correa y Zapata, talentosa y brillante. Ignacia Padilla aceptó gustosa colaborar con ellas. Concepción Gimeno se sumó, aunque con la condición de usar seudónimo porque editaba todavía *El álbum de la mujer*.

Qué bonito resonaban sus voces en la sala de juntas. Sin tomar nada personal, podían discutir, dar puntos de vista para indicar qué resultaba ser lo más acertado en el contenido de su semanario.

—¿Cómo llamarnos?

—Nada de señoritas, damas, ángeles o demonios por favor.

—¿Y si nos llamamos como ese primer periódico de mujeres que salió en la ciudad en 1873?

—¿El que fundaron las niñas de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres? ¿*Las Hijas del Anáhuac*?

—Sí. Es como heredar ese primer intento, reconocer ese primer logro, que la historia no terminó, solamente tuvo una pausa.

—Sí, sí. Seamos las otras hijas del Anáhuac.

Y en efecto, fue el nombre con el que salieron a la luz el 4 de diciembre de 1887. La portada lucía la imagen de doña Carmelita Romero Rubio de Díaz. Laureana destacó el corazón bondadoso, filantrópico y sensible de la esposa del presidente, así que citó los actos caritativos que ella realizaba en favor de los desvalidos, como su participación en la fundación de un asilo para la niñez indigente. Mencionó las donaciones que la esposa del presidente, de muy buena fe, ofrecía para el sostenimiento de ciertas sociedades de beneficencia, como la llamada “La buena madre”, así como la manera de corresponder a las

imploraciones que le hacían cuando algún hombre era sentenciado a la pena de muerte. Tales acciones motivaban a la periodista mexicana a expresarse con orgullo de la mujer del primer mandatario.

El número se agotó en las alacenas donde lo exhibieron, y a la semana siguiente llovieron las cartas para suscribirse a la revista. *Las Hijas del Anáhuac* auguraban un futuro prometedor en el mundo periodístico nacional. Aunque el gusto de llamarse así les duró poco, alguien les comentó que una hoja volante ya circulaba con ese mismo nombre.

—Y ahora, ¿qué nombre nos ponemos?

—¿Por qué no retomar la publicación donde tú y yo empezamos a escribir juntas?

—¿Violetas?

—Sí, nuestra flor favorita. El color que brilla en nuestra oficina, las mismas que coronaron nuestra sien al casarnos, las que en este momento dan un perfume especial a nuestro espacio.

—Pero, Violetas suena muy solito, debe tener otra palabra que realce ese nombre, que le dé un toque especial, que no sea solamente una flor que el amante entrega a la mujer para demostrarle su amor; que tampoco sea ese ramo aventado en una boda, los restos marchitos en una tumba.

—Sí, Mateana tiene razón. Tengamos un nombre compuesto que dé fuerza, que no nos quite la gracia y nos dé una identidad fortalecida.

—¡Violetas mexicanas!

—¿Violetas gloriosas?

—Suena mejor, Violetas imperiales

—¡No, no! Que no sonemos ni patrióticas ni vanidosas.

—¿Saben? Cuando empecé a leer y escribir, mis maestros me acercaron a poemas e historias de este amado México, y me encantaba volver a ese pasado de pirámides y penachos, de cenizontes y princesas aztecas. ¿Y si hacemos referencia a ese orgulloso ayer? El inolvidable valle del Anáhuac.

—*Violetas del Anáhuac*.

—Me gusta, me gusta. Suena bien.

—Fuerte y suave a la vez.

—Y, además, retomamos una parte de la historia de ese primer semanario de las niñas de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres.

—Pues, bienvenidas a *Violetas del Anáhuac*.

Fue así como el 22 de enero de 1888, el periódico lució ese nombre en la primera plana. Además, lo rodearon con pequeños pétalos que destacaban cada palabra, y un subtítulo que las llenaba de orgullo: “Periódico literario redactado por señoras.”

III

Justo al otro día de estrenar su número como *Violetas del Anáhuac*, Laureana iba a colgar en la pared un cuadro con la portada del nuevo ejemplar, cuando, de manera sorpresiva, Mateana tocó a la puerta. Para la satisfecha directora del semanario fue algo extraño; su amiga nunca lo hacía, ese espacio estaba bien compartido, no era necesario pedir permiso para entrar a ninguna de las habitaciones. Los toquidos fueron fuertes y seguidos, parecía que trataban de imitar el sonido que se escuchaba en las oficinas de telégrafos. Tomaron tan de sorpresa a Laureana, que se pegó con el martillo y la caja de clavos cayó al suelo. Al voltearla a ver, Mateana le sonrió con cierta complicidad traviesa.

—Te buscan —dijo, y al hacerse a un lado, se aproximó un hombre que cargaba una enorme caja de madera. Asomó el rostro a un lado de ella. Era Sebastián. En cuanto el todavía esposo de Laureana entró, Mateana cerró detrás de ella la puerta y murmuró:

—Nadie los molestará, platiquen con toda confianza.

Laureana tuvo que sentarse, porque las piernas estaban a punto de traicionarla. Sorprendida lo miraba, no podía articular palabra alguna. Él colocó la caja encima del escritorio y también, sin decir nada, comenzó a abrirla. Sacó un extraño objeto que colocó frente a ella.

—Se llama máquina de escribir, y en Estados Unidos cada vez hay más. Permiten escribir al apretar cada una de las teclas, y cada una lleva una letra del alfabeto y los signos de puntuación. Al hacerlo con mayor rapidez, se van formando palabras, frases, oraciones, párrafos, una composición. Y en papel queda impreso el texto, como si se tuviera en las manos una pequeña imprenta personal. Muchos escritores ya la tienen, en muchos periódicos de Estados Unidos ya las están usando. Y ahora que fui a aquel país, en las redacciones de algunos periódicos que visité tenían esta máquina. Tuve la certeza de que quedaría ideal para que usted escribiera con mayor facilidad, sin depender de la tinta, de las plumas y...

—Espera, Sebastián, espera —tal fue la impresión de volverlo a ver, que Laureana dejó de hablarle de usted—. Después de este tiempo de no vernos, de no hablarnos, vienes como si nada a regalarme esta cosa...

—Soy un cobarde, Laureana, tantas veces quise buscarla... buscarte. Vaya, ya rompimos con la formalidad. No sabía cómo acercarme, sin pedir perdón, sin ponerme de rodillas, sin agachar la mirada como lo estoy haciendo ahorita. Pero, he leído el semanario que diriges y me ha conmovido que sigas firmando con tu nombre de casada. Lo interpreté como una señal de que no todo estaba perdido.

Laureana no sabía qué decirle. Una revoltura de sentimientos estaba a punto de explotar dentro de ella. Se limpiaba las lágrimas con total arrebatado, como si quisiera arrancarlas de su rostro; que no viera el dolor contenido, el amor obligado a callar, el silencio para sobrevivir, el alzar de hombros para no pensar en él.

—Siempre he estado orgulloso de usted... de ti... ¡Laureana! *Mon dieu!* Ya no sé ni cómo hablarle... hablarte. Pero nadie me enseñó a tener entre mis brazos a una mujer que conocía y desconocía, que no me necesitaba nada más a mí para hacer sus sueños realidad.

—Sebastián, en cierta manera lo entiendo, pero esto debimos hablarlo a tiempo; no quisiste comprender...

—No, Laureana, no. Siempre intenté comprender, pero ¿dónde estaba el instructivo para aceptar a una mujer que no te necesita? Tú me lo dijiste una vez. Ningún otro hombre compartía la misma experiencia que yo. Mis amigos, todos los demás, tienen mujeres que solamente son esposas y madres. Mujeres que están en su casa esperándolos con la comida, que los bendicen al salir rumbo al trabajo y viven para esperarlos, siempre esperarlos... Pero ya no quiero quejarme más. No he podido entenderlo, pero estar sin ti es mucho peor.

—Yo lo único que deseaba era ser escritora sin dejar de ser la madre de nuestra hija, yo quería seguir siendo tu esposa.

—Y lo sigues siendo, lo juraste frente a ese dios en el que nunca he creído, pero que respeté por amor, por acato a esas tradiciones tan mexicanas. Te juro que cuando dije “sí, acepto”, lo dije para toda la vida.

—No sé, Sebastián, no sé. Me costó mucho trabajo acostumbrarme a estar sin ti. Fue terrible aceptar que la casa se convirtió en un espacio menos doloroso si no tenía que toparme con tus silencios.

—Volvamos a empezar, Laureana. Deja que vuelva a cortejarte, permite que te visite, que vayamos a comer, al teatro, a un concierto... Y si ves en mí al hombre que mereces, me quedaré para siempre a tu lado, con la Laureana que eres, que siempre has sido, esa periodista que firma sus textos con su apellido de casada.

Era cierto, seguía firmando como Laureana Wright de Kleinhans, quizá por costumbre, tal vez por intuición; quizá sí, para mandarle un guiño de que deseaba volver a verlo. En unos segundos sumó todo lo bueno que los había unido y restó lo único malo que los había separado.

—Pues entonces, empieza por decirme cómo se usa este aparato. ¿Máquina de escribir? Un buen pretendiente nunca regala cosas que a la ya no tan joven damisela se le complique usar... ¿Remington?

—Dicen que es el apellido del hombre que la inventó.

Laureana lo miraba como la primera vez que lo había conocido. En ese cabello varonil ya brillaban varias canas y se acentuaban algunas arrugas alrededor de los ojos. Tenía el mismo aroma masculino que le encantaba aspirar cada mañana que despertaba a su lado. Todavía pronunciaba mal algunas palabras en español pese a tener tanto tiempo radicado en México. Su figura seguía siendo la de ese niño desvalido que cruzó la mitad del mundo para llegar a un lugar que lo enamoró por sus colores y por la generosidad de su gente. Le dio ternura verlo releer y releer el instructivo para comprender el uso de esa máquina de escribir, que después Laureana dominó en poco tiempo. Resultaba adorable escucharla tanto en la oficina como en su casa. El sonido de las teclas cuando sus manos brincaban en cada una de ellas delataba el nacimiento de cada texto. Le gustaba admirar la manera en que nacían en la hoja en blanco palabras tan negras y formaditas, de párrafos tan claros y legibles. Aunque no dejó de hacer primero sus borradores a mano con su tinta violeta y después pasarlos a máquina.

Decidieron que cada uno seguiría en sus respectivas casas, pues él la iba a volver a cortejar, aunque se amarían cada noche que desearan sentirse cerca. Empezaron a ir juntos a comer y no se perdían los conciertos donde Margarita ya participaba, luego de estudiar en el Conservatorio de Música. Se había convertido en una sensible violinista.

A Laureana le gustaba cuando él pasaba al periódico para saludarla o para ser un testigo durante las juntas donde ella y su equipo decidían qué publicar. Se llenaba de orgullo cuando veía que en el periódico ella firmaba como Laureana Wright de Kleinhans. La recargó cariñoso en su pecho el triste día en que murió doña Eulalia. Demostró una total preocupación ante los primeros síntomas de una enfermedad que poco a poco empezó a ganar terreno en el cuerpo de Laureana. Y ella necia:

—Estoy bien querido mío, estoy bien.

IV

Violetas del Anáhuac llenaba la vida de Laureana. Durante horas se dedicaba a discutir los contenidos de cada número, a planear cada página, a recibir a nuevas colaboradoras que de pronto se volvieron decenas, y gracias a ellas adelantaban números completos. Llegaron decenas de mujeres de todas las edades, de todo el país. Además de Fanny Nataly, que firmaba sus crónicas como *Titania*, se contaba con la complicidad de Rosa Navarro, Dolores Correa e Ignacia Padilla; hasta Margarita llegó a colaborar en el semanario, pero también Elvira Lozano Vargas, Dolores Puig de León, Ángela Lozano, Rita Cetina, Dolores Mijares... Decenas de textos, poemas o relatos, ensayos sobre todos los temas, desde la historia hasta la física, desde consejos maternos hasta situaciones que delataban algún problema específico de las mujeres.

Un artículo que llamó la atención de los otros periódicos y del que retomaron el tema, fue el que Mateana dio a conocer cuando denunció que a las maestras les pagaban quince pesos menos que a los maestros. ¡Qué escándalo se armó! Mateana aseguraba que, si bien los sesenta pesos que ellos ganaban tampoco eran suficientes para vivir con tranquilidad, los cuarenta y cinco que se les asignaban a ellas lo eran mucho menos. Advirtió que los profesores podían dar clases a domicilio por las tardes, luego de terminar su jornada matutina, pero aseguraba que las profesoras, casi todas jóvenes, mientras “su debilidad no estuviera lo suficientemente respetada por la cultura de algunos compatriotas insensibles”, no se atrevían a dar clases particulares vespertinas y volver a sus casas después de las ocho de la noche, ya que podían encontrarse por el camino *“a mil impertinentes que las atosigaban y disgustaban; además, el trabajo intelectual y físico que ellas habían sostenido todo el día agotaba sus fuerzas y no les dejaba ánimo para una nueva tarea ni para realizar además las tareas domésticas.”*

Fanny Nataly era igual de divertida que Mateana, sus crónicas resultaban ser muy coloridas y de un humor delicioso, señalaba la mala calidad de una obra, sin humillar ni exhibir. Abordaba todo lo que se presentaba en teatro, las óperas recién estrenadas y hasta la moda de cada mes. Escribía algunas frases en francés para darle estilo a sus comentarios. Cuando Laureana la acompañaba a algún baile en el Casino Alemán, comprobaba que eran

leídas, porque todo mundo las reconocía. En el Jockey Club todos las saludaban, hasta don Porfirio hacía una ligera inclinación de cabeza cuando pasaba junto a ellas. La gente se comportaba lo mejor posible, porque sabía que ahí estaban las “violetas” y que podían ser parte de sus relatos.

Ignacia Padilla explicaba en sus textos lo que eran los meteoros, las nubes y hasta los tipos de piedra que podían existir. La importancia del invento de la imprenta y algunos sucesos violentos donde trataba de advertir nuevamente a sus lectoras que no se dejaran engañar por amor.

Rosa Navarro compartía lo que pasaba en el estado de Jalisco, desde tragedias terribles como el hundimiento de una barca en Ocotlán, hasta la inauguración de una estación de tren en el pintoresco sitio de Agua Azul. Generosa compartía sus observaciones pedagógicas para mejorar la instrucción infantil.

Durante todo 1888 nada detenía la edición del semanario. Ellas escribían sobre literatura e historia, de geografía y cuestiones pedagógicas, ofrecían definiciones de conceptos políticos como “sufragio universal” y “democracia”. Se presentaban como madres, esposas, hijas y amigas, a la vez que reconocían a quienes habían decidido ser además escritoras, mujeres de ciencia, profesoras, poetisas o periodistas como ellas.

“Venimos al estadio de la prensa a llenar una necesidad: la de instruirnos y propagar la fe que nos inspiran las ciencias y las artes. La mujer contemporánea quiere abandonar para siempre el limbo de la ignorancia, y con las alas levantadas desea llegar a las regiones de la luz y la verdad.”

Por supuesto, Laureana era la colaboradora más constante, no dejaba de escribir también sobre los más diversos temas. Investigaba, conseguía libros editados en otros países y hasta periódicos. Le ayudaba mucho saber tanto francés como inglés, y tradujo textos que llegaban de Estados Unidos y de Francia. La mesa de la oficina y el escritorio de su casa no dejaban de estar llenos de libros, de notas y apuntes. Platicaba con mucha gente para tener datos y testimonios de una gran variedad de temas.

Disfrutaba haber iniciado una sección donde escribía sobre mujeres mexicanas que ella admiraba; algunas del ayer, muchas contemporáneas. Durante el primer año del

semanario publicó dieciocho relatos biográficos. Ese espacio fue muy comentado y leído, se lo demostraban las cartas que llegaban a la oficina o las felicitaciones cuando la encontraban en la calle o se acercaban a ella mientras tomaba un café con Sebastián.

Un día se enteró del caso de Matilde Montoya, la primera mujer mexicana que, después de mil vericuetos, había logrado entrar a estudiar en la Escuela de Medicina. ¡Qué mujer tan inteligente y valiente!, reconoció Laureana. Montoya, siempre acompañada de su madre, contra viento y marea consiguió ganarse el acceso a la universidad. Pero el entrar no fue lo más difícil; adentro todo fue mucho más complicado, advirtió la directora de *Violetas del Anáhuac*. Así, cuando escribió sobre quien se convertiría en la primera mexicana en estudiar medicina, señaló las injurias que Matilde tuvo que soportar: profesores que no querían recibirla en el salón de clases, compañeros que se cambiaban de lugar para no tenerla sentada a su lado, el declararla ausente de todo pudor porque era capaz de ver cadáveres desnudos; la petición al director para cubrir convenientemente esos cuerpos inertes y que ella no viera lo que una señorita decente jamás debía mirar; sus compañeros advirtiéndole en la puerta del salón que no entrara porque iban a realizar la autopsia a un cadáver masculino; esperar a que todos se fueran para que ella pudiera trabajar sola en el anfiteatro y hacer sus estudios sin testigos. ¡Y qué alegría el día del examen profesional de la primera mujer que iba a recibir el título de medicina en México! Pero los detractores le habían reservado un saloncito arrinconado al final de un pasillo, donde apenas cabían diez personas, marginándola, minimizando su logro. De pronto, los profesores y hasta los sinodales, el mismo director de la Escuela de Medicina, corrían de un lado para otro, presurosos, atolondrados.

—¡Cambiamos de salón! ¡Nos vamos al auditorio! ¡Vamos, de prisa! —se gritaban entre ellos. Matilde, su madre y Laureana empezaron a caminar sorprendidas y a paso veloz, cuando a lo lejos alcanzaron a ver que por el patio central caminaban don Porfirio y Carmelita. ¡Habían venido al examen de Matilde!

A partir de entonces, entre Laureana y Matilde surgió una amistad tan grande que juntas realizaron varios proyectos. Fundaron una casa para apoyar a las mujeres obreras, la llamaron “El Obrador: Luz y Trabajo”. Abrieron espacios para que las mujeres trabajadoras tuvieran un lugar dónde dejar a sus hijas mientras ellas estaban encerradas en la fábrica

durante diez y hasta doce horas. Lograron que a mujeres de clases menos favorecidas se les impartieran clases de corte y confección, tejido y bordados, así como otros oficios que las ayudaran a combatir la miseria en que vivían por falta de educación, por haberse quedado viudas, por ser mujeres solas.

Otro caso que cautivó a Laureana, fue el de doña Agustina Ramírez de Rodríguez. No solamente le interesó, la sacudió, la llenó de total indignación. Esa mujer había quedado viuda porque su esposo murió en la guerra contra la invasión de Estados Unidos a México, donde también habían muerto sus doce hijos. Quedó sola en el mundo, sin posibilidades de trabajar, sin que nadie la ayudara. ¡Cuánta ingratitud para esta pobre mujer!, escribió Laureana. Una de las nueras de doña Agustina permitió que se publicara una carta en *Violetas del Anáhuac* donde se le pedía al gobierno justicia para la mujer. A esos llamados se unieron hombres como Vicente Riva Palacio, que argumentaba que el gobierno tenía que darle una justa pensión, propuesta que se discutió durante tanto tiempo que, cuando por fin se la otorgaron, ya estaba muy enferma. Fue tratada como una pordiosera, denunciaba indignada Laureana: “cuando tenía que haber sido reconocida como una benemérita de la patria”.

No dudó ni un instante en dar portada también a sus amigas que colaboraban en *Violetas del Anáhuac*. Todas se emocionaban y le agradecían ese reconocimiento tan generoso.

A Laureana le encantó que Rosa Navarro viajara de Jalisco a la Ciudad de México para platicar con ella sobre su vida. Conmovida e interesada, observaba cómo Rosa sacaba de su maleta documentos para mostrarle sus investigaciones en torno a cuestiones pedagógicas. Sus cuadernos con registros de los lugares que visitaba para mandar al semanario relatos de lo que pasaba en Jalisco.

Admiraba a la tabasqueña Dolores Correa y Zapata. Le sorprendía que, a sus treinta y cinco años, esta brillante profesora y poetisa prefiriera seguir soltera, pero también destacaba que el historiador yucateco Lorenzo Zavala era su tío abuelo y que tuviera lazos de parentesco con Rita Cetina y Cristina Farfán. Gracias a esta última, Lolita comenzó a publicar en *El recreo del hogar*, periódico yucateco. Por cuestiones de salud, decidió instalarse en la Ciudad de México, donde decidió presentar un examen que le diera el título

de profesora, y en su jurado estuvo Antonio García Cubas, eminente geógrafo, quien con los demás sinodales la aprobaron por unanimidad.

Ignacia Padilla de Piña nunca le perdonó que en la semblanza que hizo de ella pusiera el año de su nacimiento. Sin embargo, el reclamo de su colega fue dulce, porque le escribió un poema que las colaboradoras de “Violetas del Anáhuac” calificaron de “jocosos”. Una y otra vez, doña Ignacia preguntaba en su composición cómo Laureana había averiguado tantos datos acerca de ella, sobre todo el año en que Padilla había nacido...

*“Pero después de la fecha
Por la que sufro y me aflijo
Hay tantos y tantos elogios
Todos tan inmerecidos
Que por eso justamente
Me ablando y me reconcilio
A Mateana y a usted debo
El inmenso beneficio
De encontrarme entre violetas.
Su grato perfume aspiro.
Y yo... ¿Qué le ofreceré?
Por los bienes que me hizo.
Un corazón hecho pasa.
Pero muy agradecida.”*

Cierto día, en una de las juntas editoriales, alguien propuso que la directora del semanario fuera, en la próxima edición, una de esas mujeres notables. De inmediato, Laureana se negó.

—No, no, no. El periódico debe recuperar a otras mujeres, y el mejor logro para mí es tener este espacio que, bien o mal, ha podido darme un reconocimiento social que disfruto mucho y con eso me siento muy agradecida. Faltan muchas mujeres que deben ser reconocidas, yo no lo necesito.

—Pero, Laureana...

—No, no y no... Punto final. ¡No! —dijo de manera contundente para dar por finalizada la reunión de ese día

Sin embargo, Mateana se las ingenió para que, durante esa semana, Laureana no tuviera oportunidad de revisar las primeras páginas del periódico. Inventó mil pretextos y todas se aliaron con ella. Sebastián tres veces pasó a la oficina para invitar a comer a su amada, y con bastante argucia extendía las charlas para que a ella ya no le diera tiempo de regresar al periódico. Margarita iba a la oficina para invitarla a sus ensayos, con el pretexto de que su presencia le quitaba los nervios y así no desafinaría con el violín. El señor Pujol la saturó con documentos para firmar. Fanny hasta se puso a cantar para evitar que su querida amiga revisara la primera plana el día del cierre de la edición. Fue así como Mateana se llevó el original del número 27 a la imprenta, sin que la estricta directora pudiera darles el visto bueno a las tres primeras páginas. Y el 10 de junio de 1888, Laureana casi escupió el café con el que se desayunaba esa mañana.

“Bien sabemos que la señora Kleinhans, que no posee una modestia artificial, va a mortificarse verdaderamente; ella nos había advertido con toda sinceridad que no se hablara de su persona en nuestra publicación. Pero, nuestro caballeroso editor apoyó nuestra idea y hemos decidido engalanar este número con el retrato y la biografía de nuestra estimada Laureanita. Ella se ha distinguido por sus atrevidos rasgos y por sus filosóficas conclusiones, cualidades que, si en un hombre son aplaudibles, en una mujer son título bastante para engrandecerla.”

Ya ni terminó el desayuno, solamente se le ocurrió dirigirse a la oficina que, por cierto, ahora estaba ubicada en la calle de Espíritu Santo número 1; un nombre que a Laureana le encantaba, como si fuera un augurio de buena suerte, y, además, el espacio era mucho más grande. Sus ventanales enormes iluminaban durante todo el día las paredes color violeta. Rumbo a ese lugar, caminaba de prisa, quería llegar para regañar al señor Pujol, o a quien estuviera ahí.

Al entrar, todas estaban presentes, esperándola. Los aplausos la conmovieron, trataba de no llorar, mientras Mateana no dejaba de abrazarla.

—Les dije que iba a venir, ¿no? Gracias por todo, Laureana.

—¡Viva! ¡Viva nuestra directora!

—¡Viva!

Pesquisas y periodismo

I

El ambiente era armonioso, cálido y ameno. La Biblioteca Nacional había quedado restaurada con total magnificencia, al fijarse su sede en lo que había sido el Templo de San Agustín. Se había respetado la portada original, y los relieves del viejo convento que le daba asilo no sufrieron alteración alguna. Sin embargo, se notaban los cambios realizados en otras partes de la estructura arquitectónica. José María Vigil le señalaba a Laureana que en la puerta occidental se decidió construir un gran nicho que diera asilo a una escultura de Minerva, diosa de la sabiduría y las artes. El atrio era ahora un amplio y bello jardín, se suprimieron las torres del campanario y se agregó un pretil que fue adornado con enormes tazones de piedra. La nave principal se convirtió en la sala de lectura, y sobre cada capilla se construyó una pieza para depósito de libros. “No hay mejor lugar”, suspiraba Laureana, “para leer e investigar.”

—Laureana, bienvenida, ahora a un templo dedicado al saber, donde ya no se escuchan rezos, sino ideas. En vez de coros religiosos, tenemos acervos que guardan los más bellos cantos impresos. No se señalan pecados, se estudian para erradicarlos... o para cometerlos con menos culpa.

—¡Don José María! Usted siempre con ese humor tan exquisito. Agradezco su caballerosidad y esplendor. ¡Qué orgullo! Nadie mejor que usted para quedar al frente de la Biblioteca Nacional. Le agradezco mucho que me dé un trato privilegiado y hasta me haya reservado un lugar especial para leer y abordar los temas que deseo trabajar y publicar en mi semanario.

—Toda suya, amiga mía. He trabajado mucho para que sea un espacio de instrucción para jóvenes; que tengamos un buen sistema de clasificación y, sobre todo, que editores e impresores cumplan con el depósito legal y nos dejen un ejemplar de cada texto que sale de sus imprentas.

—¡Qué sueño más hermoso y que pasión para hacerlo realidad!

—Estoy seguro de que, al terminar este siglo, seremos una de las mejores bibliotecas del mundo. Usted busque y solicite, no sabe cómo insistí para que el acervo estuviera registrado en catálogos que faciliten el acceso al gran número de ejemplares que ya tenemos. También he trabajado para el canje de libros publicados. Y, ¿sabe, Laureanita? Se han podido reunir millares de obras de todos los temas que se pueda imaginar. Di la instrucción de que se le presten todos los textos que le interesen. Y, si de mala suerte no está en el acervo, me avisa y contactaré a quien sea necesario para conseguirlo.

José María Vigil no exageraba. Desde que Benito Juárez decretó que el Templo de San Agustín se convertiría en la Biblioteca Nacional, la remodelación del lugar se hizo con bastante dedicación y cuidado, sobre todo porque el sitio estaba en pésimas condiciones; había hongos en las paredes y algunos altares se habían visto muy afectados en los meses de lluvia, debido a que se filtraba el agua, e incluso otros espacios se habían inundado.

Al ser inaugurada, desde el primer director nombrado, José María Lafragua, y quienes le siguieron, como José María Benítez, Joaquín Cardoso, José L. Galai, y hasta el mismo Vigil, se había trabajado con absoluta dedicación para enriquecer, tanto el almacenamiento, como la clasificación de obras relacionadas con todas las ciencias y campos de estudio.

Laureana pensó que había valido la pena esperar, ya que la remodelación tardó varios años. Ella misma acudió a la inauguración llevada a cabo el 2 de abril de 1884, y desde esa ocasión, Lafragua la invitó a que la visitara para que aprovechara ese paraíso editorial.

De inmediato, simpatizó con varios encargados, entre ellos don Alejandro Hernández Toro, que era una verdadera enciclopedia andando y le recomendaba excelentes lecturas. Así leyó a Jules Michelet, uno de los principales historiadores románticos de Francia; al periodista Emile de Girardin, y al político radical Charles Camille Pelletan. Admiró a Juana de Arco y a mujeres mencionadas en la historia mundial. Revisó de manera puntual a Lucas Alamán y se conmovió cuando vio que estaba registrada la obra *México Diablo*, de Juan Díaz Covarrubias. Además, Vigil le compartía periódicos que le llegaban de Estados Unidos donde Laureana tradujo con facilidad diversos artículos; entre ellos, los referentes al movimiento sufragista de las mujeres.

Fue así como en el segundo número de *Violetas del Anáhuac* publicó, por primera vez, un artículo basado en sus investigaciones realizadas en este lugar. Lo tituló “*La educación en el hogar*”. Lo que primero llamó la atención de su planteamiento fue la puntualidad de los datos; citaba el número de escuelas existentes en ese año y los adelantos que se presentaban en cada una de ellas. Reconocía que, a pesar del avance en el magisterio del país, la población mexicana no iba a la par con este, y que esa diferencia podía desaparecer con la ayuda de las madres, pero se necesitaba que ellas recibieran también una mejor instrucción. Aseguraba que las mexicanas ejercían su maternidad con cariño y ternura, pero también eran severas y rectas en la dirección de sus hijos, por lo que podían influir de manera positiva en la formación de su intelecto.

“*Amoldando la educación del hogar a la de la escuela, aliándonos al maestro y entregándoles sin restricción la enseñanza intelectual, en tanto que por nuestra parte cultivamos la del corazón y la moral, puesto que todavía no estamos a punto de desempeñarlas todas, cumpliendo el deseo de Sor Juana Inés de la Cruz de que ojalá ‘hubiese mujeres doctas para que por sí mismas educasen a sus hijos’.*”

Quizá para demostrar ese talento latente en cada mujer, ella misma investigaba de todos los temas posibles. Fue así como, a lo largo de siete meses, a partir del 8 de enero de 1888, Laureana publicó una serie de artículos donde exponía de manera puntual los sucesos históricos más importantes de nuestro país, desde la llegada de los españoles hasta el movimiento armado de 1810.

Durante sus visitas a la Biblioteca Nacional, le encantaba encontrarse a Filomeno Mata, cada vez más consolidado en el *Diario del Hogar*.

—Amiga, ya vuelva con nosotros. Necesitamos mujeres inteligentes para que también deshojen las acciones de Porfirio Díaz —le insistía el periodista. Laureana le pedía tiempo, pues estaba muy concentrada en su semanario, pero le aseguraba que lo haría. Hicieron costumbre que, luego de hacer sus consultas en los acervos del exconvento, se tomaban un café en un discreto y bello lugar. Charlaban sobre el futuro de México, lo que no les gustaba del gobierno actual, lo que el país estaba perdiendo y ganando con el gobierno de Porfirio Díaz. Les preocupaba que acababa de ser elegido por cuarta vez como primer mandatario.

—Y yo me lo acabo de ganar de enemigo por siempre, pues apoyé abiertamente a José María Iglesias como digno opositor. Urgía... urge que ya otro hombre más confiable sea nuestro presidente.

—¡Filomeno! ¿Don Porfirio no ha tratado de hablar con usted?

—Primero, dejó de saludarme, y luego empezó a ignorarme en los eventos donde llegábamos a toparnos. Después, solamente me mandó a la cárcel.

—Amigo, ¡qué desgracia! Sebastián y yo, al enterarnos, buscamos la manera de ir a visitarlo, pero en esa cárcel de Belem nadie nos escuchó. Debió ser terrible estar ahí.

—Lo fue amiga, lo fue. El día de mi arresto, desde el momento en que bajé del tren, algo intuía, sentí que me seguían, y en la calle Independencia dos hombres me tomaron de los brazos, se identificaron como agentes de la policía reservada.

—¡Y usted tan admirablemente valiente! Supe que tuvo el valor de pedirles que por lo menos lo dejaran pasar a su despacho a dejar su correspondencia.

—Fue muy difícil persuadirlos. A estos retrógradas les enseñan a tener el corazón de piedra; sin embargo, hablé, hablé tanto que me dejaron pasar al periódico y, por lo menos así, quienes estaban en la redacción se dieron cuenta de que algo malo pasaba. A los pocos minutos ya me habían aventado a una bartolina de Belem, incomunicado. ¡Ay, Laureana! No sabe qué horrible resulta vivir ese tipo de soledad. No tuve miedo, o quizá mi indignación era más grande, pero no pensaba en mí, me dictaba a mí mismo el próximo artículo donde denunciara esa ignominia.

—Pero la reacción de muchos colegas fue inmediata. Al otro día, notas y notas exigiendo su libertad. ¿Sabe, querido amigo? Esos días yo me di cuenta de que nosotros los periodistas escribimos de todo, menos de nuestra propia situación. Cada periódico que no es financiado por el gobierno sobrevive por la necesidad de sus fundadores. A veces, no importa que el pago se retrase, lo importante es sacar el texto, contra todo y por el compromiso social que sentimos con este país. ¿Y nosotros? Las prisas, los nervios de que salga a tiempo el periódico, las horas que tardamos en escribir ese texto, el costo de conseguir el dato preciso, el reclamo de un lector, la felicitación de otro, el texto para el otro día, las prisas, desvelarse

y ahora hasta ser apresados por un presidente soberbio y ciego. ¿Cuándo detallamos el costo de ser periodista en un país como el nuestro?

—Nunca había pensado en mi propia situación. Solamente me inspira señalar lo que afecta a la gente pobre, el abuso de los poderosos, las trampas políticas, el peligro de que un hombre se eternice en el poder. Nunca me he visto a mí mismo como periodista, mi propia condición en el campo periodístico, y creo que pocos lo hacemos. Debe escribir sobre ese tema, Laureana querida.

—Sí, amigo. Yo siempre he dicho que soy poetisa, pero gracias a mi semanario no dudo ya en considerarme periodista. He ido aprendiendo que el periodismo nacional es una de las más penosas e ingratas tareas, y comúnmente se convierte en un sacrificio para quienes nos dedicamos a él. Pero, no, no crea que lo lamento o que me quiero hacer la víctima, no. Más bien, reconozco que quienes nos hemos impuesto esta misión de contribuir con nuestros buenos deseos al adelanto de nuestros semejantes, ofreciéndoles el contingente del saber, del talento o, cuando menos, de nuestro trabajo personal. Ante las contrariedades que experimentamos, es preferible no retroceder. Pero, Filomeno, usted y otros inspiran; un periodista como usted muestra que nada podrá hacernos desfallecer.

Laureana escribió sobre el tema, por su amigo, por cada periodista que apasionado se entregaba al oficio. Averiguó cuántos periódicos circulaban en la Ciudad de México, contactó a periodistas de los estados y le sorprendió el gran trabajo que se hacía en cada región del país. Así supo de la existencia de *El Ferrocarril* de Veracruz; *El pensamiento* de Mérida; *La palabra* de Oaxaca, y otros muchos tan útiles como gratos que sería largo enumerar; así lo aseguró en su texto titulado “*El periodismo en México*”. Por supuesto, destacó el trabajo de *El Diario del Hogar* y celebró el surgimiento de *La mujer*, periódico que acababa de ver la luz pública y que coincidía con sus objetivos como periodista: divulgar la ilustración y el sostenimiento de los intereses y derechos femeninos.

Y si Manuel González quiso expulsarla del país, algunos representantes de la Iglesia católica la quisieron excomulgar por su texto titulado “*Jesucristo*”. Incluso, algunos sacerdotes fueron a buscarla a la oficina de *Violetas del Anáhuac*.

—¿Por qué les asusta que yo considerare a Jesucristo, no solamente el hijo de Dios, sino un ser con diferentes papeles, que también hacen brillar su imagen y no lo dejan en la cruz para solamente llorarlo y rezarle?

—¡Señora! Jesús es el hijo de Dios. Está sentado a la derecha del Padre y murió por nosotros, por usted; no lo olvide.

—Jamás escribí lo contrario. Solamente me gustaría que ustedes también reconozcan todas las otras acciones que él realizó cuando predicó en este mundo. ¿Acaso como moralista no enseñó Cristo la moral más pura que jamás se había conocido en este mundo?

—Eh... por supuesto; eso ni siquiera se puede poner en duda.

—Entonces, ¿también coinciden conmigo en que, por lo tanto, lo podemos considerar un reformador?

—Sí, pero...

—En sus discursos permitió advertir una moral que carece de todo interés terrenal, la que ejecuta el bien mismo, y no por resultados del momento.

—Sin duda alguna, pero primero está su filosofía sagrada que...

—En mi texto también lo reconozco como un filósofo que estableció un sistema enteramente nuevo hasta entonces: el vencimiento de las pasiones, el desprecio de todos los bienes de la Tierra, el perdón de las ofensas devolviendo amor por odio, y la esperanza de otra vida de ventura y de paz

—Él solamente propagó el amor a sus semejantes...

—En efecto, como toda persona que cree en la igualdad y en el respeto.

—Bueno, eso es cierto.

—Por lo tanto, también fue un demócrata que anuló los regímenes de la tiranía y redimió a los hombres de la esclavitud, haciéndoles comprender sus derechos y sus deberes entre sí.

—Es que esas palabras que usted escribió son muy fuertes y...

—No tanto como las palabras “represión”, “injusticia”, “dolor”, “pobreza”, “desigualdad...”

—Nuestro señor siempre luchó contra eso, pero con la palabra de Dios.

—En efecto, no atacó la tiranía con la fuerza, sino con la razón; no empuñó la espada de la muerte, sino la antorcha de la luz; no destruyó, edificó el reinado de la justicia y la equidad, compadeciendo a los ciegos que, teniendo ojos, no ven, y a los que teniendo oídos no oyen.

Afuera de su despacho se escucharon aplausos. Eran Mateana y las demás colaboradoras; los hombres de sotana negra salieron del lugar, persignándose.

Todo eso le dio fuerza a Laureana para escribir cada semana y tener la certeza de que *Violetas del Anáhuac* representaba una forma de hacer periodismo, periodismo de mujeres.

II

Desde el día en que murió doña Eulalia, Laureana reconoció ciertos malestares que antes había preferido ignorar, pero el desmayo que alertó a sus amigas en la oficina de *Violetas del Anáhuac* fue la primera señal de que algo andaba mal.

—Presión baja, Laureana —dijo el médico—. Debe disminuir más el ritmo de trabajo... Descanso, mucho descanso.

“¿Cómo me piden bajar el ritmo? ¿Cómo desaprovechar la media noche para redactar con más concentración mis argumentaciones?”, se preguntaba indignada Laureana, más que preocupada por su salud. Estaba preparando, por fin, la edición de dos libros: uno en torno a la educación femenina y el otro sobre su emancipación.

Pero, la enfermedad un día la debilitaba y tres días la tiraba en la cama con fiebre muy alta. Sebastián se quedaba algunas noches con ella y la metía en la tina para controlar la temperatura.

—Tengo que escribir... tengo que escribir... —repetía cuando su esposo la recostaba suavemente en la cama. Margarita tomaba la pluma y sugería que le dictara. No, no podía. No era lo mismo. Medicamentos, muchas medicinas para obligarla a descansar, para que su cuerpo volviera a aliarse con ella.

La revista seguía publicándose cada semana, y Laureana insistía en revisar cada viernes el original antes de mandarlo a la imprenta. Mateana, sincera como siempre, se atrevió a sugerir que la volvieran mensual.

—No, amiga, no. Ya tomamos ritmo. La gente espera leernos cada domingo. ¡Nos están leyendo! Tenemos suscripciones ya vendidas para todo el año. Sigo yendo cada lunes a la alacena de don Manuel A. Martínez, *El Portal de la Fruta*, y siempre me recibe con la noticia de que se agotaron los ejemplares.

—Pero tú estás perdiendo ritmo, Laureana y debes aceptarlo. No estoy pidiendo que te resignes ni tampoco que te tires a la tragedia. Algo está fallando en tu organismo. Deja que los médicos te atiendan y detecten qué es para saber cómo erradicar lo que padezcas. No te

pido que dejes nada; además, jamás me atrevería a hacerlo. Pero, baja el ritmo, distribuye tareas, escribe menos horas, no te desveles, ven a la oficina menos seguido.

Decenas de veces tuvieron ese altercado y en todas Laureana se negaba a darle la razón. La situación se complicó más cuando volvió a desmayarse, pero ahora en plena calle. Las campanas de la Catedral empezaron a sonar, y ella creyó que alguien les estaba bajando el volumen. Soltó las hojas que traía en la mano y el aire jugó con ellas; las siguió con la vista y envidió el vuelo lento que tomaban, que pudieran acariciar las nubes, mientras ella se estrellaba contra el piso. Casi la atropelló un carruaje; los caballos relincharon cuando el cochero los paró en seco. Ese relincho se convirtió en la extensión de un grito ahogado cuando Laureana reconoció la debilidad de su cuerpo, la manera en que se sentía caer directo a un profundo abismo. Despertó, y lo primero que vio fue el rostro asustado de Sebastián, luego los ojos hinchados de su hija por tanto llorar, Mateana de brazos cruzados entre molesta y preocupada. Fue el día que Laureana tuvo que pedirle a su querida amiga que se quedara al frente de *Violetas del Anáhuac*. Mateana aceptó de inmediato.

Los siguientes meses fueron espantosos para Laureana. Acostada en la cama, sin fuerzas para levantarse, le parecía que su máquina de escribir la miraba con reproche, que la tinta violeta se estaba secando en el tintero como ella sentía que le estaba pasando a su cuerpo. ¡Tanto tiempo sin tocarlas! Alucinaciones y pesadillas debido a las altas fiebres. Sebastián recorría el cuerpo de Laureana con paños de agua fría con el mismo amor de siempre, pero ahora muy preocupado, temeroso de perderla para siempre. Margarita tocaba el violín para arrullar a su madre. Mateana iba cada domingo a leer en voz alta el número completo de *Violetas del Anáhuac*. Le ocultó lo difícil que resultaba reanimar a las colaboradoras que sin la presencia de su directora estaban muy preocupadas, sin ganas de escribir. Y las jóvenes que llegaban con sus textos se desalentaban ante los comentarios sarcásticos muy al modo del carácter de la señora Murguía.

En junio, Mateana fue sincera. Le dijo a su enferma amiga que lo mejor era suspender por un tiempo la revista, que la publicación se tomara también un descanso. Laureana estaba tan débil que ni siquiera tuvo fuerzas para protestar. Aceptó resignada, pero con la impotencia atorada en el alma. “Ya —repetía Laureana—, ya que se acabe 1889; que la nueva década, la última del siglo XIX, traiga esperanza, fe, salud. Sobre todo, mucha salud.”

Entre la fiebre y las alucinaciones, a veces despertaba en medio de gritos y sudor. Con toda la fuerza de sus cuarenta y tres años retaba a la enfermedad.

—¡Cobarde! Ni siquiera me das tu nombre. Ni siquiera te presentas honesta ante mí. ¡Dime quién eres para saber cómo enfrentarte, con qué armas vencerte!

Aunque Matilde Montoya era experta en obstetricia, su presencia fue determinante para Laureana, quien tenía una fe ciega en su amiga. Al escucharla y al recibir sus recomendaciones, juntaba fuerzas para sentirse mejor. Entonces, la calentura a veces cedía y el dolor en el cuerpo se esfumaba por algún tiempo. Laureana aprovechaba esos momentos y salía de la cama para sentarse frente al escritorio, remojar su puntilla en la tinta violeta y volver a escribir en sus cuadernos. Después, Margarita, Mateana o el mismo Sebastián pasaban los apuntes en la máquina de escribir. Fue así como pudo terminar *“La emancipación de la mujer”* y *“Educación errónea de la mujer y medios prácticos para corregirla”*. Vicente llegó con los libros recién paridos por su imprenta. Festearon como hacía tiempo no habían podido hacerlo, aunque ella seguía recostada en la cama. Vicente llegó con pastel y pidió a la cocinera les prepara un chocolate, esa bebida que tanto le gustaba a Laureana desde pequeña.

—Me has sorprendido con estos libros, amiga querida. Cuánto dominio de la argumentación, pero también del estudio. Estas ideas no solamente se te ocurrieron, han surgido de lecturas profundas. Aunque nos echas la culpa a los hombres...

—No, no, no los estoy culpando, no busco culpables. Y lo dijiste tú, esto no surge solamente de mi propia experiencia ni de mi corazón herido, he leído, he leído mucho y he encontrado en muchos textos posturas que me ayudan a explicar.

—La verdad, leerte fue una sacudida, fue hacerme voltear hacia un espacio que nunca me preocupó mirar, en donde nunca me he visto ni me veré porque soy hombre.

—Qué triste, ¿no crees? Formamos una sola especie, poseemos los mismos instintos, aspiraciones parecidas e idénticos destinos, a la par moral e intelectualmente, pero algo insiste en confrontarnos.

—Y se está avanzando para romper con esas confrontaciones, disminuir esas diferencias. Ahí está Matilde Montoya, varias jóvenes a quienes ya les dieron permiso para entrar a la escuela preparatoria...

—¿Notas la palabra que usaste? Permiso, dar permiso, darles permiso. No, que esto surja como algo natural, que pase porque debe de pasar.

—Nada más, no te enojas conmigo...

—No estoy enojada con nadie y menos contigo. Quiero a mi lado a hombres como tú, hombres progresistas que deseen una compañera completa con quien compartir proyectos, intereses, la familia, el hogar.

—Seguramente por eso no he querido casarme. Tengo miedo de no encontrar a esa mujer, pero es que muchas otras mujeres, disculpa querida Laureana, no quieren cambiar.

—Vicente, no hagas que los caireles se me paren de punta. Se ve que debes volver a leerme, amigo querido. Sí, porque en el texto justo señalo eso. Pásame el libro... Aquí, mira, aquí en esta página qué dice. Por favor, lee en voz alta.

—“*¿Por qué se admiran que la mujer vacile cuando vosotros habéis vacilado al poner el pie en la senda de lo desconocido? ¿Por qué se admiran que la mujer dilate en reclamar sus derechos, como vosotros habéis dilatado? Y ¿por qué, en fin, suponen que la mujer no quiere participar de esa libertad tan amable que ustedes han conquistado, aun a costa de nuestra sangre?*”

—Ayúdame, amigo, a propagar esas preguntas, y cuando tú y cada hombre de este país las respondan, entonces estos debates no terminarán con ese rostro sorprendido que tienes. Mi tesis es sencilla: Si se considera a la mujer como niña, que como tal se le proteja y se le ampare; si se le considera como mujer, que le den todos los elementos educativos y todos los derechos sociales de los que disfruta el hombre. ¡Ah, pero cuidado! Lejos de mí, la idea de que la mujer se prive de mil inocentes fruslerías de gusto que forman su delicia, y que son otros tantos accesorios, tal vez, hasta necesarios a su cultura. Lo que yo anhelo es que a la vez atienda a la belleza de persona, a la claridad de su mente y a la elevación de su dignidad moral; prendas que su solo por medio de una sensata, liberal y juiciosa educación puede adquirir. Lo que yo ambiciono, sobre todo para la mujer mexicana a la que amo como

congéneres, como compatriota y como hermana, es que al solicitar del esposo y del padre que la conduzca a las fiestas, solicite que la conduzca a las academias artísticas y a los liceos científicos; que a la vez que le pida el libro que la distrae, le pida el que la instruya.

Amor a sí misma

I

La enfermedad tumbó otra vez en la cama a Laureana. Trató de no desesperarse, de reposar, de cuidarse, de no dejar de escribir, de seguir con su proyecto sobre el libro de mujeres notables mexicanas. Salía poco de la casa. Quizá para animarla, Sebastián llegó una tarde, se puso de rodillas ante ella y sacó un hermoso anillo de oro blanco que compró en Oaxaca.

—Laureana Wright González, y también de Kleinhans, ¿aceptas casarte conmigo ante la ley mexicana?

—Pero ¿qué significa esto?

—Que yo agradezco haber aceptado ser tu esposo ante Dios en 1869, pero como tu nuevo pretendiente quiero casarme contigo ante el juez, y de esa manera protegerte como mi esposa, proteger a nuestra hija, nuestro propio matrimonio, comprometernos ante la sociedad como una pareja casada con sus responsabilidades y derechos.

—¡Has enloquecido, Sebastián! Pero ¡sí! ¡Acepto ser tu esposa ante la ley mexicana!

Eligieron nuevamente el mes de enero, pero ahora el jardín de su casa se convertiría en testigo de su boda, de esa segunda boda. Esta vez no fueron bañados por una lluvia de arroz; a su paso cayeron pétalos de violetas que intentaban no hacer sentir aquel invierno de 1892. Laureana decidió lucir un atuendo que se aproximaba al tono gris de los ojos de su esposo, quien llevó el mismo viejo sombrero negro de bombín de la boda por la iglesia, el mismo que traía cuando la conoció. Margarita lloraba feliz, Mateana aplaudía junto con su bella familia. Matilde Montoya derramó varias lágrimas y Vicente Castellanos tuvo que disimular su deseo de hacer lo mismo.

La casa de Ciprés recobró color, cuando la pareja volvió a vivir en ese primer hogar testigo de los primeros años que disfrutaron como matrimonio. Ahora, la gran casona parecía convertirse en cómplice de un amor que había madurado como ellos; Laureana tenía cuarenta y cinco, y Sebastián cincuenta y cinco. Cada viernes por la noche, como novios, asistían sin

falta a los conciertos de jóvenes que ya destacaban, como Juventino Rosas o Felipe Villanueva. No perdían oportunidad para cenar en su lugar favorito, *Café Sociedad de El Bazar*, ubicado en la calle Espíritu Santo que tan hermosos recuerdos le traía a Laureana. El dueño, Mauricio Porraz, los esperaba cada jueves y siempre les reservaba la mesa que daba junto al ventanal que permitía ver la fachada de lo que había sido la oficina de *Violetas del Anáhuac*. Al salir, caminaban de la mano por una tranquila Ciudad de México.

Sin embargo, esa rutina algunas veces era abruptamente interrumpida por la enfermedad de Laureana. Cada médico daba un diagnóstico diferente, y ella se desesperaba cuando la fiebre regresaba y la obligaba a guardar largos reposos.

Al empezar el año de 1893, Margarita los invitó a comer y, sin ningún preámbulo, les platicó que se había enamorado. Estaba a punto de cumplir veinticuatro años y deseaba casarse. Al mismo tiempo, Laureana y Sebastián externaron las preguntas que la joven ya esperaba, y conmovida los escuchó.

—¿Quién es? ¿A qué se dedica?

—¿Por qué todavía no nos lo has presentado? ¿Lo amas?

Casi sin tomar aire, su hija respondió:

—Se llama Ermilio G. Cantón. Es veinte años mayor que yo, nació en Yucatán, tuvo una reconocida trayectoria en la vida política y periodística del país. Ya se retiró, es viudo, inteligente y lo amo. ¿Alguna otra pregunta?

—Si estás segura de amarlo, hija mía, ¿qué puedo yo decirte? Me recuerdas a tu abuela que se casó con un hombre mayor al que amó por siempre. No solamente me lo repetía cada vez que podía, sino que yo pude ver lo mucho que se quisieron, lo mucho que se respetaron, lo felices que vivieron, sin jamás importar la diferencia de edades. Y aunque yo no soy el mejor ejemplo de una historia de amor, mírame, aquí estoy con tu padre.

—Margarita, yo deseo que seas feliz, y si crees que ese hombre puede hacerlo, tienes nuestra aprobación.

Al día siguiente, Ermilio G. Cantón los visitó y logró ganarse su confianza, no solo por ese tono naturalmente yucateco que provocó una empatía inmediata, sino porque se

presentó como amigo de Ignacio Manuel Altamirano y compartió los saludos que Rita Cetina mandaba a través de él a Laureana. Comprobaron que era un hombre inteligente, pero, sobre todo, que amaba a Margarita.

Fue así como Laureana no se conformó con observar la manera en que su hija se organizó con sus amigas para preparar una boda llena de flores y música, las acompañó a comprar el vestido para la boda, a reservar la iglesia y preparar el jardín de la casa, pues el juez los casaría ahí. Habían elegido el 20 de mayo para celebrar por la mañana la ceremonia civil y, por la tarde, la religiosa. Sin embargo, trece días antes de ese momento tan significativo para la joven, la mañana del 7 de mayo de ese 1893 la vida de la familia Kleinhans Wright dio un descomunal vuelco.

Ese día, Sebastián y Laureana habían desayunado como siempre. Entre pan y chocolate revisaban las notas de los periódicos y comentaban las más llamativas. Un beso veloz en la frente, porque él se dio cuenta de que se le hacía tarde para confirmar el pedido de violetas que adornarían la casa para la boda de su hija. Tenían pocos meses de haber instalado en casa un teléfono, y con un guiño travieso le dijo a Laureana:

—Hoy sí estrenamos ese aparato. Te llamaré desde la florería.

Ensimismada en su estudio y concentrada en su máquina de escribir, las manos de Laureana brincaban entre las teclas cuando escuchó unas campanillas que resonaban por toda la casa. Pensó que era uno de los vendedores que ofrecía algún dulce o servicio, hasta que recordó la promesa de esa llamada telefónica. Sí, lo que sonaba era el teléfono. Dudó en tomar el auricular, se sintió torpe cuando se paró de puntitas para acercarse a la bocina y responder a una voz incomprensible que gritaba al otro lado de la línea.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Qué dice? ¡Qué! ¡No, no, no!

Como si las violetas trataran de ocultar lo ocurrido, cuando Laureana y Margarita llegaron a la florería, el cuerpo de Sebastián parecía estar sembrado de las flores que lo cubrían casi por completo; al desmayarse, cayeron encima de él los arreglos florales. El llanto de Margarita regaba cada una de las flores del lugar. No podía creer que ese hombre varonil y fuerte perdía toda su galanura al estar desvanecido en el piso. Parecía un niño abandonado que ella quiso acurrucar entre sus brazos, un pedazo desgajado del cielo que no quería

devolver al firmamento. Laureana, arrodillada junto a su hija, no quiso llorar. ¿Para qué? Si él ya no la consolaría. Depositó un beso suave en esos labios que por primera ocasión no le correspondieron. Esta vez ya no había posibilidad de reconciliación, ya no podía cortejarla con uno de esos ramos. Se había ido sin darle ninguna oportunidad de reencontrarse como otras veces; se fue sin hacerla sufrir, porque todo sucedió tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de llorarlo lo suficiente. ¿En qué pecho se iba a recargar ahora para ser consolada? Solamente tuvo fuerza para escribir y durante el funeral leer:

*“Sebastián
Hombre del eterno cortejo.
Amor de mi vida
Esta vez no ofreciste
Ninguna posibilidad de reconciliarnos
Esta vez decidiste irte para siempre
Tu corazón decidió dejar de latir
El mismo corazón donde estoy segura
Escribiste mi nombre
Cuando estaba cerca de ti
Cuando estuvimos separados
Cuando regresaste armado de una máquina de escribir
Donde lo primero que escribí fue tu nombre
Donde hoy escribo que ya no estás aquí
Sebastián
Mirada de cielo nublado
Solo me resta esperar
El reencuentro en otro paraíso
Sin infiernos ni cielos.”*

II

Pese al dolor que desgarraba su alma, Laureana se negó a que Margarita suspendiera la boda. Así que, el 20 de mayo de 1893, la joven caminaba rumbo al altar.

—Sé que él está aquí, emocionado de verte vestida de blanco —le dijo al limpiar sus lágrimas.

Caminaron juntas sin dejar de mirar a la Virgen del Perpetuo Socorro. Apretaban sus manos para darse fuerza; el dolor seguía latente, pero debían resignarse a continuar sus vidas sin Sebastián.

Margarita quería que su madre se fuera a vivir con ella, pero Laureana no aceptó.

—Puedo cargar a mis muertos, hija querida, no pesan ni los arrastro; más bien, su compañía me da fuerza —le dijo.

La casa de la calle de Ciprés se convirtió en un cautiverio donde Laureana escribía y leía. Quien se resistía a abandonarla era esa enfermedad sin nombre, que necia regresaba a atormentarla, a exhibir su fragilidad. Su hermana Matilde, Mateana, la doctora Montoya o la misma Margarita se turnaban cuando era necesario auxiliarla, debido a esas altas fiebres que llegaban a tumbarla otra vez en la cama.

Margarita ya se había titulado como profesora y daba clases en el Conservatorio Nacional de Música. Ermilio G. Cantón demostraba la gran admiración que sentía por su esposa, y por eso le pedía que lo acompañara a las reuniones que todavía tenía con sus amigos, principalmente con los masones.

Cuando la joven iba a visitar a su madre y platicaba lo que hacían ella y su esposo, Laureana empezó a interesarse mucho en las actividades de su yerno. Gracias a este hombre, ella volvió a tener contacto con Ignacio Manuel Altamirano, aunque precisamente por esa amistad con tan brillante mexicano, Ermilio G. Cantón tuvo un fuerte problema con los masones. Había insistido en que el maestro de tantas generaciones de literatura era un candidato idóneo para estar al frente de tan representativa comunidad. Fue esa decisión, le detalló Margarita a su madre, la que provocó miles de desacuerdos entre los masones que

indujeron que Ermilio decidiera apartarse y formar el “Gran Oriente de México”, que años después se convirtió en la más alta instancia masónica del país. Sin embargo, el grupo se debilitó cuando Altamirano fue nombrado cónsul en España. Pese a todo, el marido de Margarita seguía muy involucrado con los masones.

La joven hija de Laureana demostraba estar muy interesada en el tema porque, aunque la masonería era considerada una verdadera fortaleza masculina, estaban empezando a participar las mujeres.

—¿Sabes cómo se llama esa orden femenina? ¿Qué están haciendo? ¿Podemos participar?

—No, madre, no te voy a decir. Estás en plena recuperación y no quiero que vayas a querer salir, te agites y vuelvas a ponerte mal.

—Margarita, que te habla tu madre. Sabes que si no me lo dices lo voy a averiguar de alguna manera. Soy periodista; enferma, pero soy periodista.

—¡Madre! ¡Madre! Te voy a contar, pero me prometes que te lo tomas con calma, que no vas a querer ir mañana.

—Ya, ya. Dime qué has visto.

—Te prometo contarte todo, pero debes jurarme que vas a cuidarte, a pasar por lo menos otros quince días en cama, tomando los medicamentos. Y si en ese lapso veo mejoría, yo misma te llevo.

En cuanto Laureana se sintió mejor, ni lenta ni perezosa visitó a las masonas donde ya estaba integrada Matilde Montoya. Se unió a ella y trabajaron con tal entusiasmo que se otorgó la primera carta patente a una logia de mujeres. Matilde fue conocida como “Clío” y Laureana “Calíope”. Sin embargo, al poco tiempo recibieron un revés que nunca habían imaginado. A sus manos llegó una carta donde un grupo de masones había decidido desconocerlas. Laureana se propuso presentarse ante ellos con un discurso, y las masonas la apoyaron. El 13 de julio de 1895 leyó ante la comunidad masona:

—“*En el Rito de York han jurado solemnemente no admitir jamás en sus trabajos a un ciego, a un loco, ni a una mujer. Ya veis, hermanas mías, aquí no quieren que*

participemos... De esta manera, queridas hermanas, salvamos nuestra dignidad, cumplimos con el respeto debido a la ley y a la conservación del orden, y si, lo que no creo, esta cuestión se arregla favorablemente para nosotras, nos reservaremos el derecho de despertar nuestra Logia en circunstancias menos penosas. Si la solución desgraciadamente fuese, como me temo, la supresión de las Logias de señoras, nos retiraremos de este Templo, pero no del terreno del trabajo por el bien y el adelanto de la humanidad en que hemos planteado nuestro campo, y en cada uno de cuyos linderos siempre habrá lugar para nuestras tareas; abandonaremos el ritual que hemos seguido, pero no las ideas y los principios que aquí hemos adquirido y que en todo sitio podemos propagar, y esperaremos con tranquilidad del que tiene conciencia de haber llenado todos sus deberes, a que la Masonería convierta en sólida realidad para el porvenir, este fallido ensayo de rehabilitación femenina.”

III

José María Vigil comprometió a Laureana para escribir un libro sobre mujeres mexicanas, algo parecido a las dieciocho semblanzas publicadas en *Violetas del Anáhuac*. Retomó esas colaboraciones, pero empezó a preguntarse: ¿Dónde estaban las princesas aztecas que desoladas vieron la destrucción de su cultura, pero guardaron sus historias para no olvidar su origen de plumas, águilas y serpientes devoradas? ¿Y las otras monjas de la época colonial que atrapaban sus sueños en diarios o hasta en las paredes de sus claustros? ¿Qué más se sabía incluso de la misma Leona Vicario, para quien el amor no representaba el único móvil de las acciones femeninas, sino también el amor a la patria y la lucha por ese ideal? Decidió empezar a buscarlas.

Su primera aliada fue Margarita, que le presentó a varias profesoras cuyas historias representaban un logro en el magisterio nacional. Concepción Gimeno le consiguió más libros, y Mateana le traía obras de la Biblioteca Nacional cuando la debilidad del cuerpo de Laureana le impedía salir de casa. Rosa Navarro le compartió direcciones de maestras del estado de Jalisco que gustosas responderían. Vicente Castellanos consultó a los historiadores de la época que publicaban en su editorial. El mismo José María Vigil la ayudó a redactar un listado de nombres femeninos mencionados en alguna crónica o antología. Quien sabía que estaba buscando historias de mujeres, le escribía para darle nombres de abuelas o tías. Ella misma, cuando podía salir a caminar, no dejaba de platicar con las mujeres que veía, desde las marchantas del mercado hasta las profesoras de cualquier escuela. Empezó el proyecto con la lista de esas dieciocho mujeres que ya había recuperado, y cada semana sumaba diez nombres más, multiplicaba historias, y los perfiles femeninos brotaban como flores en primavera. Decidió primero tener por lo menos el doble de lo publicado en *Violetas del Anáhuac*, número que después se triplicó y luego prefirió ya no contarlas, solamente escribir. Fue hasta la versión final que se dio cuenta de que había reunido cien semblanzas.

Pese al caos que se veía en su estudio, tenía un orden en su ritmo de trabajo. Tomaba apuntes en diversos cuadernos y hojas. Los resúmenes en tinta violeta eran referencias sobre sus contemporáneas, mientras que las escritas a máquina mencionaban a las mujeres que habían participado en la Independencia. Las anotadas en la libreta de piel negra representaban

al mundo colonial, y en la marrón hizo un listado de las nacidas antes de la Conquista. Su caos tomó orden y decidió que acomodaría a cada personaje femenino en cuatro épocas significativas: la prehispánica, la colonial, Independencia y contemporánea. Primero se dedicó a reunir todo el material que llegara a sus manos y, después de organizarlo, empezó a escribir sus relatos.

Al iniciar la primera parte, le desesperaba no encontrar datos puntuales sobre las princesas aztecas y la población femenina de ese momento histórico, pero aprendió a revisar las crónicas recuperadas por los conquistadores y religiosos. Leyó tanto a Bernal Díaz del Castillo como al mismo Hernán Cortés, cada relato relacionado con esa época. No se detenía en ningún detalle a menos que tuviera nombre de mujer o hiciera referencia a la vida femenina. Quizá solamente era una fecha, tal vez una simple referencia a alguna acción o supuesto, pero aprendió que lo importante era nombrar; ya después ella o alguien más encontraría la hebra para jalarla y bordar historias más completas.

A veces escribía el nombre y la cita textual que hacía referencia a una mujer, como lo hizo con la Señora de Tula, una poetisa india, sabia como los más sabios de la época. Su tono fue severo contra las acciones de Marina o Malinche, fue la semblanza donde más referencias quiso mostrar, desde los estudios de Alamán hasta los capítulos escritos por Gómara; incluso tradujo a Lord Kingsborough en su obra *“Archives Paleographiques de l’Orient et de l’Amerique.”*

Después de leer *“Efemérides Históricas y Biográficas”* de Francisco Sosa, logró que alguien se lo presentara para charlar con él, para preguntarle sobre cada nombre femenino señalado en su obra. El hombre quedó tan admirado, que llevó todos los libros que pudo sobre el tema hasta casa de Laureana. Gracias a ese material, pudo reunir veintiocho semblanzas de mujeres que vivieron durante la Colonia. También fue determinante aproximarse a diferentes conventos y ganarse el cariño de las monjas que le abrieron la puerta de sus archivos y bibliotecas, permitiéndole consultar algunos diarios y hasta cartas personales. Gracias a ellas, también pudo recuperar las historias de otras mujeres que se dedicaron a hacer el bien al prójimo, entre ellas doña María Josefa Yermo de Yermo y la condesa de la Cortina, a quien llamó “bienhechora mística”. Descubrió la riqueza espiritual, pero también creativa de los conventos, y comprendió por qué Sor Juana los eligió el lugar ideal para

aprender y apasionarse por la escritura, como lo advirtió en los testimonios poéticos de Sor Agustina de Santa Teresa y Sor María de la Encarnación.

Le escribieron religiosas de conventos de Puebla y Oaxaca, cuyas expresiones eran conmovedoras. Laureana también pudo visitar algunas congregaciones religiosas ubicadas en la ciudad. Sobre Sor Juana, encontró textos que alababan a la gran poetisa y aportaban un dato o anécdota que delataban toda la humanidad que había en esa alma tan admirable. Transcribió una décima acróstica que una señora discreta y apasionada le dedicó a la sabia monja:

*“A suntos las nueve musas
Jocosas dictan y graves;
Única con todos, tú sabes
Acer te admiren confusas.
Numen de ciencias infusas,
A sombro de inteligencias,
Imponderable de cadencias,
No imitada en consonancias,
Erudita en elegancias,
Singular en todas las ciencias.”*

Silenció comentarios maliciosos que le sugerían no abrir un apartado dedicado a las mujeres que participaron en la Guerra de Independencia, porque las únicas eran doña Josefa Ortiz de Domínguez y Leona Vicario. ¿Para qué dar un espacio solamente a dos mujeres? Entonces se empeñó y, además de revisar a detalle las obras de Carlos María Bustamante, “*Tres siglos de México y Cuadro Histórico*”, con la ayuda de Vicente logró que el licenciado Zerecero le permitiera tener acceso a sus archivos donde tenía textos poco conocidos sobre la época. También recurrió al profesor Alfonso Herrera, que estaba relacionado con parientes de Leona Vicario. Amigos del Liceo Hidalgo le presentaron al doctor Agustín Rivera que también le compartió datos novedosos que había encontrado sobre ese período histórico. A todos ellos les sorprendía que Laureana viera lo que por alguna razón ellos habían obviado: la presencia de las mujeres durante el movimiento de 1810.

“Si para lograr nuestro objeto de enaltecer por sus obras a nuestro sexo, nos hubiéramos atendido a las crónicas oficiales en este, como en otros tiempos, nada habríamos obtenido, pues desgraciadamente nuestra historia patria, omisa unas veces, descuidada

otras, y más generalmente superficial y compendiada, sobre todo tratándose de las proezas cívicas que las mujeres no obstante hallarse privadas del derecho de ciudadanía han llevado a cabo, nuestra historia, decimos, casi por regla general apenas menciona tales proezas si no es que las calla por completo.”

Laureana disfrutaba tanto ver los rostros de sorpresa cuando ubicaba durante la Independencia los nombres de otras mujeres que tomaron las armas o actuaron para transportar, ocultas entre sus ropas, algunas cartas significativas para el movimiento y que habían sido capaces de seducir a los enemigos para quitarlos del camino. Se empeñaba en que esos datos no quedaran como mera anécdota, sino que pudieran identificar que la valentía y el compromiso no representaban solamente al carácter masculino; que esas acciones las llevaron a cabo mujeres como la capitana María Manuela Molina o la osada Manuela García de Bustamante.

Al enterarse de su ardua investigación, algunas profesoras invitaban a Laureana a sus salones para que platicara con sus grupos y les hablara de las mujeres que formaban parte de la historia del país. ¡Qué emoción entrar a un salón de clases, observar a cada pequeña alma sentada en su respectivo pupitre! Una sensación que nunca tuvo de niña. El gran pizarrón y el escritorio de la profesora, toda una escenografía para compartir conocimiento. Apasionada, narraba pasajes que estaba segura atraparían los oídos infantiles, ¡y vaya que lo lograba! Los aplausos de inmediato surgían.

—Pedro Moreno no dudó ni un solo instante en defender a su patria. La carta que llegó para solicitar que se uniera a la causa, de inmediato lo hizo sentir cada palabra contenida en ese pálido papel.

—¿Qué palabras eran, señora? —interrogó con total interés un pequeño.

—Libertad, patria nuestra, independencia, gloria... Y los opresores españoles temblaban de pavor al escucharlas en voz de nuestra gente. Y la patria... la patria gemía, vio que sus espinas podían convertirse en flores... Así escribió un gran poeta, un hombre que fue mi hermano llamado Manuel Acuña.

—¡Qué bonito! —aclamó alguien más mientras el salón completo aplaudió.

—Ahora, imaginen esa pasión y esa entrega en el corazón de una mujer, esposa y madre que debe resignarse ante la partida de los hombres que ama. Como les contaba, Pedro Moreno se unió a la lucha, pero se han preguntado, ¿qué sintió su esposa? ¿Qué podía decirle la mujer amada al hombre que podía perder en la guerra?

—¿Lloró? —dijo una voz infantil con absoluto tono de preocupación.

—Sí, lloró, pero luego limpió sus lágrimas. Todas las mujeres siempre limpiamos nuestras lágrimas, porque fortalecen nuestra alma. Al leer también esa carta, doña Rita, que así se llamaba esa mujer, palpó una crudelísima lucha en su corazón amante de esposa y madre; pero su alma era digna compañera de la de su esposo, y no solo no se opuso a su designio, sino que se trasladó a la hacienda de la Sauceda para anunciarle que estaba resuelta a seguirlo en compañía de sus hijos, y que la misma resolución habían tomado sus hermanas doña Isabel, doña Ignacia y doña Nicanora; que ellas lucharían por liberar a su patria, que ellas también deseaban una patria libre, que ellas lucharían también hasta la muerte.

Los aplausos y gritos de emoción del grupo infantil conmovían a Laureana. Representaban como un augurio de que sus historias podían provocar esa reacción en quien leyera su libro.

Al empezar a trabajar el apartado de las contemporáneas, no dudó en salir a buscarlas para platicar con ellas o invitarlas a su casa para conversar sin prisas. Se ganaba a tal punto su confianza, que siempre le confesaban detalles más personales o le compartían los poemas que no habían publicado, alguna carta, páginas de sus diarios y hasta alguna lágrima en los momentos emotivos evocados.

A Laureana le encantaba palpar todas las formas de mujeres que existían, desde el color de su cabello hasta el de sus ojos, la forma de vestirse, de lucir un chal o una peineta, de sentarse y de tomar la taza de café, de mover sus cuerpos que podían representar un resplandor en la hierba o un cielo iluminado por la luna llena. En cada voz una historia, en cada pie un rumbo elegido, y en cada sonrisa la certeza de que cada destino ellas lo habían construido. Siempre buscaba el adjetivo, la frase y el comentario que hiciera brillar a cada una de las mujeres elegidas para su libro. Aseguró que Refugio Barragán de Toscano escribía tal como sentía, sin frases estudiadas o sin sentido. Guardó como un tesoro el poema que le

regaló Gertrudis Tenorio Zavala para ilustrar la semblanza que escribiría sobre ella. Trató de detallar el momento en que la primera cantatriz mexicana se presentó en un escenario, María de Jesús Zepeda y Cosío. Celebró que la pintora Antonia Cantón de Bielsa no dejara de cultivar su genio, y que su esposo la motivara a continuar creando bellos cuadros de paisajes o retratos. Cuando escribía sobre Leona Paliza de Abaunza, la actriz dramática falleció, por lo que Laureana reprodujo las crónicas de su sepelio.

Consideró que era muy significativo narrar con detalle la manera en que Lucía Tagle se tituló en la Escuela Nacional de Comercio, en 1872. Al ser la primera, las autoridades decidieron consultar al ministro de Justicia para que decidiera si debían o no dejarla hacer el examen. Luego de decidir a su favor, antes de iniciar el interrogatorio de los sinodales, la joven aspirante leyó una carta.

“En nuestra época, señores, en ese torrente de progreso con que nuestro siglo regenera los campos de la vida social, siglo que ha sido tan fecundo en sangre para regar la tierra; pero que ha vertido en ella los gérmenes de una civilización incomparable, la mujer abre ya los pétalos de su alma para recibir el rocío divino de la instrucción. Hoy la mujer pide paso franco, marcha en pos de horizontes amplios y despejados para inundar de luz la sombra de su ignorancia en pos de campos abundantes, en corrientes de ilustración para apagar la sed que provoca el intenso calor que se respira bajo el sol de nuestro siglo.”

Agradeció a Emilia Beltrán y Puga todos los libros compartidos, ya que ella se había dedicado a compilar obras relacionadas con la historia del país, y esa labor fue reconocida por las autoridades de su estado y de la nación. Conmovida con un episodio de la vida de Manuela Hernández de Muñoz y Silva, narró la manera en que esta mujer buscó salvarle la vida al asesino de su hermano, debido a la compasión que reinaba en su alma. Destacó por qué esa mujer no buscaba la venganza, sino mostrar la conmiseración que aquel cruel hombre no había tenido al cometer su atroz crimen. Sin embargo, Porfirio Díaz no aceptó perdonarle la vida al criminal. Quizá por el dolor y todo el suplicio que vivió doña Manuela, ella murió veinte días después del asesinato de su hermano.

Laureana se negaba a dar por concluida la obra. Quizá presentía que sería muy difícil encontrar otra aventura literaria tan grata. Sobre su escritorio, el original se quedó esperando a que ella lo mandara a la editorial. Esa tarea la heredó su amada Margarita.

IV

Justo un mes antes de su cumpleaños, Laureana despertó con la ilusión de que la enfermedad estaba distraída o se había refugiado por un rato en el olvido. Al levantarse, sintió de nuevo la fuerza en sus pies cuando se posaron en el *parquet* de la habitación; soltó largos suspiros sin esfuerzo y la vitalidad parecía haber perfumado su cuerpo. Disfrutó con calma el baño en la tina y se creyó una de las sirenas a las que Díaz Covarrubias cantaba enamorado. No dudó en ponerse su vestido favorito, el color gris, como los ojos de Sebastián.

Antes de salir, revisó varias veces el texto que terminó de escribir durante la madrugada, y que esta vez deseaba entregar ella misma y ya no mandar a su cochero. Doña Mariana Jiménez viuda de Rico, propietaria de *El correo de las señoras*, generosamente la aguardó cinco días más, porque Laureana le aseguró que estaba muy orgullosa de lo que estaba escribiendo. La señora Jiménez conocía bien la postura y estilo de su leal colaboradora, por eso, con gran amabilidad respondió a su mensaje de prórroga:

“Laureanita, estoy segura de que nos entregará un artículo esplendoroso. La espero, ya convencí a don José R. Rojo que le tenga reservada toda una página y lo hará. La estima y admira tanto como yo. Además, el título de su artículo es muy revelador: ‘La mujer perfecta’. ¡Qué inspiración! Ya queremos leerla.”

Ese viernes, estaba dispuesta a caminar. Los dolores del cuerpo habían disminuido tanto que no parecían vidrios molidos encajados en su espalda y en sus piernas, esta vez sentía que una lluvia de pétalos acariciaba su piel. Deseaba que el fuerte viento de otoño jugara con sus caireles y la coronara de hojas doradas. Nada más usaría el carruaje para ir al cementerio, donde estaría un rato; después, le pediría al cochero que la dejara frente a la Catedral, y de ahí caminaría hasta el despacho del periódico para dejar su colaboración. Seguramente saldría de ese lugar a medio día, la hora justa en que le pediría a don Pedro la recogiera para llevarla otra vez a casa.

Pasó primero a la florería. Ya le tenían listos los dos ramos de violetas que cada semana depositaba en la tumba de Sebastián. Al entrar al Panteón Francés siempre evocaba las frases que escribió Manuel Rivera Cambas; sí, el lugar era uno de los cementerios más poéticos de la ciudad, la tristeza vaga que lo envolvía no agujeraba el corazón, lo consolaba

con absoluta piedad. Le gustaba tomar caminos diferentes para llegar al lugar donde reposaba su esposo. Se entretenía al descubrir epitafios amorosos y hasta contestatarios. Las frases grabadas en mármol le permitían advertir el abolengo de quien había sido ahí enterrado, y los sepulcros de cemento delataban la humildad de su huésped envuelto en el sueño eterno. Monumentos que intentaban magnificar el dolor de ese adiós, ángeles que no lograban consolar a nadie, querubines escondidos detrás de sus alas para ocultar tanta tristeza. Había decidido no volver a derramar lágrima alguna por sus muertos; seguían vivos dentro de ella. Le conmovía esa cruz pintada de rosa donde las fechas delataban que ahí reposaba una niña. La piel se le enchinaba con la frase donde una mujer agradecía descansar a un lado del hombre que había amado durante sesenta años. Ella iba a pedir lo mismo, que la enterraran junto a Sebastián. Luego de colocar las flores sobre el nombre de su amado, depositaba un beso suave en el frío mármol. Después, caminaba rumbo a la capilla del Sagrado Corazón; tenía solamente tres años de haber sido edificada en ese terreno santo. Los vitrales emplomados adquirirían otro color al seguir el movimiento del sol. Dentro de la iglesia se detenía a mirar con detalle las pinturas que representaban pasajes del Nuevo Testamento; recordaba sus clases con la señorita Cuenca. No rezaba, ni se persignaba, ya no le interesaba llegar al cielo, tampoco le preocupaba el infierno. Recordaba las palabras provocadoras de Vicente Castellanos: “Una poetisa siempre encontrará en qué inspirarse, esté entre nubes rosas o amenazada por flamas mortíferas.”

Al salir, el cochero ya la esperaba cerca del gran portón principal del camposanto y tomaron rumbo al centro. Le gustó que el hombre siguiera por un rato el cauce del río La Piedad. Laureana cerró los ojos, la manera suave y discreta en que el agua corría le daba cierta paz; soñó con piedras arrastradas que se convertían en estrellas, que el cielo podía lavarse la cara en ese espejismo líquido o que la vertiente desembocaba al paraíso que un día visitaría para morder manzanas, para recolectar hojas de parra.

Con un tono muy respetuoso, don Pedro la despertó para avisarle que habían llegado, y justo en ese momento las campanas de la Catedral anunciaron que eran ya las diez en punto de la mañana. Al bajar del carruaje, fue auxiliada por una mano masculina, el rostro de Juan Díaz Covarrubias vino a su mente y, al voltear al cielo, un rabito de nube la hizo reconocer el significado de enamorarse con ingenua ilusión.

Qué sencillo era descubrir desde ese lugar el amor eterno entre el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. A veces quería atrapar la serenidad de ese majestuoso paisaje. Otras ocasiones deseaba cubrirse con esa nieve para congelar sus miedos; ser una guerrera inmortal que fingía dormir, pero que estaba alerta a todo lo que ocurría a su alrededor.

Creó escuchar la voz de Manuel Acuña al cruzar la Plaza de Santo Domingo, y a su paso las palomas volaron como si fueran unas niñas ingratas, pero al sentir un ligero nudo en la garganta repitió un fragmento de su melancólico amigo: “*¡Sin lágrimas, sin quejas, sin decirnos adiós, sin un sollozo!*”

La nostalgia la invadió al caminar por la calle Espíritu Santo.

—¡Ay! Si la pintaran de color violeta —suspiró.

Al llegar a 5 de Mayo, evocó ese concierto donde le dijo a Sebastián que la marcha compuesta por el maestro Aniceto Ortega llegaba al alma, porque cada nota representaba flechas rojas que simbolizan la sangre de cada mexicano caído en el campo de batalla, flechas blancas como la paz que Francia había interrumpido y flechas verdes como la esperanza refugiada en el alma más noble.

A punto de cumplir cincuenta años, reconocía que la vida había pasado como ahora ella cruzaba cada calle; a veces de prisa, en ciertos momentos con pisadas lentas, huellas sin retorno. Confiaba en la fuerza de un andar despreocupado, en la naturalidad de sus pasos seguros al perseguir su propia sombra. Identificaba cuándo debía ser cuidadosa y prudente, sobre todo si un veloz carruaje franqueaba frente a ella. Aprendió a no maldecir si las ruedas que pasaban por los charcos la salpicaban en un momento de distracción. Caminaba consciente de su talón de Aquiles. Se contempló admirada en alguna de las grandes vitrinas de los almacenes y le sonrió cómplice al reflejo. Laureana sintió que ese día caminaba para dejar atrás el ayer, que caminaba para reencontrarse con ella misma.

Cuando dio vuelta para tomar la calle de San Juan de Dios, donde se ubicaba el despacho de *El correo de las señoras*, evocó el contenido de su texto. No creyó exagerar cuando desde la primera frase advertía que durante mucho tiempo a las mujeres se les había privado del libro, del telescopio y del botiquín; de la cámara fotográfica y de la vara de medir, pero reconocía que muchas de ellas estaban logrando un cambio. Gracias a Matilde Montoya,

varias muchachas deseaban también estudiar medicina. Mateana Murguía captaba imágenes con su cámara fotográfica, sin importarle que no fuera considerado un oficio femenino.

Al repasar sobre esa perfección con la que especulaba en su texto, le parecía que entre líneas se asomaba el rostro convencido de Margarita de que sería directora de orquesta. Le pareció escuchar a su hermana Matilde que, sin lamentos, sostenía la ilusión de que algún día se vestiría de novia; Concepción Gimeno y su apuesta por la reivindicación de la mujer, discurso que hizo eco en las convicciones de Laureana, el mismo eco que trató de reflejar en el texto que se publicaría en las páginas de ese semanario el día de mañana. Repitió la última frase que había redactado en su texto *“La mujer perfecta”* y con el mismo anhelo que la inspiró crearla musitó: *“¿Qué necesita la mujer para llegar a esta perfección? Fuerza de voluntad, valor moral, amor a la instrucción y, sobre todo, amor a sí misma...”*

Antes de entrar a la casona que albergaba al periódico, sacó de su bolso el texto para entregarlo, y ráfagas impetuosas sacudieron los papeles que tenía en las manos. Laureana tuvo la certeza de que sus palabras tomaban la fuerza del viento, que se desprendían de esas hojas dispuestas a subir al cielo, colgarse de las nubes, danzar con cientos de mariposas y detenerse para siempre en una mirada amiga.

Su firma en tinta violeta brillaría bajo el sol.